

**ALEX CALLINICOS**

# **UN MANIFIESTO ANTICAPITALISTA**

## **1. INTRODUCCIÓN**

### **Un acontecimiento inesperado**

Algo extraño ocurrió a finales de la década de 1990. El capitalismo liberal resurgía triunfante del desplome de los regímenes comunistas que había tenido lugar la década anterior y Francis Fukuyama hacía su célebre anuncio de que este acontecimiento representaba el Fin de la Historia: el fracaso del comunismo demostraba que no existía ninguna alternativa progresiva y sistémica al capitalismo liberal.[1] Pocos se tragarón el extraño cóctel de filosofía neohegeliana y triunfalismo reaganista que sustentaba el argumento de Fukuyama, pero muchos aceptaron su esencia. Al fin y al cabo, el postmodernismo y su progenie (la teoría postcolonial, por ejemplo), firmemente enraizados en el ámbito académico liberal de habla inglesa, ya habían proclamado con anterioridad el “derrumbe de las grandes narrativas históricas” y el advenimiento de un mundo plural y fragmentado en el que la sola idea de desafiar al capitalismo liberal amenazaba con reanimar el totalitarismo responsable de Auschwitz y del Archipiélago Gulag.[2]

Pero mucho más importante que todo ello es que la misma perspectiva general haya encontrado eco en la política pública. En la década de 1990, el economista John Williamson acuñó la expresión “Consenso de Washington” para referirse a no menos de diez ámbitos de la política en los que los dirigentes de todo el mundo aceptaban el programa neoliberal: disciplina fiscal, prioridades de gasto público, reforma fiscal, liberalización financiera, tasas de cambio competitivas, liberalización del comercio, inversión extranjera directa, privatización, desregulación y derechos de propiedad.[3] Durante el *Long Boom* de las décadas de 1950 y 1960, la mayoría de estas políticas se habrían rechazado, acusadas de ser fantasías de economistas heréticos deseosos de volver al siglo XIX: la política dominante incorporaba alguna versión de la tesis de Maynard Keynes según la cual la estabilidad del capitalismo dependía de la intervención del estado para asegurar el pleno empleo. De modo que Susan George sólo exagera un poco cuando escribe: “En

1945 o 1950, quien hubiese propuesto cualquiera de las ideas y políticas propias del neoliberalismo actual, habría sido objeto de burlas o incluso recluido en un manicomio”.[4]

Fue la primera gran recesión económica de la posguerra, a mediados de la década de 1970, lo que creó un clima más receptivo a estas herejías. No obstante, el neoliberalismo sólo acabó por reemplazar al keynesianismo como ortodoxia económica a raíz de importantes luchas políticas e ideológicas. Durante la década de 1980, Ronald Reagan en EE.UU. y Margaret Thatcher en Gran Bretaña implantaron con éxito políticas pioneras de libre comercio, para lo que debieron superar la resistencia tanto de una parte del orden establecido como de poderosos grupos de trabajadores, como los controladores del tráfico aéreo de EE.UU. en 1981 y los mineros británicos en 1984-1985. Al finalizar esa década, la escena mundial se había tornado muy favorable a la generalización de estas prácticas innovadoras. De un lado, la crisis de la deuda heredada de la segunda gran recesión económica de principios de la década de 1980, otorgaba al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial el apoyo necesario para forzar a los gobiernos del Tercer Mundo a aceptar programas neoliberales de “ajuste estructural”; del otro lado, la caída del comunismo permitió a EE.UU., en particular, animar a los nuevos gobiernos de Europa Central y Oriental, y de la antigua Unión Soviética, a someterse a una “terapia de shock” que de forma abrupta sacó a sus economías del estado de autarquía controlada, para incorporarlas al altamente competitivo mercado mundial.[5]

A escala global, la imposición de la ortodoxia neoliberal refleja, al menos en parte, una estrategia consciente perseguida con éxito por las administraciones norteamericanas con el fin de mantener la hegemonía de EE.UU. en la era posterior a la guerra fría: la propia denominación de estas políticas como -Consenso de Washington- es sintomática del papel desempeñado en su implementación por el complejo institucional que une al Departamento del Tesoro de Estados Unidos, el FMI y el Banco Mundial.[6] Pero lo que realmente subraya el triunfo de estas ideas es su aceptación por un amplio sector de la izquierda internacional. La Tercera Vía nació como un lema que perseguía diferenciar a los Nuevos Demócratas de Bill Clinton no ya del republicanismo reaganista, sino de la aproximación estadista a los problemas económicos y sociales representada por anteriores presidentes demócratas como Franklin Roosevelt y Lyndon Johnson. De hecho, el compromiso de la administración Clinton con el programa neoliberal se vio pronto confirmado por sus extenuantes esfuerzos, en estrecha alianza con los grandes negocios y la derecha republicana, por convencer al Congreso para que aprobase el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), esfuerzos que culminaron con éxito en 1993.[7]

Predicada con celo misionario por Tony Blair y por su filósofo de corte Anthony Giddens, la Tercera Vía exigía la aceptación de lo que se presentaba como una necesidad económica. La globalización había tornado obsoletos los viejos remedios, como la redistribución y la propiedad pública; el “centro-izquierda” de nuevo cuño debía hacer suyas la economía neoliberal y unas políticas sociales autoritarias maquilladas con retórica comunitaria.[8] El efecto fue, por así decirlo, la expulsión de la política de la política: en la medida en que todos los políticos de importancia aceptaban el capitalismo liberal, el debate político quedaba limitado a cuestiones técnicas y a la exhibición de la personalidad. No es de extrañar que Tony Blair prosperara en estas circunstancias: los efectos de su dominio de la política británica quedaron patentes en las tediosas elecciones generales de junio de 2001. La falta de diferencias significativas entre los dos candidatos principales es uno de los factores importantes que explican el inesperado éxito de Jean Marie Le Pen en la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas de abril de 2002, cuando logró ganarle al primer ministro, Lionel Jospin, que quedó relegado al tercer puesto. Era como si el fin de las ideologías, anunciado de forma prematura por Daniel Bell en la década de 1960, finalmente hubiera llegado. Aunque sería más preciso afirmar, que una ideología había suplantado de manera definitiva a todas las demás. Perry Anderson, uno de los principales intelectuales de la izquierda occidental de la última generación, escribió: “Por primera vez desde la Reforma ha dejado de haber oposiciones importantes, perspectivas sistemáticas rivales, en el mundo del pensamiento occidental; y son pocas las que restan a escala global si prescindimos, como arcaísmos esencialmente inoperantes, de las doctrinas religiosas”.[9]

Cuando esta aseveración apareció publicada a principios de 2000, ya había quedado desfasada: algo contrario a la política dominante había aparecido en Seattle a finales de noviembre de 1999. La Organización Mundial del Comercio se había reunido allí para iniciar una nueva ronda de conversaciones sobre el comercio. En su orden del día destacaba la liberalización del comercio en los servicios: los bancos de inversión y las corporaciones multinacionales, que tanto se habían beneficiado de la oleada de privatizaciones, habían dirigido su mirada empañada por la codicia a la gran cantidad de servicios públicos que habían logrado sobrevivir al exterminio. ¿Qué mejor lugar para representar ante el público un triunfo más del Consenso de Washington que Seattle, la capital de la Nueva Economía, a cuya gloria eterna cantaban arias coros de economistas profesionales y consultores financieros? Sin embargo, a la cita acudieron también algunos visitantes inesperados: unos 40.000 manifestantes de muy diversa extracción, desde las secciones centrales de los sindicatos norteamericanos (camioneros, estibadores, maquinistas...) a numerosas organizaciones no gubernamentales y coaliciones de activistas que

defendían el medio ambiente, el comercio justo o la anulación de la deuda del Tercer Mundo. El número y la militancia de los manifestantes y los innovadores métodos de organización que utilizaron sorprendieron a los organizadores. El revuelo que provocaron hizo más difícil que los gobiernos occidentales se pusieran de acuerdo (estaban divididos en particular por una serie de disputas entre Estados Unidos y la Unión Europea) y animó a los representantes de algunos países del Tercer Mundo a plantar cara a las intimidaciones de los grandes poderes. Las conversaciones fracasaron y, al menos temporalmente, se había puesto un freno a la pesada locomotora neoliberal.

Además, lo de Seattle no fue un destello pasajero. Los comentaristas neoliberales y algunos de la vieja izquierda, cogidos por sorpresa, habían malinterpretado a los manifestantes como una turba proteccionista.[10] Pero el éxito de la protesta ayudó a que millones de personas en todo el mundo hiciesen acopio de la confianza necesaria para desafiar ellos también al neoliberalismo. Uno de los síntomas de la globalización –se interprete como se interprete– ha sido la proliferación de cumbres simbolizadas por una profusión de siglas, G8, FMI, UE, APEC, ALCA... Las manifestaciones dirigidas principalmente contra estos eventos se extendieron como el fuego: Washington (16 de abril de 2000), Millau (30 de junio de 2000), Melbourne (11 de septiembre de 2000), Praga (26 de septiembre de 2000), Seúl (10 de octubre de 2000), Niza (6-7 de diciembre de 2000), Washington otra vez (20 de enero de 2001), Québec (20-21 de abril de 2001), Gotemburgo (14-16 de junio de 2001)... A lo largo de esta serie de manifestaciones se produjo una escalada en los enfrentamientos entre los manifestantes y la policía que culminó (hasta el momento) en las gigantescas protestas que acompañaron la cumbre del G8 en Génova el 20-21 de julio de 2001, durante las cuales la policía antidisturbios utilizó las tácticas destructivas de una pequeña minoría de manifestantes (el anarquista Black Block) para desatar una orgía de violencia que condujo a la muerte por bala de un joven del lugar, Carlo Giuliani.

A raíz de los acontecimientos de Génova, el periódico Financial Times publicó una serie de artículos bajo el título genérico de Capitalism under Siege (Capitalismo asediado) con el fin de investigar el surgimiento de lo que llamaba “contra-capitalismo” y que incluía a cientos de miles de activistas comprometidos en el núcleo de un movimiento político global que abarca decenas de millones de personas.

Apenas una década después de la caída del Muro de Berlín y del “Fin de la Historia” que prometía Francis Fukuyama ... la impresión general es que nuevamente el capitalismo tiene que luchar para ganar la disputa ... La nueva oleada de activismo ha cuajado en torno a la simple idea de que el capitalismo ha ido demasiado lejos. Es tanto un sentimiento como un movimiento, una expresión de la contra-cultura guiada por la sospecha de que las compañías, forzadas por el mercado

de valores a buscar ganancias cada vez mayores, saquean el medio ambiente y destruyen vidas sin enriquecer a los pobres como habían prometido. Lo que alimenta este movimiento es el temor a que la democracia se demuestre incapaz de ponerles coto, a que los políticos se encuentren al servicio de las empresas y a que las instituciones políticas sean esclavas de los intereses de las corporaciones.[11]

### **El renacimiento de la crítica social**

Si la hegemonía neoliberal empieza con la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, entonces ésta no duró más que una década, hasta la primera gran manifestación en Seattle el 30 de noviembre de 1999. El Consenso de Washington todavía proporciona el marco en el que se conduce la política en casi todos los estados, pero en la actualidad se discute su validez. Las manifestaciones de Seattle no iniciaron esta oposición, pero sí la trasladaron a un nivel cualitativamente diferente. Este libro no tiene por objeto historiar el movimiento contra el capitalismo global; no obstante, un repaso de los factores que contribuyeron a su surgimiento puede ser de gran ayuda.

- El TLC fue un punto de inflexión. Aunque la oposición al tratado fracasó, ayudó sin embargo a centrar el debate sobre la globalización. En consecuencia, en palabras de Mark Rupert, “la narrativa liberal de la globalización que domina la política está siendo rechazada en EE.UU. desde al menos dos posiciones distintas. Una puede describirse como la izquierda cosmopolita de orientación democrática. A la otra la denominaré extrema derecha nacionalista”. La primera de estas posiciones –a la que Rupert se refiere como “postura participativa de compromiso político transnacional”– fue la que inspiró a las redes de activistas que formaron la oposición de izquierdas al TLC y que después organizaron la cada vez más amplia resistencia al programa de libre comercio que, tras ayudar a precipitar el fracaso en 1998 de las conversaciones sobre un Acuerdo Multilateral sobre Inversión diseñado para hacer la vida más fácil a las multinacionales, se presentó en las manifestaciones de Seattle.[12]

- El TLC fue importante también en otro sentido. Su entrada en vigor el 1 de enero de 1994 fue uno de los motivos del levantamiento armado en el estado de Chiapas, en el sureste de México. El subcomandante Marcos, líder del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) que inició el levantamiento, denunciaba al TLC porque abolía el derecho constitucional de los campesinos a la explotación de tierras comunales, lo que suponía “una sentencia de muerte para las etnias indígenas de México”. [13] El vínculo así establecido entre la grave situación de las comunidades indígenas de México y el neoliberalismo –que al decir de Marcos había dado inicio a una “cuarta guerra mundial” en la que la globalización actuaba como “la extensión totalitaria de la lógica de los mercados financieros a todos los aspectos de la vida”– se convirtió en tema constante de la propaganda zapatista.[14] El uso altamente eficaz

de los medios de comunicación, y de Internet, que hicieron los líderes del EZLN, convirtieron su causa en una de las principales del naciente movimiento global. En realidad, la campaña de Chiapas fue simplemente una de las muchas luchas libradas en el Sur que ayudaron a dar forma, paulatinamente, a un sentido mundial de resistencia frente al neoliberalismo. El activista nigeriano Ken Saro-Wiwa –ejecutado por el régimen militar nigeriano en noviembre de 1995, por su campaña en defensa del pueblo Ogoni frente a los devastadores abusos de Shell– fue otro de los símbolos de la resistencia de los pueblos indígenas frente a la tiranía del capitalismo global...

- El nuevo movimiento creció también gracias al desarrollo de lo que ha dado en llamarse “gobernación global”: no la simple expansión de instituciones formales de cooperación intergubernamental como las Naciones Unidas, el G8 y la UE, sino la esfera pública transnacional que comenzó a emerger como resultado de la rápida expansión de las ONG. John Lloyd sugiere que la participación de las ONG en conferencias oficiales como la Cumbre de Río sobre el cambio climático de 1992 creó unas expectativas que se vieron defraudadas cuando los gobiernos no dieron señales de tomarse en serio los ambiciosos compromisos que habían contraído en estos eventos, lo que contribuyó a que se gestara una reacción de protesta.[15] La expansión de las ONG dio aliento a nuevas coaliciones de activistas que inicialmente centraron sus esfuerzos en poner remedio a injusticias específicas –por ejemplo, el activismo humanitario internacionalista (el llamado *sans frontièrisme*) en Francia y el movimiento No Sweats contra la explotación de la mano de obra del Tercer Mundo que se desarrolló en los campus universitarios norteamericanos.

- El escándalo de la deuda del Tercer Mundo sirvió también de foco para la generalización. Movimientos como el Jubileo 2000 extendieron la red de activismo a un ámbito mucho más amplio al conseguir implicar a las iglesias y otras instituciones generalmente poco conocidas por su militancia. En perspectiva, las grandes manifestaciones contra la deuda que se produjeron durante las cumbres del G8 en Birmingham en 1998 y en Colonia en 1999 pueden considerarse precursoras de las más espectaculares confrontaciones de Seattle y Génova.[16]

- La crisis económica y financiera de Asia oriental en 1997-1998 supuso otro punto de inflexión. Aunque los defensores del Consenso de Washington aprovecharon la ocasión para vindicar la superioridad del modelo angloamericano frente al modelo asiático de “capitalismo de compinches”, para muchos ésta demostró los peligros de una economía mundial desregulada en la que los grandes flujos de capital de especulación podían levantar ó tumbar países enteros de la noche a la mañana. En sí misma, la crisis, junto con los “remedios” del FMI, que como cura ofrecía nuevas medidas neoliberales, tuvo importantes

consecuencias ideológicas, puesto que un grupo de destacadas figuras (el empresario especulador George Soros y los economistas Joseph Stiglitz, Paul Krugman y Jeffrey Sachs) se alzaron como feroces críticos del Consenso de Washington. El brusco cese de Stiglitz como economista jefe del Banco Mundial en vísperas de las protestas de Seattle, contribuyó a crear un clima de creciente cuestionamiento de la legitimidad de las instituciones financieras internacionales.[17]

- Por último, nada menos que en Francia, uno de los países del G7, surgió un foco de resistencia a gran escala contra el neoliberalismo. Las multitudinarias huelgas del sector público de noviembre-diciembre de 1995 hicieron descarrilar el programa de “reformas” de libre mercado que proponía la coalición conservadora y contribuyeron a que se produjera un giro popular hacia la izquierda que alzó al gobierno a la “izquierda plural” de Lionel Jospin en junio de 1997. Amparado por su retórica socialista, Jospin procedió a privatizar a una escala aún mayor que sus predecesores de derecha. En oposición a su gobierno, se configuró una nueva izquierda en torno a la publicación mensual *Le Monde diplomatique* y al movimiento contra la especulación financiera internacional ATTAC (Asociación por una Tasa a las Transacciones para Ayuda de los Ciudadanos).[18] Este proceso de radicalización quedó de manifiesto durante la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas de abril de 2002: mientras que Jospin quedó inesperadamente expulsado de la carrera, los candidatos de la extrema izquierda ganaron el 10% de los votos. La orientación global de esta nueva izquierda puede ilustrarse de varias maneras: el surgimiento del líder agricultor José Bové como símbolo de la resistencia a los organismos modificados genéticamente y a otras amenazas para las buenas prácticas agrarias, el papel desempeñado por *Le Monde diplomatique* y ATTAC en los Foros Sociales Mundiales de Porto Alegre (Brasil) y la expansión internacional de ATTAC, que a principios de 2002 contaba con afiliados en cuarenta países.

Este proceso implica mucho más que campañas de activistas y protestas en las calles. Una de las razones que nos llevan a hablar de movimiento global es que éste ha encontrado articulación ideológica en los escritos críticos de diversos intelectuales, entre los que destacan dos figuras. Desde las huelgas de 1995 hasta su muerte en enero de 2002, Pierre Bourdieu prestó su enorme prestigio como intelectual francés a la hucha contra el neoliberalismo; junto a “*Raisons d’agir*”, un grupo de académicos-activistas, lanzó una colección de libros breves y asequibles que incluía dos volúmenes de ensayos polémicos del propio Bourdieu, *Contrafuegos* y *Contrafuegos 2*. Noam Chomsky, quien durante la última generación había sido un crítico solitario pero coherente de la política exterior estadounidense, se encontró de repente con un amplio público dispuesto a seguir su ruego de situar en el contexto de las operaciones del capitalismo global las afirmaciones

del poder imperial norteamericano que él había diagnosticado. Al lado de estas dos grandes figuras de una generación anterior se alzaron muchas otras, y no sólo de escritores y activistas de reconocida valía que ahora llegaban a un público mayor (Michael Albert, Walden Bello, Susan George y Toni Negri, por ejemplo), sino también de intelectuales más jóvenes que de golpe saltaban al centro del escenario, especialmente Naomi Klein y Michael Hardt. Todos los que he nombrado son autores de libros de importancia, pero su público lector es mucho mayor gracias a la enloquecida circulación de textos por Internet.

La aparición de este conjunto de escritos representó un fuerte cambio en la constelación intelectual. En un prolijo estudio que es en sí mismo una importante aportación al género que analiza, Luc Boltanski y Eve Chapiello han documentado lo que ellos llaman “renovación de la crítica social” en Francia durante la década de 1990 en respuesta a la experiencia del neoliberalismo.[19] Pero la crítica social es precisamente el tipo de discurso que el postmodernismo quería prohibir. Jean Baudrillard, por ejemplo, escribió: “Todos los problemas que afrontamos actualmente como seres civilizados tienen su origen aquí: no en un exceso de alienación, sino en la desaparición de la alienación en bien de una máxima transparencia entre sujetos”.[20] El concepto de alienación, que aporta a la crítica marxista del capitalismo uno de sus temas principales, implica un contraste entre el sujeto auténtico y las relaciones sociales que impiden que se realice. Este contraste está implícito, por ejemplo, en la crítica desarrollada por los situacionistas de “la sociedad del espectáculo” durante la década de 1960. Para Guy Debord, las modernas sociedades capitalistas se caracterizan por el predominio del espectáculo: “Todo lo que antes se vivía de forma directa se ha mudado en representación”, una situación que equivale a “la inversión concreta de la vida”.[21]

No obstante, como Boltanski y Chapiello señalan, en este mismo periodo el concepto de autenticidad fue objeto de una serie de implacables ataques intelectuales por parte de pensadores como Gilles Deleuze y Jacques Derrida, cuya obra tuvo una influencia formativa en el postmodernismo. Boltanski y Chapiello proponen que su deconstrucción de la oposición entre autenticidad e inautenticidad contribuyó al triunfo neoliberal de la década de 1980 y principios de la de 1990: “Mucho mejor en realidad, desde el punto de vista de la acumulación ilimitada, que se suprima la pregunta, que la gente se convenza a sí misma de que todo no puede ser ya otra cosa que un simulacro, que la “verdadera” autenticidad queda en adelante excluida del mundo, o que la aspiración por lo “auténtico” no es más que una ilusión”.[22] Baudrillard, el sumo sacerdote de esta deconstrucción de la autenticidad, sostiene que el pensamiento crítico y la lucha política han quedado fuera de lugar en una sociedad no ya del espectáculo sino



de la simulación, en la que las imágenes ya no representan sino que constituyen la realidad.[23]

El resurgimiento de discursos y movimientos anticapitalistas marca por tanto la quiebra de la hegemonía que el postmodernismo ha ejercido sobre el pensamiento vanguardista durante buena parte de las dos últimas décadas. Uno de los signos de este cambio de rumbo intelectual es la disminución del interés casi obsesivo por cuestiones culturales que llegó a dominar a la academia radical en la década de 1990, así como la renovada preocupación por lo material. Este cambio es con frecuencia más notorio en aquellos pensadores que previamente se asociaban con el postmodernismo. Por ejemplo, Richard Rorty, cuyos escritos desempeñaron un papel esencial en la recepción del postmodernismo en la cultura intelectual norteamericana, últimamente ha dado en criticar a la que denomina “izquierda cultural” de EE.UU. por su falta de atención a las crecientes divisiones que en la sociedad norteamericana causa la globalización.[24] Que el propio Rorty ayudara a inventar esa izquierda intelectual y que el remedio que propone un retorno a la democracia social sea manifiestamente inadecuado no resta valor alguno a la pertinencia de su diagnóstico.

No faltan otros ejemplos de esta suerte de inversión; uno de los más sorprendentes es el entusiasmo con el que en los últimos años el teórico cultural lacaniano Slavoj Žižek ha abrazado las ideas de Marx e incluso de Lenin.[25] Pero el mejor ejemplo del desplazamiento de lo cultural por una crítica más tradicional del capitalismo lo proporciona el texto más célebre del nuevo movimiento, la obra *No Logo: El poder de las marcas*, de Naomi Klein. Con habilidad e ingenio, este libro invade el amado territorio intelectual de miles de Departamentos de Estudios Culturales formados en el pensamiento de Baudrillard –la descripción prolija de las tendencias contemporáneas de la cultura de masas– para conducir a sus lectores a un nuevo campo de batalla, para lo cual utiliza las sutilezas de las marcas corporativas con el propósito de desvelar las pautas imperantes de dominación capitalista y las nacientes formas de resistencia. En el capítulo en el que Klein documenta de qué modo la obsesión de los activistas universitarios de su propia generación con la política de la identidad y la corrección política, entre finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, en realidad se ajustaba perfectamente a las estrategias corporativas destinadas a sacar provecho del multiculturalismo, podemos oír el estruendo que provoca todo un paradigma intelectual al derrumbarse:

Desde la perspectiva actual, lo realmente sorprendente es que en los mismísimos años en que lo políticamente correcto alcanzaba su cima de autorreferencialidad, el resto del mundo hacía algo muy distinto: miraba a su alrededor y se expandía. En un momento en que el campo de visión entre la mayoría de los progresistas de izquierda se encogía hasta incluir únicamente su entorno más inmediato, los horizontes de la

empresa global se expandían hasta incluir el mundo entero ... Visto desde la perspectiva del presente, parece como si la ceguera fuese intencionada. El abandono de los fundamentos económicos radicales de los movimientos feministas y de defensa de los derechos civiles por la combinación de causas que ha dado en llamarse corrección política, tuvo como consecuencia que toda una generación de activistas se formara en la política de la imagen, no de la acción. Y si los invasores del espacio lograron avanzar por nuestras escuelas y comunidades sin encontrar resistencia alguna, se debió cuando menos a que los modelos políticos en boga en tiempos de la invasión nos dejaron a muchos mal preparados para enfrentarnos a cuestiones que tenían más que ver con la propiedad que con la representación. Estábamos demasiado ocupados analizando las imágenes proyectadas sobre el muro para percatarnos de que el propio muro había sido vendido.[26]

### **Un nombre para el movimiento**

Así pues, el gran debate sobre el capitalismo se ha reanudado doscientos años después de que se iniciara al término de la Revolución francesa. El postmodernismo ya es historia. Ciertamente es que está demasiado arraigado, en especial en el mundo académico norteamericano, para desaparecer sin más, así que perdurará todavía algún tiempo e incluso, quizá, disfrutará de prórrogas en disciplinas demasiado ensimismadas para haberse percatado de las primeras embestidas (especialmente risible es la popularidad que en años recientes ha gozado el postmodernismo entre los especialistas en ciencia política y relaciones internacionales del mundo anglosajón). En cualquier caso, el debate ha proseguido, y no tanto porque se haya producido una decisiva refutación teórica del postmodernismo (las críticas filosóficas potencialmente más devastadoras se produjeron durante su momento álgido y al parecer no tuvieron grandes efectos sobre su influencia) como porque la rebelión global contra el capitalismo ha obligado a modificar el programa intelectual.

Sigue en el aire, no obstante, una cuestión que causa cierto bochorno. ¿Qué nombre le damos a este nuevo movimiento? El que se le suele aplicar -movimiento antiglobalización- es una denominación absurda para un movimiento que se jacta, precisamente, de su carácter internacional y de que ha sido capaz de promover movilizaciones de forma eficaz a través de las fronteras y en los cinco continentes. Les asiste la razón, pues, a las figuras destacadas del movimiento que se han distanciado de este nombre. Naomi Klein escribe: “usar el lenguaje de la antiglobalización no reporta ninguna utilidad”.[27] En el primer Foro Social Mundial, celebrado en Porto Alegre en enero de 2001, Susan George se expresaba de este modo: “somos “proglobalización” porque estamos a favor de compartir amistades, cultura, gastronomía, solidaridad, riqueza y recursos”.[28] Vittorio Agnoletto, del Foro Social

de Génova, expresó su aversión a la etiqueta “no-global” con la que se conoce el movimiento en Italia.[29]

Muchos activistas norteamericanos se sienten atraídos por la distinción, debida al parecer a Richard Falk, entre dos tipos de globalización: “globalización-desde-arriba, que refleja la colaboración entre los estados líderes y los principales agentes de formación de capital”, y “globalización-desde-abajo... una red de fuerzas sociales transnacionales alentadas por su interés en el medio ambiente y los derechos humanos, la hostilidad hacia el patriarcado, y una visión de la comunidad humana basada en la unidad de diversas culturas que buscan el fin de la pobreza, la opresión, la humillación y la violencia colectiva”. [30] Otros intentan matizar el tipo de globalización al que se oponen calificándola de “corporativa” o “neoliberal” o (en un uso que se presta a confusiones entre los angloparlantes) “liberal”. Estos diversos usos reflejan algo más que diferencias terminológicas. Ya es un cliché decir que el movimiento de Seattle y Génova tiene más claro contra qué lucha que a favor de qué lucha. Pero no es cierto. Si bien es verdad que el movimiento deja abiertos al debate tanto su alternativa al neoliberalismo como la forma de alcanzarla, estas ambigüedades se deben a una falta de claridad a la hora de identificar al enemigo. En esencia, ¿es el enemigo el neoliberalismo –es decir, las políticas implícitas en el Consenso de Washington y el modelo angloamericano de capitalismo que esas políticas pretenden universalizar- o bien el propio modo de producción capitalista? La respuesta que cada uno dé a esta pregunta ayudará a determinar qué alternativa prefiere y su estrategia para alcanzarla.

En mi opinión, el calificativo que mejor se ajusta al nuevo movimiento es anticapitalista. No porque una mayoría de activistas crea posible, o incluso deseable, reemplazar al capitalismo por otro sistema. La caída del comunismo todavía se deja sentir en la debilidad relativa de la izquierda tradicional y en la falta de credibilidad del socialismo como alternativa sistémica al capitalismo. No obstante, el movimiento es lo que Giovanni Arrighi, Terence Hopkins e Immanuel Wallerstein calificarían de movimiento *antisistémico*. [31] Dicho de otro modo, no actúa simplemente movido por cuestiones o quejas específicas –el comercio libre o el medio ambiente o la deuda del Tercer Mundo, por poner algún ejemplo– sino que está motivado por una comprensión de la interconexión entre una inmensa variedad de injusticias y peligros. Agnoletto ha descrito su propia trayectoria política como un movimiento de lo específico a lo general que han seguido también muchos otros activistas. Tras involucrarse en la Democracia Proletaria de extrema izquierda en la década de 1970, se alejó paulatinamente y, ya como doctor, participó de manera activa en el movimiento del SIDA en Italia en las décadas de 1980 y 1990. Una vez los fármacos antiretrovirales se hicieron asequibles en el Norte a mediados de la

década de 1990, Agnoletto dirigió su mirada a la grave situación en que se encontraban los afectados de VIH y SIDA en el Tercer Mundo, y se enfrentó al obstáculo que representaba la pretensión de las compañías farmacéuticas, respaldada por la OMC, de defender sus derechos de patente. De este modo, pronto se encontró al lado de otras ONG en sus campañas contra la OMC y, más tarde, después de Génova, se convirtió en uno de los líderes de los foros sociales que se han extendido por toda Italia y han devenido uno de los principales centros del movimiento global.[32]

Es esta conciencia del sistema en evolución lo que, más que ninguna otra cosa, caracteriza al movimiento. Ya en Seattle, Gerald McIntee, líder del sindicato del sector público AFSCME, dio nueva vida a un viejo eslogan de los años sesenta: “Debemos nombrar el sistema... y ese sistema es el capitalismo corporativo”. [33] Que un líder de un sindicato fuertemente comprometido en su apoyo al gobierno de Clinton se haya permitido tal retórica radical es señal de que el clima ideológico está cambiando. El enfoque antisistémico del movimiento es evidente en su documento programático más importante hasta la fecha, la Convocatoria de los Movimientos Sociales proclamada en el segundo Foro Social Mundial en febrero de 2002: “Construimos una gran alianza basada en nuestra lucha y resistencia frente a un sistema basado en el sexismo, el racismo y la violencia que ampara los intereses del capital y el patriarcado por encima de las necesidades y aspiraciones de las personas”. [34]

### **Otro acontecimiento inesperado**

Sin embargo, no falta quien piense que todos los esfuerzos por caracterizar adecuadamente el movimiento anticapitalista importan bien poco, ahora que el movimiento se ha visto superado por los acontecimientos. La primera parte de la serie que el *Financial Times* dedicó al movimiento anticapitalista vio la luz el 11 de septiembre de 2001. El periódico, que hasta entonces había seguido el desarrollo del movimiento con gran detalle (y no poca ansiedad), observaba algunas semanas después del 11 de Septiembre: “Una de las consecuencias más inadvertidas de los ataques terroristas acaecidos en EE.UU. es que ha frenado en seco el movimiento contra la globalización”. [35] Otros comentaristas hostiles fueron aún más lejos e intentaron manchar la reputación del movimiento asociándolo con el terrorismo. A juicio de John Lloyd, un periodista cercano al Nuevo Laborismo:

El antiamericanismo que evoluciona hacia el terrorismo, o que al menos lo apoya, plantea un reto al antiamericanismo de algunos de los movimientos globales. Pulsa algunas de las mismas cuerdas; y puesto que hoy está meridianamente claro que es mucho lo que está en juego, los que sostienen estos puntos de vista deben explicar cuidadosamente hasta dónde es así ... La única agrupación política que en la actualidad utiliza las mismas tácticas desarrolladas por los movimientos globales -

uso esporádico de la violencia y oposicionismo a través de redes incontrolables e impredecibles- es el grupo Al-Qaeda de Bin Laden.[36]

Una sugerencia cuando menos injuriosa, puesto que equipara a una red secreta que considera que matar a la tripulación y pasajeros de varios aviones, a trabajadores de oficinas y a bomberos es una táctica legítima, con un movimiento que constantemente afirma su compromiso con una autoorganización abierta y democrática y con la protesta pacífica. La violencia ejercida estúpidamente por la periferia anarquista del Black Block en varias de las protestas anticapitalistas es trivial: romper los letreros de algún McDonald's o incendiar algún cajero automático no puede compararse con la colisión de aviones comerciales contra las torres gemelas del World Trade Center. Las únicas armas que se han disparado en las protestas, las han disparado oficiales de policía contra manifestantes. Para colmo, calificar de antiamericano a un movimiento cuya más famosa protesta tuvo lugar en EE.UU. es sencillamente necio.

Con todo, el 11 de Septiembre golpeó duramente al movimiento anticapitalista, en especial en Norteamérica. Las manifestaciones previstas para las reuniones generales del FMI y del Banco Mundial en Washington a finales de septiembre de 2001 tuvieron que ser canceladas. La reunión ministerial de la OMC, que tuvo lugar ese mismo noviembre en Doha, capital de ese baluarte del "gobierno democrático" del Golfo Pérsico que es Qatar, inició con éxito la ronda de negociaciones comerciales que habían quedado bloqueadas en Seattle. La proclamación por la administración Bush de una "guerra al terrorismo" y el consiguiente recorte de libertades civiles, especialmente en EE.UU. y Gran Bretaña, crearon un clima mucho menos propicio para cualquier forma de protesta (es tremendamente inquietante que el FBI y otros agentes del poder ejecutivo de EE.UU. hayan redescubierto el concepto macartista de "actividades antiamericanas"). Algunos de los partidarios del movimiento anticapitalista hallaron razones para apoyar la guerra en Afganistán, esperanzados, por ejemplo, con la idea, que ha resultado ser tan sólo una ilusión, de que derrocar el régimen talibán liberaría a los afganos - y especialmente a las afganas- de la tiranía de los intolerantes señores de la guerra.[37] Además, y lo que quizás sea más grave a largo plazo, la masacre el 11 de Septiembre de, precisamente, la clase de oficinistas y trabajadores manuales, de cuyo apoyo dependía el éxito a largo plazo del movimiento anticapitalista, amenazaba con romper la llamada "Teamster-Turtle alliance" -el encuentro ideológico entre los sindicatos y los activistas de las ONG- que tan importante había demostrado ser en Seattle y en otras manifestaciones posteriores (especialmente las de las ciudades de Québec, Génova y Barcelona).

El efecto de este revés no fue, sin embargo, el derrumbe del movimiento, sino un cambio de su centro de gravedad de América del

Norte a Europa y América Latina. Las manifestaciones de Génova en julio de 2001 marcaron el primer paso de un proceso de radicalización que sacudió la sociedad italiana y despertó a la izquierda después de veinte años de letargo. El Foro Social Italiano que había organizado las protestas proporcionó un modelo de organización para un movimiento de ámbito nacional en el que las diversas tendencias aprendieron a trabajar conjuntamente de forma constructiva. Este movimiento respondió a la guerra en Afganistán con una serie de protestas multitudinarias. En Gran Bretaña, que había enviado un fuerte contingente a las protestas de Génova, la oposición a la “guerra al terrorismo” y al reino del terror protagonizado por los israelíes en los Territorios Ocupados dio origen por primera vez a un movimiento comparable a los de la Europa continental y América del Norte, con grandes marchas y manifestaciones en las que predominaban activistas jóvenes (la gente de Seattle y Génova, por así decirlo).

Pero incluso estos movimientos italianos y británicos se vieron empequeñecidos por la gigantesca manifestación “Contra la Europa del capital y la guerra” que se desarrolló en Barcelona con motivo de la cumbre de la UE en esta ciudad el 16 de marzo de 2001. Organizadores y autoridades quedaron igualmente sorprendidos cuando medio millón de personas del lugar participaron en lo que el *Financial Times* calificó de “manifestación pacífica contra el capitalismo global... que deja patente que su movimiento no murió con los ataques del 11 de septiembre contra EE.UU. y que sus protestas no tienen por qué verse manchadas por la violencia”. [38] Asimismo, el segundo Foro Social Mundial, reunido en Porto Alegre a principios de febrero de 2002, fue tres o cuatro veces mayor que su predecesor. De 65.000 a 80.000 activistas, la mayoría del propio Brasil, acudieron a lo que acabó siendo una especie de parlamento mundial del movimiento anticapitalista. El FSM halló eco en un acontecimiento ocurrido todavía más al sur: la multitudinaria rebelión contra el neoliberalismo que sacudió Argentina en diciembre de 2001. Ya no podía descartarse el movimiento como un asunto limitado al próspero Norte.

En cierto modo, el 11 de Septiembre y la “guerra contra el terrorismo”, aunque execrables e indeseables, conllevaron una profundización del movimiento anticapitalista porque forzaron a los activistas a enfrentarse a lo que Claude Serfati llama “globalización armada”: el proceso por el cual la globalización capitalista agrava las tensiones geopolíticas y sociales existentes y exige, en consecuencia, la reafirmación del poder militar, sobre todo de EE.UU. y sus aliados. [39] La Convocatoria de los Movimientos Sociales adoptada en Porto Alegre II denunciaba “el principio de una guerra global permanente para cimentar el dominio del gobierno de EE.UU. y sus aliados ... La oposición a la guerra está en el corazón de nuestro movimiento”. Otra señal de la ampliación de los horizontes se encuentra en la

participación de cientos de activistas anticapitalistas en los esfuerzos del Movimiento Internacional de Solidaridad para formar escudos humanos que bloquearan el acceso a Cisjordania, durante la brutal ofensiva de las fuerzas de defensa israelíes contra la Autoridad Palestina en la primavera de 2002. George Monbiot lo relataba así:

La llegada del movimiento a Cisjordania es un desarrollo orgánico de sus actividades en otros lugares. Lleva años protestando contra las destructivas políticas exteriores de los gobiernos más poderosos del mundo, y señalando la correspondiente incapacidad de las instituciones multilaterales para contenerlos ... En Palestina, como en otros lugares, pretende interponerse entre el poder y los afectados por el poder.[40]

Pero aunque el movimiento anticapitalista ha sobrevivido al 11 de Septiembre y, a instancias de la “guerra contra el terrorismo” ha ampliado su ámbito de actuación, no faltan cuestiones de calado que todavía están por resolver. Son las que, como ya he indicado, conciernen a la naturaleza del enemigo, las estrategias necesarias para vencerlo y la sociedad alternativa a la que la victoria abriría las puertas. En cierta manera, el hecho de que hasta el momento el movimiento se haya mostrado ambiguo con respecto a estas cuestiones ha sido una fuente de fortaleza, pero no se sigue de ello que haya de ser así también en el futuro. El objetivo que persigue este libro es ofrecer un conjunto de respuestas a esas preguntas. Aunque incluye un programa (en el tercer capítulo), no es tanto un manifiesto político como una dilatada argumentación acerca de lo que el movimiento anticapitalista debe defender. En cierta medida, se inspira en el *Manifiesto del Partido Comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels, aunque por supuesto sería necio pretender mejorar o actualizar ese clásico. Pero el *Manifiesto* es la más célebre declaración de la crítica de Marx del sistema capitalista de producción, una crítica que el movimiento anticapitalista reasume tanto en la teoría como en la práctica (si bien la mayoría de los activistas rechazaría la etiqueta de “marxista”). Marx representa, por lo tanto, un punto de referencia fundamental en todo lo que sigue, y de manera esporádica he aprovechado la forma del Manifiesto.[41]

Naturalmente, una obra tan breve no puede albergar la pretensión de ser definitiva. El movimiento anticapitalista comprende diversas perspectivas políticas, y el compromiso de buscar la unidad en la diversidad es uno de sus principios organizativos afirmados con más tenacidad y practicados de forma más amplia. El que el lector tiene en sus manos es un manifiesto anticapitalista: puede haber, y debería haber, muchos otros. Mis argumentos representan un punto de vista particular sobre el movimiento; un punto de vista que, además, está más influido por la tradición revolucionaria marxista de lo que muchos probablemente encuentren deseable. Los presento de todos modos con el ánimo de contribuir al debate en el seno del movimiento y con la esperanza de convencer a otras personas de que otro mundo es posible.

## Notas

1. F. Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1992 (El fin de la historia y el último hombre, Planeta, Barcelona, 1992). Para una discusión crítica de la tesis de Fukuyama y del debate que ha provocado, véase A. Callinicos, *Theories and Narratives*, Cambridge, 1995, capítulo 1.
2. Para una crítica reciente de esta cuestión véase S. Zizek, *Did Somebody Say Totalitarianism?*, Londres, 2001 (¿Quién dijo totalitarismo?: cinco intervenciones sobre el (mal) uso de una noción, Ed. Pre-Textos, Valencia, 2002).
3. Véase R. Broad y J. Cavanaugh, "The Death of the Washington Consensus?", en *Global Finance*, W. Bello et al., eds., Londres, 2000, p. 84.
4. S. George, "A Short History of Neo-Liberalism", *ibid.*, p. 27. 2000.
5. Esta historia es explicada, fundamentalmente desde la perspectiva del Tercer Mundo, en W. Bello et al., *Dark Victory: The United States and World Poverty*, Londres, 1999.
6. Véase especialmente P. Gowan, *The Global Gamble*, Londres, 1999.
7. J. R. MacArthur, *The Selling of "Free Trade"*, Berkeley y Los Angeles, 2000.
8. A. Callinicos, *Against the Third Way*, Cambridge, 2001 (Contra la tercera vía, Crítica, Barcelona, 2002).
9. P. Anderson, "Renewals", *New Left Review*, (II) 1, 2000, p. 17. Véase la mesurada crítica de Gilbert Achcar, "The "Historical Pessimism" of Perry Anderson", *International Socialism*, (2) 88, 2000.
10. Compárese M. Wolf, "In Defence of Global Capitalism", *Financial Times*, 8 de diciembre de 1999 y F. Rouleau, "L'Ennemi, est-ce la "mondialisation" ou le capitalisme?", *Lutte Ouvrière*, 3 de diciembre de 1999.
11. J. Harding, "Globalization's Children Strike Back", *Financial Times*, 11 de septiembre de 2001. Para una revisión más favorable, véase, por ejemplo, A. Starr, *Naming the Enemy: Anti-Corporate Movements Confront Globalization*, Londres, 2000; y E. Birchan y G. Charlton, eds., *Anti-Capitalism: A Guide to the Movement*, Londres, 2001. Daniel Bensaid ha escrito un buen artículo de síntesis, "Le Nouvel internationalisme", para la *Encyclopedia Universalis*, 2002.
12. M. Rupert, *Ideologies of Globalization*, Londres, 2000, pp. 15, 70.
13. "Testimonies of the First Day", en *The Zapatista Reader*, T. Hayden, ed., Nueva York, 2002, p. 216.



14. Subcomandante Marcos, "The Fourth World War Has Begun", *ibid.*, p. 273.
15. J. Lloyd, *The Protest Ethic*, Londres, 2001, pp. 38-39.
16. A. Pettifor, "The Economic Bondage of Debt — and the Birth of a New Movement", *New Left Review*, (I) 230, 1998.
17. Véase P. Bond, "Their Reforms and Ours", en *Global Finance*, Bello et al., eds., y R. Wade, "Showdown at the World Bank", *New Left Review*, (II) 7, 2001. Los siguientes trabajos ofrecen perspectivas internacionalistas de estos debates: R. Gilpin, *The Challenge of Global Capitalism*, Princeton, 2000 (*El reto del capitalismo global*, Turner, Madrid, 2003), y H. James, *The End of Globalization*, Cambridge MA, 2001 (*El fin de la globalización: lecciones de la gran depresión*, Turner, Madrid, 2003). Stiglitz ha desarrollado su crítica del FMI especialmente en *Globalization and Its Discontents*, Londres, 2002 (*El malestar de la globalización*, Taurus, Madrid, 2003).
18. J. Wolfreys, "Class Struggles in France", *International Socialism*, (2) 84, 1999.
19. L. Boltanski y E. Chapiello, *Le Nouvel esprit du capitalisme*, París, 1999 (*El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Tres Cantos, 2002); especialmente la Parte III.
20. J. Baudrillard, *The Illusion of the End*, Cambridge, 1994, p. 81 (*La ilusión del fin: la huelga de los acontecimientos*, Anagrama, Barcelona, 1997).
21. G. Debord, *The Society of the Spectacle*, Detroit, 1970, § 1, 2 (*La sociedad del espectáculo*, Pre-Textos, Valencia, 2000).
22. Boltanski y Chapiello, *Le Nouvel esprit du capitalisme*, p. 548. Boltanski y Chapiello prosiguen, extrañamente, asociando a Bourdieu con la crítica de la autenticidad, aunque, como bien reconocen, ese concepto sigue desempeñando un papel en su pensamiento: véase *ibid.*, pp. 549-550 y 769, n. 39.
23. Véase, por ejemplo, J. Baudrillard, *Simulations*, Nueva York, 1983: el análisis situacionista es explícitamente rechazado en la p. 54. (Trad. inglesa parcial del original francés, *Simulacre et simulations*, Galilée, París, 1981; véase: *Cultura y simulacros*, Kairós, Barcelona, 2001.)
24. R. Rorty, *Achieving Our Country*, Cambridge MA, 1998, pp. 73-107.
25. Véase especialmente S. Zizek, *The Thieflish Subject*, Londres, 1999.
26. N. Klein, *No Logo*, Londres, 2000, pp. 122, 124 (*No logo: el poder de las marcas*, Paidós, Barcelona, 2002).
28. S. George, "Que faire à present?", texto para el primer Foro Social Mundial, Porto Alegre, 15 de enero de 2001.

29. Discurso pronunciado en el segundo Foro Social Mundial, Porto Alegre, 1 de febrero de 2002.
30. R. Falk, "The Making of the Global Citizenship", en Global Visions, J. Brecher et al., eds., Boston, 1993, p. 39.
31. G. Arrighi et al., Anti-Systemic Movements, Londres, 1989 (Movimientos antisistémicos, Akal, Tres Cantos, 1999).
32. Discurso pronunciado en el segundo Foro Social Mundial, Porto Alegre, 2 de febrero de 2002. El desarrollo de este tipo de activismo es uno de los temas principales de Paul Ginsborg, Italy and its Discontents, Londres, 2002, aunque no consigue prever su actual radicalización.
33. M. Cooper, "Street Fight in Seattle", The Nation, 20 de diciembre de 1999 (versión on line).
34. "Porto Alegre II: Convocatoria de los movimientos sociales", 4 de febrero de 2002, [www.forumsocialmundial.org](http://www.forumsocialmundial.org).
35. Financial Times, 6 de octubre de 2001. La conclusión de la serie (entonces sólo se publicaron dos partes en el periódico, pero la versión completa está disponible on line en [www.specials.ft.com/countercap](http://www.specials.ft.com/countercap)) dibuja una escena igualmente deprimente: J. Harding, "Clamour Against Capitalism Stilled", ibid., 10 de octubre de 2001.
36. Lloyd, Protest ethic, pp. 66-67.
37. Tariq Ali hace una sólida crítica de tales ilusiones en The Clash of Fundamentalisms, Londres, 2002 (El choque de los fundamentalismos: cruzadas, yihads y modernidad, Alianza, Madrid, 2002).
38. Financial Times, 18 de marzo de 2002.
39. C. Serfati, La Mondialisation armée, París, 2001.
40. G. Monbiot, "World Bank to West Bank", Guardian, 9 de abril de 2002.
41. Estoy en deuda también con el análisis pionero de Chris Harman, "Anti-Capitalism: Theory and Practice", International Socialism, (2) 88, 2000.

## **2. EL CAPITALISMO CONTRA EL PLANETA**

### **Entonces, ¿cuál es el problema?**

"El capitalismo es claramente el mejor sistema para generar riqueza; el comercio libre y los mercados de capital abiertos han traído un

crecimiento económico sin precedente a casi todo, si no todo, el mundo".[1] Esta afirmación de Noreena Hertz, quien se ha esforzado por aparecer asociada con el movimiento anticapitalista, resume de forma bastante paradójica la defensa del neoliberalismo. Centrémonos primero en la segunda parte de la afirmación, la que sostiene, como los apologistas del Banco Mundial y del FMI no se cansan de repetir; que la liberalización del comercio y la inversión durante las dos últimas décadas han generado un rápido crecimiento económico. Los defensores del Consenso de Washington van aún más lejos al defender que este crecimiento puede reducir la pobreza y las desigualdades globales. Así, poco antes de que el encuentro de la Organización Mundial del Comercio en Doha de noviembre de 2001 diera comienzo a una nueva ronda de conversaciones, el Banco Mundial hizo público un informe en el que se estimaba que la abolición de todas las fronteras comerciales podría elevar los ingresos globales en 2,8 billones de dólares y sacar de la pobreza a unos 320 millones de personas.[2] Una forma más vulgar del mismo tipo de argumento es la ofrecida por Clare Short, secretaria de estado para el Desarrollo Internacional del gobierno británico, cuando atacó a los manifestantes de Seattle diciendo que la OMC era "unapreciada institución internacional" y que "aquellos que critican de forma indiscriminada a la OMC obran en contra y no a favor de los intereses de los pobres y los desamparados".[3]

Se puede responder críticamente a esta afirmación de varias maneras. Se puede, por ejemplo, dudar de la ecuación que relaciona el desarrollo humano con el crecimiento económico.[4] Puede señalarse asimismo el aparentemente imparable aumento de las desigualdades globales durante el apogeo del Consenso de Washington. De acuerdo con los estudios llevados a cabo por Branko Mihailovic, del Banco Mundial, en 1998 los ingresos conjuntos del 1% más rico de la población mundial igualaban a los ingresos conjuntos del 57% más pobre, mientras que el coeficiente Gini de eficiencia global (que mide el grado de desigualdad) alcanzaba la cota de 66.[5] Conviene saber, no obstante, que el argumento neoliberal puede atacarse en sus propios términos. El Centro de Investigaciones Políticas y Económicas (CEPR) ha realizado una detallada comparación entre la era de la globalización (1980-2000) y las dos décadas anteriores (1960-1980), durante las cuales se produjo el apogeo de las políticas keynesianas de gestión de la demanda en Estados Unidos, con las administraciones de Kennedy y Johnson, así como su declive a raíz de la crisis económica de mediados de la década de 1970. El CEPR utilizó varios indicadores –el crecimiento de los ingresos per cápita, la esperanza de vida, la mortalidad de bebés, niños y adultos, el grado de alfabetización y la educación– con el fin de comparar el desarrollo en ambos periodos. Su síntesis de los resultados es la siguiente:

Con respecto al crecimiento económico y casi todos los demás indicadores, los últimos 20 años muestran un claro descenso en el progreso en comparación con las dos décadas anteriores. Para cada uno de los indicadores, los países fueron divididos en cinco grupos aproximadamente iguales de acuerdo con el nivel alcanzado al comienzo del periodo (1960 o 1980). Los hallazgos se resumen como sigue:

- **Crecimiento:** La caída de las tasas de crecimiento económico fue pronunciada y generalizada en todos los grupos o países. El país más pobre pasó de un crecimiento del PIB per cápita del 1,9% anual en 1960-1980, a un crecimiento negativo del 0,5% anual (1980-2000). Para el grupo intermedio (que incluye sobre todo países pobres), se produjo un fuerte descenso desde un crecimiento anual per cápita del 3,6% hasta un crecimiento algo inferior al 1%. Para un periodo de 20 años, esto equivale a la diferencia entre doblar los ingresos nacionales por persona e incrementarlos en sólo un 21%. Los otros grupos también presentaron reducciones significativas de sus tasas de crecimiento.
- **Esperanza de vida:** El progreso en la esperanza de vida también se redujo en 4 de los 5 grupos de países, con la excepción del grupo más alto (esperanza de vida de 69-76 años). La disminución más fuerte se produjo en el segundo grupo de nivel más bajo (esperanza de vida de 44-53 años). La reducción del progreso en la esperanza de vida y otros indicadores de la salud no puede atribuirse a la pandemia de SIDA.
- **Mortalidad infantil:** Los avances en la reducción de la mortalidad infantil (primer año de vida) también fueron considerablemente más lentos durante el periodo de globalización (1980-2000) que durante las dos décadas anteriores. Los descensos más marcados en el progreso se produjeron en los grupos de niveles intermedios a bajos. El progreso en la reducción de la mortalidad de niños de menos de 5 años también fue más lento en los grupos de países de posición media o baja.
- **Educación y alfabetización:** El progreso en la educación también se vio frenado durante el periodo de globalización. La tasa de crecimiento de las matriculaciones en escuelas primarias, secundarias y terciarias fue menor para la mayoría de los grupos de países. Hay algunas excepciones, pero éstas tienden a concentrarse en los grupos de países más avanzados. De acuerdo con la mayoría de los indicadores de educación, incluida la alfabetización, los grupos de nivel medio o bajo tuvieron un progreso menor durante el periodo de globalización que en las dos décadas anteriores. La tasa de crecimiento del gasto público en educación, expresada como porcentaje del PIB, también se frenó en todos los grupos de países.[6]

No puede decirse que estas comparaciones ofrezcan mucho apoyo a la tesis del goteo, es decir, que un crecimiento económico más rápido redunde en beneficio de los más pobres. En la medida en que se

produjo algún progreso durante lo que el CEPR denomina "era de la globalización", éste se produjo a una tasa inferior a la de las décadas de 1960 y 1970. Lo que es más sorprendente, sin embargo, es que las tasas de crecimiento de la producción per cápita en realidad se redujeron durante un periodo en el que, de acuerdo con las predicciones de la ortodoxia del libre comercio, deberían haber aumentado, puesto que, de acuerdo con los teoremas de la economía neoclásica, la liberalización de los mercados de capital y de productos debería haber acelerado el crecimiento. Además, como bien señalan los autores, no puede acusarse a esta comparación de estar sesgada contra la era neoliberal, puesto que el periodo anterior incluía la década de 1970, marcada por la primera recesión de la posguerra y el comienzo de la segunda. Otros estudios confirman estas conclusiones: considérese, por ejemplo, el siguiente cuadro, que compara las tasas de crecimiento antes y después del triunfo del neoliberalismo.

John Weeks comenta:

Los grupos de países que en mayor grado introdujeron políticas de liberalización son los que menos progresaron en la década de 1990 con relación a las dos décadas anteriores (los países de la OCDE, de América Latina y del África subsahariana); el grupo que más avanzó desde 1960, el de los países del Este y Sudeste asiático, entró en una grave recesión en la década de 1990; y el grupo cuyo crecimiento mejoró en la década de 1990 sin recesión, el Asia meridional, es el que en menor grado adoptó las políticas de desregulación, liberalización del comercio y liberalización de la cuenta de capital. La hipótesis de que dichas políticas estimulan el crecimiento queda sin confirmar; o sea, es un mito de la globalización.[7]

En un plano más general, cabe recordar que la economía mundial todavía no ha recobrado las tasas de crecimiento de la Edad Dorada -lo que los franceses denominan *les trentes glorieuses*, los gloriosos años treinta- durante el *boom* de la posguerra, cuando el comercio y la inversión estaban considerablemente más regulados que durante las dos últimas décadas. Así pues, juzgado con su propia vara de medir el crecimiento económico, el neoliberalismo debe considerarse un fracaso. Sin embargo, desde la perspectiva del Consenso de Washington, el problema no es consecuencia de un exceso de privatización y desregulación, sino de la insuficiente aplicación de estas medidas. De ahí, por ejemplo, la constante demanda de que las economías de Japón y de la Europa continental, ambas estancadas desde principios de la década de 1990, adopten "reformas" radicales de libre comercio que las acerquen más al modelo angloamericano de capitalismo de *laissez-faire* y alcancen, de esta forma, el crecimiento dinámico que supuestamente es una de las propiedades de este modelo.

El mismo tipo de razonamiento fue el que condujo al FMI a pedir a Argentina que respondiera a la crisis económica que la aflige como

resultado del descalabro financiero del Asia oriental de 1997-1998, con recortes presupuestarios cada vez más salvajes. Joseph Stiglitz comenta: "Se suponía que la austeridad fiscal tenía que restablecer la confianza. Pero las cifras del programa del FMI eran pura ficción; cualquier economista hubiera predicho que las políticas contradictorias producirían un frenazo, que sería imposible alcanzar los objetivos presupuestarios ... La confianza raramente se restablece en una economía que se hunde en una profunda recesión y cuya tasa de desempleo alcanza números de dos cifras".[8] Incluso después de que estas medidas aceleraran el descalabro financiero y precipitaran una extraordinaria rebelión de los parados y de la clase media, que acabó con la presidencia de Fernando de la Rúa a finales de diciembre de 2001, el FMI y EE.UU. siguieron buscando nuevos recortes presupuestarios de su sucesor, Eduardo Duhalde. El *Financial Times* señaló con dureza: "Argentina ya no puede permitirse mantener su clase media. Los economistas calculan que los salarios reales deberían bajar en un 30% para que pueda competir con los países de su nivel en todo el mundo".[9]

Cada vez son más las personas que creen que esta manera de gobernar el mundo es una locura, que el neoliberalismo no es tanto la cura como la enfermedad. Pero ¿cuán profundo es el problema? Para algunos - Stiglitz es un ejemplo destacado de este enfoque- el problema no reside en el propio capitalismo, sino en un conjunto concreto de políticas desacertadas que persiguen algunos gobiernos occidentales e instituciones financieras internacionales. Otros hacen una crítica similar, aunque ligeramente más radical, al considerar que lo que anda mal es el modelo actual de capitalismo. Bastaría con adoptar medidas que permitieran el retorno al capitalismo regulado y más humano de la era de posguerra para que se pudiera comenzar a afrontar los peores males que afligen a la humanidad.[10] Una de las motivaciones principales de este libro es rebatir este tipo de argumento. El problema radica en el propio capitalismo y la lógica que lo gobierna: una lógica de explotación y acumulación competitiva. Al despojar al capitalismo de las instituciones y prácticas que lo hacían soportable (al menos en el próspero Norte), el neoliberalismo ha hecho más visibles sus defectos constitutivos, pero esos defectos siempre han estado ahí, y soy de la opinión de que la única manera de eliminarlos es derribando al propio capitalismo.

En lo que resta de capítulo, comenzaré a desarrollar los argumentos que apoyan esta conclusión (aunque hará falta el libro entero para completar la causa contra el capitalismo). Me centraré, en primer lugar, en el funcionamiento del capitalismo como sistema económico. Este tipo de análisis es esencial para sustentar los argumentos anticapitalistas. Para empezar, el capitalismo es, ante todo, un sistema económico, lo que Marx denominaba un modo de producción. Sus

defensores se basan en gran medida en la aserción de que el capitalismo es superior a otros sistemas sociales por su capacidad para generar crecimiento económico. En segundo lugar, la economía importa en el sentido de que las oportunidades de los individuos para alcanzar el bienestar y desarrollar sus capacidades dependen en gran medida de su acceso a los recursos de producción. Pero la causa contra el capitalismo no es únicamente económica. Es obvio que una de las principales motivaciones que subyacen al movimiento anticapitalista es una rebelión contra el proceso de mercantilización que no ha hecho sino acelerarse desde que se ha establecido la hegemonía neoliberal.

*Le monde n'est pas une merchandise!* (el mundo no está en venta) es uno de los principales lemas del movimiento. Expresa oposición a la privatización en masa de los bienes y servicios públicos que se ha extendido como un cáncer por todo el mundo, impulsada por una alianza entre las instituciones del Consenso de Washington, los políticos que abrazan las tesis neoliberales por convicción o por conveniencia, y los bancos de inversión, las corporaciones multinacionales y las empresas locales que se aprestan a recoger los beneficios derivados de la ruina del sector público.[11] Sin embargo, por lo general, esta oposición no se acaba en la sola creencia de que la privatización tiene consecuencias económicas y sociales negativas, por mucho que esta creencia esté ampliamente justificada por experiencias como la privatización de los ferrocarriles británicos. La sustenta también un rechazo moral hacia la degradación que produce la reducción de todo a productos que pueden comprarse y venderse. Esto es especialmente cierto en el ámbito cultural. Cuando Theodor Adorno y Max Horkheimer acuñaron la expresión "industria cultural", la concibieron como un concepto irónico y crítico: nada les parecía más absurdo o contradictorio que reducir los procesos creativos a una industria gobernada por la misma lógica de racionalización que cualquier otra. [12] Pero en la actual Gran Bretaña –que al menos en Europa es el estado más a la vanguardia de la coalición neoliberal– los ministros hacen referencia a las industrias culturales sin rubor y sin percibir ninguna paradoja, y el *Financial Times* publica con regularidad un suplemento titulado "Creative Business". Los resultados de esta subordinación directa de la producción cultural a las prioridades de la acumulación de beneficios puede presenciarse cada día en la televisión, donde la lujuria, la codicia, la fama y el estilo de vida se funden en un círculo vicioso de alucinante banalidad. Tampoco es ésta una preocupación del Primer Mundo. Sin ir más lejos, para Marcos, el líder del movimiento zapatista, el neoliberalismo está embarcado en una "guerra planetaria", uno de cuyos objetivos es "la destrucción de la historia y la cultura".[13] Entre los impulsos del movimiento anticapitalista está el deseo de escapar, de crear un espacio libre de los imperativos del mercado.

## **Disparates financieros**

Pero ¿qué tamaño debe tener ese espacio? Para poder dar respuesta a esta pregunta conviene indagar la gravedad de los problemas del capitalismo. Para muchos, éstos se derivan fundamentalmente del poder que los mercados financieros han adquirido en los últimos años. Así, Walden Bello, Kamal Maihotra, Nicola Bullard y Marco Mezzera escriben: "La globalización de las finanzas implica que, cada vez más, su dinámica sirve de motor del sistema capitalista global".[14] La impresión ampliamente extendida, en especial desde la quiebra de las economías de Rusia y Asia en 1997-1998, de que el dominio de los mercados financieros ha aumentado enormemente la inestabilidad económica global ha proporcionado uno de los principales estímulos que animan el movimiento encabezado por ATTAC (Association pour une taxation des transactions financières pour l'aide aux citoyens) en Francia y por sus afiliados en todo el mundo, que pide la introducción de la Tasa Tobin sobre las transacciones monetarias internacionales. [15]

Tras el claro dominio del capitalismo financiero se encuentran varios fenómenos distintos pero interrelacionados:

- Para empezar, está el ingente tamaño de los mercados financieros globalmente integrados: las transacciones monetarias diarias aumentaron de 0,8 billones de dólares en 1992 a 1,2 billones en 1995 y a casi 1,6 billones en 1998:[16] estas extraordinarias cifras reflejan el hecho de que el capital se mueve internacionalmente mucho más que en la era del sistema de Bretton Woods tras la Segunda Guerra Mundial.
- Los gobiernos nacionales se han vuelto mucho más vulnerables al mercado internacional de bonos en el que compran y venden su deuda: en palabras de John Grahl, "el mercado internacional de bonos es una espada de Damocles que cuelga sobre las cabezas de los responsables de la adopción de políticas nacionales", incluso en los estados más poderosos, como descubrió la administración Clinton en 1993.[17]
- El dominio cada vez mayor de las decisiones de inversión tomadas por los mercados bursátiles, que puede apreciarse de distintas maneras, desde la llamada "securitization", esto es, la transformación de todo lo posible en bienes financieros susceptibles de ser comprados y vendidos y ser objeto de especulación (el imperio comercial de la energía de la compañía Enron desarrolló, entre otras cosas, futuros climáticos), hasta la presión sobre los ejecutivos de las corporaciones para que den máxima prioridad a los "valores para el accionariado" (precios más altos para las acciones ordinarias que reflejen al menos las perspectivas de mayores beneficios, un fenómeno que ha producido lo que Grahl califica de "nuevo equilibrio de fuerzas entre propietarios y directivos muy favorable a aquellos").[18]



- El rápido crecimiento de la especulación con derivados financieros cada vez más complejos, reflejado en el aumento de fondos de alto riesgo especializados en estos activos, y cuyas actividades pueden tener enormes consecuencias potenciales para la economía mundial, como quedó demostrado con el espectacular colapso de los fondos de Gestión de Capital a Largo Plazo (LTCM, "Long-Term Capital Management") en el punto cumbre del pánico financiero global que siguió a las crisis de Asia y Rusia en otoño de 1998.
- El *boom* económico de EE.UU. de finales de la década de 1990, que resultó de una combinación de una auténtica expansión de la producción y la productividad (si bien se discute si aumentó, y en qué medida, la tasa de crecimiento de la productividad) y de la creación de una gigantesca burbuja de especulación centrada en Wall Street: el entusiasmo y la realidad económica fueron mano con mano en la creencia eufórica, pero pronto rebatida, de que la "Nueva Economía" había de liberar a EE.UU. de las restricciones impuestas por el ciclo económico.[19]

A menudo se representa a los mercados financieros como un fenómeno autónomo, casi natural, hasta tal punto que en la televisión las cotizaciones de la bolsa se presentan diariamente igual que las previsiones del tiempo. Marx describió el capitalismo como "un mundo embrujado, deforme y confuso hechizado por *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre*, que son a un tiempo personajes sociales y cosas".[20] La representación de los mercados financieros como una cosa -un fenómeno natural- socava la resistencia frente a sus consecuencias negativas. Pero, por supuesto, los mercados financieros son relaciones sociales, no cosas. Además, el crecimiento de su poder (o, en rigor, del poder de los actores que operan principalmente en los mercados financieros) durante la última generación, es en parte el resultado de luchas ideológicas y políticas. [21] Tanto es así que dos de los pasos más importantes en el camino hacia la emancipación del capitalismo financiero en Gran Bretaña fueron la abolición de los controles de cambio en 1979 y la desregulación de la City de Londres (el llamado "Big Bang") en 1986, dos medidas introducidas por el gobierno de Thatcher como parte de su proyecto de reestructuración de la economía británica conforme al neoliberalismo.

Gran Bretaña es excepcional entre los países capitalistas avanzados por el peso económico relativo de su sector financiero, pero en la escena mundial Estados Unidos ha desempeñado el papel principal a la hora de facilitar el crecimiento de los mercados financieros. Peter Gowan sostiene que EE.UU. respondió al colapso del sistema de Bretton Woods promoviendo en su lugar lo que él llama el Régimen del Dólar de Wall Street. El papel del dólar, liberado del viejo patrón oro en 1971, en el debilitamiento del sistema monetario internacional confirmó a EE.UU. una enorme influencia política y económica, al tiempo que el nuevo

mundo de monedas flotantes propició una ola de especulación financiera internacional en la que los bancos de inversión estadounidenses estaban especialmente bien situados para avanzar. Además, el eje que une Wall Street, el Tesoro estadounidense y las instituciones financieras internacionales promueve las políticas del Consenso de Washington, que abren las economías nacionales a la inversión extranjera y las hacen más vulnerables a las fluctuaciones de los mercados financieros y, en consecuencia, más dependientes de este eje.[22]

Esto nos lleva a lo que se ha convertido en una de las características crónicas de la era neoliberal: el descalabro financiero de los "mercados emergentes". Entre las víctimas más destacadas de este fenómeno se encuentran México (1994-1995), el Este asiático (1997-1998), Rusia (1998) y Argentina (2001). Una de las principales exigencias planteadas a los estados que realizan ajustes estructurales es que liberalicen su cuenta de capital, es decir, que permitan el libre movimiento de capital a través de sus fronteras.[23] Los países que los mercados financieros consideran que tienen buenas perspectivas reciben entradas masivas de capital, algo que en realidad tiene dudosos beneficios. Así, como ocurrió en el caso del este asiático, la invasión de capital extranjero tiende a producir una sobreinversión masiva y el desarrollo de un exceso de capacidad productiva a gran escala que reduce la rentabilidad. Cuando los inversores extranjeros perciben esto, el resultado es el pánico y la salida del capital a tan gran escala y con tanta rapidez como antes se había producido su entrada, lo que, en consecuencia, precipita la economía afectada a una profunda depresión, a menudo con repercusiones a una escala mucho mayor. De acuerdo con una estimación, la crisis asiática y su repercusión internacional fueron responsables de una reducción de 2 billones de dólares en el rendimiento global de 1998-2000, lo que representa aproximadamente el 6% del producto interior bruto mundial.[24]

Los defensores del Consenso de Washington tienden a presentar estas crisis como consecuencias de los defectos culturales e institucionales de las sociedades afectadas. El caso clásico es el de las denuncias de "capitalismo de compinches" tras la crisis del este asiático lanzadas por Occidente, como si los vínculos corruptos entre políticos, burócratas y ejecutivos de corporaciones fueran monopolio de japoneses y coreanos. El colapso de Enron en el invierno de 2001-2002, uno de los buques insignia de la burbuja de Wall Street, cuya cotización en bolsa cayó en picado de 70.000 millones de dólares a prácticamente cero en tan solo un año, lo que acabó con los ahorros de sus propios empleados y puso en riesgo los de millones de trabajadores cuyos planes de pensiones habían invertido con fuerza en Enron, dejó al descubierto una red de fraude que se extendía desde las oficinas centrales de la corporación, pasando por compañías de seguros, contabilidad y banca hasta

hundirse profundamente en Washington. Según se supo, nada menos que 212 de los 248 miembros del congreso que formaban parte de comités para la investigación del escándalo, habían recibido dinero de Enron o de sus desacreditados auditores Arthur Andersen.[25] A este escándalo le siguieron otros que afectaron a corporaciones antes encomiadas, como WorldCom.

El mismo capitalismo especulativo de base occidental que es responsable de los fraudes de Enron y WorldCom ha desempeñado también un papel fundamental en las crisis financieras de los mercados emergentes. Lo que Jeffrey Winters escribe refiriéndose a la fuga de divisas del sudeste asiático en 1997, puede hacerse extensivo a todas las crisis de la era neoliberal:

La reacción en cadena fue puesta en marcha por negociantes de monedas y gestores de grandes carteras de capital que actúan bajo una presión competitiva tan intensa, que les obliga a comportarse de un modo objetivamente irracional y destructivo para el sistema, en especial para los países involucrados, pero subjetivamente racional y necesario para mantener la esperanza de supervivencia individual.[26]

Los "rescates" montados por el FMI y el G7 tras las crisis de los mercados emergentes suelen indemnizar a los especuladores financieros por las consecuencias de sus arriesgados juegos, creando así lo que la banca conservadora tiende a denunciar como "peligro moral", porque anima a los inversores a emprender proyectos aún más arriesgados en el futuro. Y lo que es peor, los términos en los que se ofrece ayuda a los gobiernos de los países afectados les obliga a tomar nuevas dosis de neoliberalismo. El efecto neto es que se ayuda a los inversores extranjeros a escoger los activos más rentables, a menudo a precios de ganga a causa de la crisis, y se hace a las economías afectadas aún más vulnerables a las fluctuaciones de los mercados financieros. De este modo, como ya hemos visto, se ofrece la enfermedad como cura del síndrome que ella misma ha causado.

Este modelo alimenta un escepticismo cada vez mayor hacia la ortodoxia neoclásica, según la cual los mercados financieros no pueden causar ningún mal. Al menos eso es lo que afirma la Hipótesis del Mercado Eficiente. Así la resumía George Gibson en 1883: " Cuando las acciones se hacen públicas en un mercado abierto, el valor que adquieren puede considerarse como el juicio que la mejor inteligencia haría sobre ellas".[27] Esta " hipótesis " ofrece una magnífica refutación de toda afirmación de que la economía neoclásica es una ciencia neutra. Recuerda al Dr. Pangloss de Voltaire, quien nunca se cansaba de declarar, ante cualquier catástrofe, que todo cuanto ocurre es lo mejor en éste, el mejor de los mundos posibles. Otros economistas relativamente convencionales se niegan a llegar a tales extremos de complacencia. Es el caso de Stiglitz, quien en los estudios técnicos que le llevaron a ganar el premio Nobel de Economía de 2001, demostró

que cuando se modifican ligeramente las premisas de la teoría general del equilibrio y se abandona la suposición de que los actores económicos están perfectamente informados, los mercados financieros dejan de autocorregirse: en particular, las asimetrías en la información entre prestamistas y prestatarios pueden llevar a los bancos a situar los tipos de interés a niveles que atraen a los especuladores y niegan los créditos a las buenas firmas. Él y Andrew Weiss concluyen: "El resultado usual de la teoría económica: que los precios equilibran los mercados, depende del modelo y no es una teoría general de los mercados –el desempleo y el racionamiento del crédito no son fantasmas".[28]

Detrás de todas estas argumentaciones se vislumbra la gigantesca sombra de Maynard Keynes. Su *Teoría general sobre el empleo, el interés y el dinero* (1936) supone una crítica mordaz de la irracionalidad de los mercados financieros que incluye una célebre comparación de éstos con un casino.[29] La otra cara de la moneda de esta crítica es que el capitalismo es básicamente un sistema saludable: a condición de que el estado intervenga para reglamentar los mercados financieros y amortiguar las fluctuaciones del ciclo económico, el capitalismo es el mejor sistema de producción. En la era keynesiana, que se extiende de forma aproximada desde la década de 1940 hasta la década de 1970, el papel que adoptó el estado fue principalmente la forma de gestión de la demanda efectiva a fin de mantener el pleno empleo, y de un sistema tributario más o menos redistributivo que, al financiar niveles históricamente elevados de servicios sociales, ayudaba a realizar su función estabilizadora (aunque, en realidad, fue el alto nivel de gasto en armamento el principal responsable del largo periodo de crecimiento económico que disfrutó el capitalismo occidental tras la segunda guerra mundial).[30]

La gestión de la demanda nacional parece menos viable en la era de la globalización; no obstante, una de las principales motivaciones del movimiento antiglobalización ha sido la búsqueda de otras formas de regulación de los mercados financieros. James Tobin propuso en principio un impuesto sobre los intercambios monetarios, tanto para "ponerle palos a las ruedas de nuestros excesivamente eficientes mercados financieros", como para "devolver a las economías y gobiernos nacionales una parte de la autonomía a corto plazo de la que gozaban antes de que la convertibilidad de las monedas se hiciera tan fácil".[31] Para movimientos como ATTAC, la Tasa Tobin no sólo serviría para frenar las finanzas globales, sino que también tendría la ventaja de generar recursos que podrían utilizarse para financiar el desarrollo del Tercer Mundo: según una estimación, un impuesto sobre cada transacción monetaria del 0,25% habría producido unos ingresos de casi 300.000 millones de dólares en 1995.[32]

Considerado en sí mismo, pues, el impuesto es un método de reforma del capitalismo, y en particular de rehabilitación de los capitalismos nacionales. Implica lo que uno podría considerar una crítica relativamente superficial del capitalismo, que sitúa el problema en lo que Tobin llama mercados financieros "no anclados", y no en el propio sistema.[33] Incluso un defensor tan entusiasta como Heikki Patomäki reconoce que la Tasa Tobin no aborda "el problema del cortoplacismo financiero en su conjunto" o "la gobernación de créditos e inversiones en la política económica global".[34] Este último aspecto, en especial, plantea la cuestión de la naturaleza del propio sistema, y para ello necesitamos, no a Keynes o a Tobin, sino a Marx.

### **La máquina del movimiento perpetuo**

Marx sostiene que el capitalismo posee dos características fundamentales: la explotación de los asalariados y la acumulación competitiva de capital. Éstas a su vez corresponden a las dos relaciones constitutivas del capitalismo, que son, respectivamente, la relación entre capital y mano de obra, y la relación entre los propios capitales. Ambas son conflictivas: la relación "vertical" entre capital y mano de obra surge del antagonismo que necesariamente se sigue de la relación entre explotador y explotado, mientras que la relación "horizontal" entre capitales consiste en la lucha competitiva entre los explotadores por la distribución de los beneficios que conjuntamente exprimen de la clase trabajadora. El "capital", en singular, que se refiere tanto a la totalidad de las relaciones que constituyen el modo capitalista de producción y a la clase capitalista como colectividad, debe por tanto distinguirse de la pluralidad de "capitales", las unidades individuales del sistema que se esfuerzan por explotar y acumular.[35]

El tratamiento del capitalismo como un sistema social fundamentado en la explotación tiene varios beneficios, entre ellos los cinco siguientes:

1. Marx insiste en que el antagonismo de clases no es una característica secundaria o accidental del capitalismo sino que define su propia naturaleza: el capital está esencialmente reñido con los asalariados a los que da empleo, que son todos aquellos que a causa de sus circunstancias económicas se ven impelidos a vender su fuerza de trabajo y a trabajar bajo supervisión, independientemente de si lo hacen en la industria o en los servicios, como obreros o como oficinistas.
2. Afirmar, como Marx lo hace en su teoría de la plusvalía, que los beneficios que busca el capital se derivan del trabajo de quienes emplea, equivale a afirmar que el capitalismo se fundamenta en una gran injusticia: los que realmente hacen el trabajo de producción de bienes y servicios se ven compelidos a trabajar también para sustentar a los capitalistas, cuya reivindicación sobre los frutos de la producción se deriva únicamente de su control de los recursos productivos.[36]

3. La teoría de Marx de la plusvalía sitúa históricamente al capitalismo con respecto a anteriores modos de producción basados en clases: mientras que en aquellos sistemas sociales la producción recaía en una clase de productores que no eran libres (esclavos o algún tipo de campesinos dependientes), bajo el capitalismo los trabajadores son libres en el sentido de que no están legalmente obligados a servir a su explotador, sino que es su falta de independencia económica lo que los empuja a trabajar para los capitalistas en unos términos desiguales que conducen a su explotación.

4. Este sistema basado en la explotación implica que la fuente de creatividad en el capitalismo son los trabajadores: la creatividad de los capitalistas es, a lo sumo, de segundo orden, y consiste en la capacidad de sacar partido de las innovaciones de otros y de sacar el mayor provecho de su mano de obra y de sus rivales (este es el núcleo racional de las teorías de la empresa).[37]

5. La teoría de la explotación capitalista indica los límites del sistema, en el sentido de que los capitalistas como clase sólo pueden aumentar sus beneficios totales reduciendo los salarios reales o aumentando la productividad de la clase trabajadora: esta relación de dependencia implica que los trabajadores no sólo son explotados, sino que también tienen poder.

Pero la teoría marxista del capitalismo es incompleta mientras quede confinada a la relación vertical entre capital y mano de obra. La relación horizontal entre capitales es importante por dos razones. En primer lugar, Marx sostiene que la lucha competitiva entre capitales explica por qué la explotación y la acumulación son características crónicas del capitalismo como sistema económico. El capitalismo es suficientemente competitivo como para que cada uno de los capitales individuales se encuentre bajo presión constante para reducir sus costes de producción con el fin de mantener o incluso aumentar su cuota de mercado. Un capitalista benevolente que pagara a sus trabajadores salarios con un valor que ellos consideraran justo pronto se encontraría en la quiebra. Y es que, directa o indirectamente, con los beneficios se financian las inversiones gracias a las cuales los capitales individuales expanden o mejoran su capacidad productiva. Es precisamente este proceso de aumento de la productividad y de la capacidad por medio de los beneficios lo que Marx (siguiendo a Adam Smith) denominó acumulación de capital. Se trata de un proceso competitivo porque la motivación para acumular viene del exterior: la presión de sus rivales impulsa a los capitales a mejorar sus métodos de producción. Marx propone una teoría estructural de la acumulación de capital: el impulso por acumular no se explica por medio de la psicología individual o por los procesos culturales explorados por Max Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, sino por la estructura de compulsiones e incentivos a los que se ven sujetos los

capitalistas individuales en el mercado (aunque, al menos en principio, el tipo de explicaciones culturales propuestas por Weber puede ayudar a explicar las diferencias de éxito entre distintos grupos en respuesta a las disciplinas del mercado).

En segundo lugar, considerar el capitalismo como un sistema de acumulación competitiva ayuda a explicar su trayectoria. El capitalismo se caracteriza a un tiempo por el dinamismo y por la estabilidad. Ambas características se derivan de la lucha competitiva entre los capitales. Las inversiones que aumentan la productividad expanden el poder productivo de la humanidad. Es éste el desarrollo de las fuerzas productivas por el cual Marx alaba el capitalismo en el *Manifiesto comunista* y los *Grundrisse*, al tiempo que distingue entre las relaciones de producción capitalistas las formas históricamente específicas de control de los recursos productivos que constituyen este modo de producción y el crecimiento de la productividad y el rendimiento para el que estas relaciones proporcionan el marco social. Pero la naturaleza de estas relaciones de producción implica además que el desarrollo de las fuerzas de producción hace al capitalismo inherentemente susceptible a las crisis.[38] Ya hemos visto cual es el mecanismo fundamental que opera en los mercados financieros, donde hacer lo que es individualmente racional a menudo produce resultados que, colectivamente, están por debajo del nivel óptimo.

Los capitales individuales invierten en nuevos métodos de producción con la esperanza de obtener un mayor rendimiento. El innovador por lo general puede esperar el éxito (al menos a corto plazo) porque, al rebajar sus costes de producción por debajo del coste medio en el sector, puede o bien rebajar el precio de sus productos y vender más que sus rivales, o bien mantener el precio y obtener un mayor beneficio por unidad vendida. En cualquiera de los casos, el capital innovador pondrá al resto del sector en una situación de presión, de manera que también ellos intentarán igualar la innovación. En la medida en que lo consigan, los costes medios de producción en el sector disminuirán. Como la ventaja del innovador se derivaba de la existencia de una diferencia entre sus costes individuales y los costes medios del sector, cuando esta diferencia desaparece, también desaparece su beneficio adicional (lo que Marx denominaba “superbeneficio” y los economistas más recientes llaman “renta tecnológica”). Para aumentar la productividad normalmente es necesario aumentar la maquinaria y el equipo manejados por cada empleado, de modo que el precio que se paga por innovar es una mayor inversión en maquinaria y equipo por trabajador (o, en la expresión un tanto oscura de Marx, la composición orgánica del incremento del capital). Pero el trabajo es la fuente del beneficio. Por tanto, a no ser que la tasa de explotación (beneficios por trabajador) aumente, hará falta un capital mayor para extraer el mismo beneficio de la fuerza laboral. Dicho de otro modo, la tasa de beneficio –

relación entre beneficios e inversiones totales- disminuye. Por tanto, una vez se hayan generalizado las innovaciones obtenidas gracias al comportamiento de búsqueda de mayores beneficios propio de los capitales individuales, este comportamiento habrá producido una reducción de la tasa global de beneficios.

Extendido a la economía en general, este mecanismo es responsable de lo que Marx denomina la tendencia a la baja de la tasa general de ganancias. Se trata sólo de una tendencia porque depende de que se cumplan ciertas condiciones, la mayoría de las cuales (aunque no todas) ya señala Marx: que se aumente la productividad ahorrando en mano de obra y no en capital, que la tasa de explotación no aumente lo bastante como para compensar los efectos del aumento de la composición orgánica del capital (relación entre inversión en medios de producción e inversión en fuerza laboral), o que los medios de producción no se abaraten como resultado de la innovación para aumentar la productividad, impidiendo una vez más una caída de la tasa de beneficios (puesto que entonces el valor de la inversión en maquinaria y equipo puede haber disminuido por trabajador, aunque la cantidad física que éstos manejen haya aumentado). Pero al parecer Marx consideraba que los “efectos compensadores” más importantes son los proporcionados por las crisis económicas. Una caída suficientemente pronunciada de la tasa de beneficios hace que los capitalistas dejen de invertir, lo que lleva a la economía a una recesión. La característica principal de una recesión es que los capitales o bien caen en la bancarrota o bien recortan la producción y el empleo. El consiguiente aumento de la tasa de desempleo reduce la capacidad de negociación de los trabajadores, y obliga a aquellos que conservan su puesto de trabajo a aceptar salarios más bajos, más horas de trabajo o peores condiciones. Esto tiene el efecto de aumentar la tasa de explotación. Al mismo tiempo, los capitales más fuertes pueden comprar a precio de ganga las acciones de las firmas que han ido a la bancarrota y absorber a los supervivientes más débiles en condiciones muy favorables. En consecuencia, el valor de las inversiones existentes se ve reducido. Conjuntamente, estos dos procesos -el aumento de la tasa de explotación y la destrucción de capital- elevan la masa de beneficios con relación a la de capital. En otras palabras, la tasa de beneficios crece. Cuando la rentabilidad aumenta lo suficiente como para estimular la recuperación de las inversiones, el crecimiento económico se reanuda hasta que la siguiente caída de la tasa general de beneficios provoque un nuevo bajón en este ciclo infernal.

La teoría de Marx sobre la tendencia a la caída de la tasa de ganancias reviste un interés especial porque las principales economías capitalistas comenzaron a sufrir una grave crisis de rentabilidad a finales de la década de 1960. Independientemente de su causa, esta crisis subyace a la transición que ha emprendido la economía mundial hacia una era de



crecimiento lento -interrumpido en ocasiones por recesiones globales- que continúa en la actualidad.[39] La propia explicación de Marx de los mecanismos responsables de tales crisis de rentabilidad ha provocado enormes controversias: es justo reconocer que ha sido rechazada por la mayoría de los economistas de formación tradicional, aunque sus razones para hacerlo a menudo parecen tener más que ver con su falta de comprensión del peculiar enfoque teórico de Marx de la economía capitalista, que con defectos específicos de un argumento que plantea numerosas cuestiones complejas.[40] No es éste el lugar para discutir esas cuestiones, aun cuando estuviese capacitado para hacerlo. Más relevante es la imagen general que Marx propone del capitalismo, como sistema en el que el proceso de acumulación competitiva anima a los capitales individuales a emprender acciones que, aunque a corto plazo pueden aumentar su tasa de beneficios, a largo plazo tienen el efecto de socavar la viabilidad del sistema en su conjunto. La búsqueda individual de beneficios produce resultados desastrosos a nivel global. En lo que resta de esta sección y en la siguiente examinaré dos aspectos contemporáneos de esta paradoja, uno estrictamente económico, el otro mucho más amplio.

En primer lugar, una de las fuerzas que conducen a la actual crisis de la economía mundial es una marcada tendencia a la sobreinversión. Esta fue, por ejemplo, una de las características de la crisis del Este asiático de finales de la década 1990. La competencia por los mercados de exportación intensificada por la devaluación del *yuan* chino y del yen japonés a mediados de la década, animó a las compañías a aumentar su capacidad mas rápidamente de lo que podían crecer sus beneficios. El resultado fue una sobreinversión y sobrecapacidad masivas. En puertas de la cadena de crisis financieras que barrieron el este y el sudeste de Asia en 1997, el *Financial Times* informaba:

Con una tasa de crecimiento medio anual de más del 20% durante la presente década, la inversión ha aumentado tres veces más rápido que el crecimiento del producto interior bruto, lo que indica que Asia está experimentando un grave caso de sobreinversión. Ahora ... la utilización de la capacidad se encuentra a niveles muy bajos en países como China (por debajo del 60%), Corea del Sur (por debajo del 70%) y Taiwán (72%).[41]

Las entradas de capitales especulativos alimentaron este proceso de expansión y luego, a medida que las consecuencias de la sobreinversión iban haciéndose patentes, su retirada contribuyó a precipitar a Asia en una profunda depresión. Exactamente el mismo tipo de especulación entre los mercados financieros especulativos y la competencia entre firmas industriales se puede ver en el auge y declive de la "Nueva Economía" norteamericana durante el gran *boom* de EE.UU. de 1992-2000.[42] Este *boom* fue posible gracias a una recuperación de la rentabilidad desde el punto más bajo alcanzado durante la década de

1980, una recuperación causada a su vez por una reestructuración económica a gran escala que acabó con los capitales poco eficientes, por una represión de los salarios reales sin precedente en la historia y por la devaluación del dólar con respecto al resto de las monedas principales a raíz de los Acuerdos Plaza de 1985. No obstante, a finales de la década de 1990, estos efectos ya se habían agotado. Mediada la década, la administración Clinton dio un giro hacia una política de dólar fuerte (concebida en parte para ayudar a la economía japonesa a salir del estancamiento que la ha perseguido desde principios de la década). La tasa de rendimiento de la industria fabril comenzó a caer a finales de 1997, y la caída sostenida del desempleo permitió un incremento modesto de los salarios reales. Lo que mantuvo el *boom* durante todavía tres años más, fue la respuesta de la Junta de Gobernadores de la Reserva Federal al pánico que barrió los mercados financieros mundiales, cuando el descalabro de la economía rusa en agosto de 1998 parecía presagiar una reacción en cadena de crisis de “mercados emergentes” que podía acabar extendiéndose hasta los centros del capitalismo global. Bajo la batuta de Alan Greenspan, la Reserva Federal recortó los tipos de interés y adoptó otras medidas (por ejemplo, organizar el rescate de los fondos de alto riesgo de Gestión de Capital a Largo Plazo el LTCM, “Long-Term Capital Management”) dirigidas a reforzar la confianza.

Esta política, que Robert Brenner denomina “keynesianismo del mercado de valores” (prueba de que la nación-estado todavía desempeña un papel importante en la era de la globalización), tuvo casi demasiado éxito.[43] Los mercados financieros norteamericanos continuaron subiendo hasta la estratosfera hasta marzo de 2000, impulsados en parte por entradas de capital que buscaban refugio en Estados Unidos. El aumento del valor de sus inversiones bursátiles animó a las firmas norteamericanas y a las familias prósperas a agotar sus ahorros y endeudarse fuertemente, generando con ello enormes desequilibrios financieros –particularmente, niveles sin precedentes de endeudamiento del sector privado y un déficit récord de la balanza de pagos.[44] El mismo clima animó a las firmas a expandir sus inversiones con la esperanza de que sus beneficios subirían aún lo bastante como para justificar estas decisiones. Pero sus expectativas resultaron ser erróneas: los beneficios después de liquidar impuestos redujeron su parte en la renta nacional de EE.UU. de más del 12% en 1997 al 8% tres años después.[45]

En consecuencia, sectores clave de la economía estadounidense, y de hecho de la economía mundial, hubieron de afrontar problemas cada vez más graves de sobreinversión y exceso de capacidad de producción. Las industrias más afectadas fueron en muchos casos las mas fuertemente identificadas con la “Nueva Economía”, en especial las industrias tecnológicas, los medios de comunicación y las

telecomunicaciones. Es ésta la realidad que subyace al colapso de las cotizaciones bursátiles de este sector en la primavera de 2000. Casi dos años más tarde, el *Financial Times* informaba:

De acuerdo con el Observatorio Europeo de la Tecnología de la Información, las inversiones en telecomunicaciones aumentaron entre 1997 y 2000 alrededor del 20% en EE.UU. y en torno al 50% en Europa occidental. Evidentemente, una gran proporción de esas inversiones se ha malgastado. Según una estimación, sólo en la industria de las telecomunicaciones, durante los cuatro últimos años se han desperdiciado alrededor de 1.000 millones de dólares, por ejemplo colocando cables de fibra óptica que quizás nunca lleguen a utilizarse. En la tecnología de la información en general, el legado de la sobreinversión del pasado puede apreciarse en todos lados. Scott McNealy, el presidente ejecutivo de Sun Microsystems, ha admitido que tiene que competir con sus propios productos, malvendidos como existencias de bancarrota por apenas al 10% de su precio.[46]

Como en el caso de la “economía burbuja” japonesa de finales de la década de 1980, este residuo de malas inversiones durante el *boom* puede dificultar la política de la Reserva Federal de realizar grandes recortes de los tipos de interés para estimular la reanudación de un crecimiento rápido. Pero de mayor interés para lo que nos ocupa que cualquier pronóstico inmediato del desarrollo de la economía mundial, es la dinámica que revela la evolución del *boom* norteamericano de la década de 1990. Se aplicó entonces la misma lógica que durante la crisis asiática: la especulación financiera suscrita por el estado animó a los capitales rivales a aumentar su capacidad productiva por encima del crecimiento de los beneficios necesario para justificar esas inversiones. Es este proceso de acumulación incontrolada, impulsada por la competencia y la especulación, el responsable de la caída en la recesión de dos de las tres grandes zonas del capitalismo avanzado durante la década pasada. Desde esta perspectiva, los mercados financieros actúan menos como fuente autónoma de inestabilidad y más como una de las dimensiones de un conjunto de procesos interconectados que conducen a las economías capitalistas hacia la crisis. El análisis del propio Marx de lo que él denominaba “sistema de créditos” parece apropiado aquí: el desarrollo de dinero para créditos y su disponibilidad a través de bancos y mercados financieros hace que sea posible sostener el proceso de acumulación durante más tiempo del que de otro modo sería factible, pero el efecto es sólo el de posponer y a menudo intensificar la manifestación de las contradicciones económicas subyacentes.[47] Los mercados financieros, respaldados por la Reserva Federal, ayudaron a sostener el boom americano, que no era simplemente un artefacto especulativo, sino que dependía de una recuperación real, aunque limitada, de la rentabilidad, y cuando la tasa

de rentabilidad comenzó a declinar, el colapso del boom fue sólo cuestión de tiempo.

### **Acumulación y catástrofe**

La misma lógica de la acumulación competitiva se aplica, además, a otros ámbitos. Con mucho, el más importante de éstos es el que se refiere al medio natural del que depende toda la vida del planeta. En su magnífica historia ambiental del siglo XX John McNeill distingue entre dos estrategias evolutivas: la adaptabilidad a un medio cambiante, que es la estrategia adoptada, por ejemplo, por algunas especies de ratas, y la “suprema adaptación al medio existente”, que es la representada por los tiburones, que dependen de un suministro abundante de otras criaturas marinas que puedan cazar y comer. McNeill prosigue de este modo:

En el siglo XX, las sociedades a menudo siguieron la estrategia de los tiburones en medio de una ecología global cada vez más inestable y, por consiguiente, cada vez más adecuada para las ratas. Perseguimos con energía adaptaciones a unas circunstancias evanescentes. Quizás una cuarta parte de nosotros viva de una forma firmemente asentada en unas condiciones de clima estable, energía y agua baratas, y en un medio de rápido crecimiento poblacional y económico. Del resto, la mayoría desea, comprensiblemente, vivir de esta manera. Nuestras instituciones e ideologías también están edificadas sobre las mismas premisas. Estas premisas no son demasiado débiles, pero sí son temporales. El clima ha cambiado poco durante los últimos 10.000 años, desde el fin de la última edad de hielo, pero en la actualidad está cambiando con rapidez. La energía barata es una característica propia de la edad de los combustibles fósiles, que se extiende, a grandes rasgos, desde 1820. El agua barata, para los que disfrutan de ella, se remonta al siglo XIX con la excepción de algunas localidades favorecidas. Las rápidas tasas de crecimiento poblacional datan de mediados del siglo XVIII, y el crecimiento económico rápido de, aproximadamente, 1870. Considerar estas circunstancias duraderas y normales y depender de que se mantengan es un interesante juego de azar.[48]

Estas circunstancias son mutuamente dependientes: el crecimiento de la población sólo puede sostenerse si la producción agrícola –de forma contraria a las predicciones de Malthus– crece lo suficiente como para alimentar las nuevas bocas, como hasta ahora, mal que bien, hemos logrado que ocurra.[49] Sin embargo, no siempre son mutuamente compatibles: por citar el caso más obvio, el aumento de las temperaturas en la Tierra a consecuencia de la acumulación de gases invernadero derivados de las actividades humanas (por ejemplo, la quema de combustibles fósiles y la deforestación que conducen a un aumento de los niveles de dióxido de carbono en la atmósfera) probablemente acarree graves consecuencias para la vida de los

humanos y de otras especies durante el siglo XXI. En su examen de las causas de estos cambios, McNeill distingue entre “grupos sociotecnológicos”, considerados “combinaciones de innovaciones técnicas, organizativas y sociales simultáneas”:

Los primeros grupos industriales se construyeron alrededor de fábricas textiles impulsadas primero por agua y luego por máquinas de vapor. En la segunda mitad del siglo XIX, el grupo dominante se formó alrededor del carbón, el hierro, el acero y los ferrocarriles; es lo que podríamos denominar el “grupo coketown” en honor al Coketown de Charles Dickens ... El siguiente grupo se congregó en las décadas de 1920 y 1930 y fue el predominante desde la década de 1940 (ayudado por la Segunda Guerra Mundial) hasta la década de 1990: cadenas de montaje, petróleo, electricidad, aviones y automóviles, productos químicos, plásticos y abonos, organizados todos por grandes corporaciones. Lo apodaré “grupo motown”, en referencia a Detroit, el centro mundial de fabricación de automóviles. Tanto el grupo coketown como el grupo motown estimularon la aparición de corporaciones gigantes en América del Norte, Europa y Japón, y la eficiencia relativa y retornos a escala de que gozaron estas corporaciones ayudó a su vez al progreso de cada uno de los grupos; los sistemas tecnológicos y las estructuras empresariales coevolucionaron.[50]

McNeill especula que quizá haya surgido un nuevo grupo industrial en la década de 1990, centrado posiblemente en la ingeniería genética y la tecnología de la información.[51] Sea como fuere, lo que parece innegable es que este relato de los grupos sociotecnológicos es otra manera de narrar la historia del capitalismo en sus sucesivas transformaciones desde la Revolución industrial hasta la era contemporánea de globalización neoliberal. El propio McNeill prefiere dar mayor protagonismo a las ideas, argumentando que, por ejemplo, las catástrofes ambientales que aquejaron a la Unión Soviética tienen raíces ideológicas: “Hondamente enraizada en el marxismo está la creencia de que la naturaleza existe para ser dominada con el trabajo”. [52] La actitud mucho más matizada hacia la naturaleza de los fundadores del marxismo puede apreciarse en los siguientes comentarios de Engels. Tras argumentar que el hombre con su trabajo domina su medio, Engels prosigue:

No nos apresuremos demasiado, sin embargo, a felicitarnos por razón de nuestras victorias sobre la naturaleza. Pues por cada una de esas victorias, la naturaleza se venga de nosotros. Cada victoria, cierto es, trae consigo en primer lugar los resultados esperados, pero en segundo y tercer lugar trae efectos bastante distintos e inesperados que demasiado a menudo anulan al primero. Los pueblos que en Mesopotamia, Grecia, Asia Menor y otros lugares destruyeron los bosques para obtener tierras cultivables, nunca imaginaron que al destruir junto con los bosques los centros y colectores de la humedad

ponían los cimientos del triste estado en que se encuentran esos países en la actualidad. Cuando los italianos de los Alpes acabaron con los bosques de pino de la vertiente meridional, tan cuidadosamente preservados en la vertiente septentrional, no sospechaban que al hacerlo cortaban de raíz la industria lechera de su región; menos aún sospechaban que de este modo privaban de agua a los arroyos de las montañas durante la mayor parte del año, y permitían que éstos descargaran torrentes aún más furiosos sobre los llanos durante las estaciones lluviosas. Aquellos que extendieron la patata en Europa no eran conscientes de que con estos tubérculos farináceos extendían al mismo tiempo la escrófula. De este modo, a cada paso que damos se nos recuerda que de ninguna manera gobernamos sobre la naturaleza como un conquistador sobre un pueblo extranjero, como alguien que estuviera fuera de la naturaleza, sino que nosotros, con carne, sangre y sesos, pertenecemos a la naturaleza, existimos en su seno, y que todo el dominio que sobre ella tenemos consiste en el hecho de que poseemos la ventaja sobre todas las otras criaturas de ser capaces de conocer sus leyes y de aplicarlas correctamente.[53]

Engels identifica aquí precisamente la dialéctica de las consecuencias involuntarias que operan en los procesos de destrucción ambiental (el calentamiento global, por ejemplo) que en la actualidad se están haciendo evidentes. La actitud de Marx hacia el mundo natural era igual de compleja: junto a la noción de dominio humano de la naturaleza se pueden encontrar, por ejemplo, un perdurable interés por el lugar de la humanidad en el mundo físico y una creciente preocupación por los daños ambientales causados por los métodos agrarios capitalistas.[54] ¿Qué llevó a los gobernantes de la URSS a elegir de entre esta diversa y quizá ambigua herencia aquellos aspectos del marxismo clásico que parecían apoyar la idea de que la naturaleza es algo que debe ser conquistado y controlado? La respuesta tiene mucho más que ver con el poder y los intereses que con la ideología concebida como una fuerza autónoma. Cuanto más se aleja en el pasado el sistema estalinista, más claramente se advierte que reproducía –en una forma extrema inducida por la intensidad de los conflictos internos y la presión de la competencia geopolítica– la tendencia a tratar la naturaleza como fuente inagotable de recursos materiales y energéticos que tanto el grupo *coketown* como el *motown* presuponían.[55]

En cualquier caso, las principales formas de destrucción ambiental surgen en la actualidad de la lógica de la acumulación de capital. De una parte, el grupo *motown* está todavía muy lejos de ser algo del pasado. Todo lo contrario, las gigantescas corporaciones de los combustibles fósiles –las compañías que dominan la industria mundial del petróleo, el gas, el carbón, los automóviles, la construcción de carreteras y los plásticos– representan una constelación de intereses económicos enormemente poderosos. Tras oponerse con todas sus

fuerzas a los débiles objetivos de reducción de gases invernadero acordados en el protocolo de Kioto de 1997, las corporaciones norteamericanas de los combustibles fósiles respaldaron con éxito la candidatura a la presidencia de George W. Bush, una de cuyas primeras actuaciones tras su llegada a la Casa Blanca fue revocar el protocolo. Las indagaciones del congreso sobre el escándalo Enron pusieron en evidencia de que modo esta compañía había manipulado la desregulada industria energética de California (por ejemplo, se recurrió al cierre de plantas generadoras y a la exportación de electricidad para crear insuficiencias energéticas artificiales que provocaron un aumento de los precios y de los beneficios). Enron y otros negociantes de energía participaron asimismo en estafas como el “roundtripping”, ventas ficticias para aumentar el volumen de negocios y provocar una subida de los precios. La administración Bush aprovechó la consiguiente crisis energética de California para solicitar la reducción de los controles ambientales sobre la perforación de pozos petrolíferos en el Pacífico noroeste. De otro lado, un puñado de corporaciones multinacionales lideradas por los “Gigantes del Gen” AstraZeneca, DuPont, Monsanto, Novartis y Avenis, están utilizando las últimas tecnologías para hacer realidad la introducción a gran escala de organismos modificados genéticamente, con consecuencias impredecibles y tal vez desastrosas, entre ellas la expansión de las alergias alimentarias, el aumento del ya grave problema de las especies resistentes a antibióticos y la evolución de nuevos virus. La obscena aspiración de las corporaciones biotecnológicas a controlar toda la cadena alimentaria queda manifiesta en el desarrollo de tecnologías “Terminator”, que permitirán desarrollar semillas modificadas genéticamente que producirán plantas estériles, con lo que se conseguirá que los agricultores dependan para siempre de los proveedores de estas semillas.[56]

Ver en el capitalismo la fuente de las actuales amenazas para el medio ambiente no equivale de ninguna manera a tratar a la naturaleza como un simple constructo social resultado de la manipulación humana. En su obra maestra *Late Victorian Holocausts*, Mike Davis reconstruye con sensibilidad la interacción entre el fenómeno de El Niño-Oscilación Meridional (ENSO) -las oscilaciones recurrentes de temperaturas oceánicas a lo ancho del Océano Pacífico y los patrones de tiempo seco y lluvioso que ocasionan- con la cada vez más integrada economía liberal mundial de finales del siglo XIX. Davis nos muestra como, en combinación con la erosión de los mecanismos tradicionales para afrontar las hambrunas bajo la influencia de los poderes coloniales occidentales y la creciente subordinación de la agricultura campesina a los ritmos del mercado mundial, las sequías provocadas por El Niño condujeron a horrendas catástrofes humanas en Asia y América Latina: sólo en la India murieron de 12 a 30 millones de personas durante las sequías de 1876-1879 y 1896-1902. Al mismo tiempo, “las grandes hambrunas victorianas incubaron y aceleraron las mismas fuerzas

socioeconómicas responsables, en último término, de que se produjeran”: la masiva pauperización, inducida por las hambrunas de las grandes civilizaciones asiáticas, contribuyó a generar las desigualdades en ingresos y riqueza entre el Primer y el Tercer Mundo que hoy damos por sentado, pero que apenas eran perceptibles hace tan sólo dos siglos. “Desde el punto de vista de la ecología política”, escribe Davis, “la vulnerabilidad de los agricultores de los trópicos a eventos climáticos extremos se vio magnificada por reestructuraciones simultáneas de los vínculos entre las familias y las comunidades con los sistemas regionales de producción, los mercados mundiales de materias y el estado colonial (o dependiente)”. ENSO es un conjunto de procesos naturales autónomos que antecede al capitalismo y que probablemente lo sobreviva: fue solamente en el contexto social e histórico concreto proporcionado por la integración de las sociedades campesinas en el mercado mundial capitalista, por el impacto perturbador de los poderes imperiales y por la hegemonía de la ideología liberal, donde estos procesos tuvieron tan terribles consecuencias.[57]

La intervención humana en el mundo físico es inherentemente susceptible a la dialéctica de las consecuencias indeseadas descrita por Engels,[58] quien imaginaba que, con la ayuda de las ciencias naturales, los humanos serían capaces de poner remedio a estas consecuencias cuando resultaran ser nocivas. Pero este proceso se ve inhibido en gran parte por el actual dominio de las relaciones de producción capitalistas, que fomentan la utilización del conocimiento científico para hacer del mundo físico (incluyendo en él propiedades tan abstractas como los genes) algo completamente fungible y utilizable. De este modo, la lógica de la acumulación competitiva no causa sólo profundas crisis económicas; es también la principal fuerza que subyace al cada vez mas amenazador proceso de destrucción ambiental. Atrapados en la lucha competitiva por adquirir una ventaja sobre sus rivales, los capitales avanzan conjuntamente hacia un futuro que presagia un desastre planetario. Susan George describe con claridad y fuerza esta lógica:

Es también quimérico pensar que las transnacionales y los países ricos vayan a modificar su comportamiento en lo más mínimo, cuando por fin descubran que acabarán por destruir la vida en el planeta que todos habitamos. En mi opinión, no podrían parar aunque quisiesen, ni siquiera por el futuro de sus propios hijos. El capitalismo es como la famosa bicicleta que sólo puede avanzar o caerse, y las firmas compiten por ver quién pedalea más rápido antes de estrellarse contra el muro. [59]

### **La espada de Leviatán**

Hasta el momento nuestra argumentación se ha desarrollado como si el capitalismo pudiera concebirse únicamente como un sistema económico, aunque sus consecuencias, como ya hemos visto, se



extienden a un ámbito mucho más amplio. Sin embargo, desde el 11 de Septiembre ha quedado manifiesto que esta perspectiva es totalmente inadecuada, que el actual sistema engloba la geopolítica además de la economía, y que los procesos competitivos que nos amenazan con tan destructivas consecuencias no atañen sólo a la lucha económica por los mercados, sino también a las rivalidades militares y diplomáticas entre estados. La idea propuesta por los ideólogos de la Tercera Vía como Anthony Giddens y Ulrich Beck según la cual la globalización está transformando el estado democrático liberal en un “estado sin enemigos” parece sencillamente ridícula, a la luz de la proclamación de un estado de guerra global por George W. Bush el 20 de septiembre de 2001: “Los americanos no debemos esperar una batalla, sino una larga campaña distinta a cualquiera que hayamos visto en el pasado ... Cada nación en cada región debe tomar hoy una decisión. O está con nosotros o está con el terrorismo”.[60]

Uno de los más ardientes y populares defensores de la globalización, el columnista del *New York Times* Thomas Friedman, demostró ser mucho más realista que Beck y Giddens cuando declaró en un pasaje muy citado:

La mano invisible del mercado nunca funcionará sin la ayuda de un puño oculto. Los mercados funcionan y prosperan sólo cuando los derechos de propiedad están asegurados y salvaguardados, lo que, a su vez, requiere un marco político protegido y respaldado por el poder militar ... De hecho, no habría McDonald's sin McDonnell Douglas, la firma que diseñó el avión de combate americano F-15. Y el puño invisible que mantiene seguro el mundo para que en él prosperen las tecnologías de Silicon Valley lo constituyen el Ejército, la Fuerza Aérea, la Armada y el Cuerpo de Marines de EE.UU.[61]

Este puño no se ha mantenido muy invisible últimamente. La rápida afirmación del poder militar estadounidense para derrocar el régimen talibán de Afganistán en octubre-noviembre de 2001, dejó al mundo temblando ante tal demostración de la supremacía norteamericana (aunque las luchas que siguieron llevaron a pensar que los talibán y sus aliados de Al-Qaeda no habían sido destruidos sino expulsados de las ciudades, para librar una guerra de guerrillas en las montañas de Afganistán y Pakistán). El *Financial Times* calculó que los 379.000 millones de dólares asignados al Departamento de Defensa de EE.UU. para el año 2003 “superan el total combinado de los presupuestos militares de los siguientes 14 países que más gastan en defensa, entre ellos Japón, Europa occidental, Rusia y China”.[62] El historiador Paul Kennedy escribió un *bestseller* a finales de la década de 1980 en el que predecía que “Estados Unidos corre ahora el riesgo, tan familiar entre los historiadores del auge y caída de los grandes poderes, de lo que podríamos llamar “sobreextensión imperial””, es decir, el punto en el que los compromisos militares de EE.UU. excedan su capacidad

económica.[63] Tras la caída de Kabul, Kennedy apenas pudo contener su admiración por la supremacía militar de EE.UU. Tras una descripción casi afectuosa del instrumento más importante de proyección de poder del Pentágono, las doce compañías de portaaviones, cada una de ellas “capaz de repartir muerte y destrucción en casi todo el planeta”, declara: “La lección más importante –una lección que ha dejado atónitos a los militares rusos y chinos, alarmados a los indios, y preocupados a los que proponen una política común de defensa para Europa– es que en términos militares sólo hay en el campo un jugador que valga”.[64]

Pero ¿en interés de quién se ejerce ese poder? El pasaje citado de Friedman tiene un tono marxista casi vulgar; además, implica que el poder militar norteamericano sirve para mantener las relaciones capitalistas de propiedad independientemente de dónde se encuentren o de la nacionalidad de los capitalistas que se benefician de ellas. Tal es, al menos, la perspectiva expresada por Michael Hardt y Toni Negri en uno de los textos más influyentes del movimiento anticapitalista, *Imperio*. Para Hardt y Negri, el imperialismo ha sido suplantado por el Imperio, una forma nueva de dominación capitalista que “no establece ningún centro concreto de poder y no depende de fronteras y barreras fijas ... En este espacio franco del Imperio, no hay un lugar para el poder, éste se encuentra en todos lados y en ninguno”.[65] En consecuencia, de acuerdo con Negri,

Ya no es posible hablar de “imperialismo americano”. Sencillamente, existen grupos, élites, que controlan las llaves de la explotación y, por tanto, las llaves de la máquina de guerra, y que pretenden imponerse a nivel mundial. Es evidente que este proceso es altamente contradictorio y necesariamente lo será aún durante mucho tiempo. Por el momento, son sobre todo los jefes americanos quienes ejercen el dominio. Inmediatamente debajo de ellos están los europeos, los rusos, los chinos: están ahí para apoyarlos o para socavar su poder, o incluso preparados para tomar el relevo del poder (pero este relevo sería superficial, porque lo que siempre está en la base y siempre trabajando es el capital, el capital colectivo).[66]

Aunque formulado en lenguaje marxista, el análisis de Hardt y Negri guarda un sorprendente parecido con teorías más convencionales de la globalización política. De acuerdo con estas teorías, la era posterior a la Guerra fría ha visto la aparición de formas de “gobierno global” que trascienden los intereses nacionales, incluso los del estado más fuerte. [67] Las percepciones contemporáneas del poder estadounidense parecen efectivamente oscilar entre la frustración y el miedo ante la evidencia del “unilateralismo” norteamericano, especialmente desde que Bush hijo entró en la Casa Blanca, y la creencia en que este poder se está convirtiendo progresivamente en el agente de una estructura impersonal que puede conceptualizarse o bien como formas emergentes

de “democracia cosmopolita”, o bien como la dominación global del “capital colectivo”.

La gran dificultad para los teóricos del gobierno global es que la distribución mundial del poder militar y político es demasiado desigual y se corresponde estrechamente con la distribución también demasiado desigual del poder económico. De hecho, los ideólogos neoliberales se sienten cada vez más dispuestos a aceptar la necesidad de una afirmación unilateral del poder occidental ante el resto del mundo (una afirmación, en otras palabras, de imperialismo). Una de las manifestaciones más claras de este punto de vista nos la ofrece Robert Cooper, un representante del Foreign Office (Ministerio de Asuntos Exteriores británico) cercano a Tony Blair:

Se dan todas las condiciones para el imperialismo, pero tanto la oferta como la demanda de imperialismo se han secado. No obstante, los débiles todavía necesitan a los fuertes y los fuertes todavía necesitan que haya orden en el mundo. Un mundo en el que los eficientes y bien gobernados puedan exportar estabilidad y libertad, y que esté abierto a la inversión y el crecimiento; todo esto parece sumamente deseable. Lo que necesitamos es un nuevo tipo de imperialismo, que sea aceptable en un mundo presidido por los derechos humanos y los valores cosmopolitas. Podemos ya vislumbrar cómo sería: un imperialismo que aporte orden y organización pero que descansa ahora sobre un principio de voluntad.[68]

Los dirigentes imperiales y sus apologistas siempre han afirmado ofrecer a sus súbditos “orden y organización”. *Solitudinem faciunt, pacem appellant*, “crean una jungla y la llaman paz”: el gran historiador Tácito puso esta réplica de las víctimas del Imperio en boca del dirigente caledonio Calgacus del siglo I d.C.[69] Una filípica contemporánea sorprendente fue lanzada recientemente contra el imperio estadounidense por Chalmers Johnson, un destacado académico norteamericano especializado en Asia moderna, en su libro *Blowback*. Hasta entonces una figura firmemente plantada en el mundo académico y político más convencional, Johnson desarrolla en este libro una mordaz crítica de la política exterior norteamericana. Descarta el término “globalización” por considerarlo “un término esotérico para lo que en el siglo XIX se conocía simplemente como imperialismo”, y sitúa con firmeza la crisis del Este asiático a las puertas de Washington: “La crisis económica de finales de siglo tuvo su origen en un proyecto estadounidense de abrir y reconvertir las economías de sus satélites y dependientes del Este asiático. Su propósito era rebajarlos como competidores y reafirmar la primacía de Estados Unidos como poder hegemónico global”.[70]

En su detallado análisis del “efecto búmeran” (*blowback*), esto es, “las consecuencias no planeadas de unas políticas mantenidas en secreto

para la población americana”, Johnson se acerca a predecir el 11 de septiembre:

El terrorismo, por definición, ataca al inocente para llamar la atención hacia los pecados del invulnerable. Los inocentes del siglo XXI van a sufrir inesperados desastres derivados del soplo de las escapadas imperialistas de las últimas décadas. Aunque la mayoría de los americanos sigue siendo ignorante de lo que se ha hecho, y se sigue haciendo, en su nombre, es probable que todos tengan que pagar un precio muy alto –individual y colectivo– a causa de los continuos esfuerzos de su nación por dominar la escena global.[71]

El análisis de Johnson de las raíces del Imperio americano es el opuesto del planteado por Friedman. Mientras que éste se aproxima a la concepción de Hardt y Negri del poder militar de EE.UU. como instrumento del capital global, Johnson reduce lo económico a lo político: “Marx y Lenin se equivocan respecto a la naturaleza del imperialismo. No son las contradicciones del capitalismo las que conducen al imperialismo, sino que es el imperialismo el que engendra algunas de las contradicciones más importantes del capitalismo. Cuando estas contradicciones maduran, como necesariamente ocurre, crean devastadoras crisis económicas”.[72] Ambas posiciones extremas, sin embargo, están equivocadas. La teoría marxista del imperialismo puede ofrecer una explicación no reduccionista de cómo la lógica de la acumulación competitiva analizada antes en este capítulo puede extenderse para explicar los conflictos geopolíticos y el poder militar. [73] Formulada a comienzos del siglo XX con el propósito de hacer inteligible una economía mundial unificada por el capitalismo industrial,[74] comprende tres oposiciones centrales:

1. La unificación se logró sobre una base altamente desigual (lo que Trotsky denominaba “desarrollo desigual y combinado”), que implicaba la dominación económica y militar del mundo por un puñado de potencias capitalistas occidentales.
2. El desarrollo del capitalismo industrial en estos estados indujo un proceso de transformación estructural: de un lado, el poder económico comenzó a concentrarse con la aparición de grandes corporaciones y la tendencia del dinero y el capital productivo a fusionarse en lo que Rudolf Hilferding llamó “capital financiero”; de otro lado, las grandes firmas tendían a combinarse con sus naciones-estado en lo que Nikolai Bujarin llamaba “trusts de capitalismo de estado”.
3. Las formas de competencia cambiaron en consecuencia: las rivalidades económicas y los conflictos militares y territoriales se hicieron inseparables, hasta el punto de que las luchas económico-políticas resultantes fueron la fuerza motriz de las dos guerras mundiales.

¿Hasta qué punto se mantiene la vigencia de estas aseveraciones un siglo después de su formulación? Ninguna puede ser aceptada sin modificación, pero conservan una considerable parte de verdad. Examinémoslas una a una:

1. Seguimos viviendo en un mundo de abrumadoras desigualdades globales. Los imperios coloniales han desaparecido hace mucho tiempo, pero la consecuencia de su caída no ha sido la desaparición de la enorme fractura económica entre lo que hoy llamamos Norte y Sur.[75] El colonialismo formal era una de las características de un mundo dividido en una pluralidad de bloques nacionales-imperiales rivales con base sobre todo en el continente euroasiático. La implosión final de la vieja Europa durante la Segunda Guerra Mundial llevó a la aparición de una nueva división geopolítica entre dos superpotencias, el imperio global de Estados Unidos y el dominio más restringido de la Unión Soviética. Los imperios europeos resultaron ser insostenibles en el marco definido por este nuevo orden, pero las colonias liberadas se encontraron en su mayoría ajenas a un mundo dominado por el bloque capitalista occidental y la URSS. Desde 1945, los flujos de inversión directa de capital extranjero se han concentrado principalmente en los propios países de la OCDE, con la ocasional inclusión en el círculo dorado de algunas de las “economías emergentes” que más han prosperado desde la década de 1970. Buena parte del mundo, por ejemplo la mayor parte de los países del África subsahariana, está supeditada a lo que Michael Mann ha llamado “imperialismo ostracista”, es decir, que no vale siquiera la pena explotarla:

...en su mayoría, los países más pobres del mundo no están siendo integrados significativamente en el capitalismo transnacional, sino condenados al “ostracismo” por un capitalismo que los considera demasiado arriesgados para la inversión y el comercio. De forma convencional se describe esta división económica como si fuera entre el “Norte” y el “Sur”, aunque se trata de una división tosca y que no es estrictamente geográfica. La mayor parte de Rusia, China y las repúblicas ex soviéticas de Asia central se clasifican como “Sur”, mientras que Australia y Nueva Zelanda pertenecen al “Norte”.[76]

Por otro lado, durante el siglo XX el proceso de acumulación se extendió, aunque de manera muy desigual, al Tercer Mundo. Los teóricos de la dependencia de las décadas de 1960 y 1970 (por ejemplo, Andre Gunder Frank, Samir Amin e Immanuel Wallerstein) se equivocaban al afirmar que el dominio global del capitalismo significaba únicamente “el desarrollo del subdesarrollo” en la periferia. Diversas combinaciones de intervención estatal e inversión extranjera directa permitieron a algunos estados convertirse en exportadores de manufacturas en la era de la posguerra. Pero sólo en contadas ocasiones llevó este proceso a que sociedades enteras se unieran al Primer Mundo: entre los principales ejemplos de esto se cuentan

España, Grecia, Portugal, Irlanda y Corea del Sur, todas ellas sociedades en buena parte campesinas hasta que comenzaron a experimentar un rápido proceso de industrialización durante la década de 1960. Mucho más frecuente es la coexistencia de bolsas de desarrollo capitalista -con frecuencia altamente integradas en la economía mundial- y grandes páramos de miseria tanto en las ciudades como en el campo: así ocurre en América Latina, el sur de Asia y China. [77] Y, como Corea del Sur descubrió a finales de la década de 1990, incluso las economías de los “mercados emergentes” más desarrollados siguen estando supeditadas a procesos de toma de decisiones dominados por Estados Unidos y demás estados capitalistas líderes: de hecho, los programas neoliberales de ajuste estructural impulsados por el FMI y el Banco Mundial en las décadas de 1980 y 1990, se dirigían específicamente a aquellas características de las economías de los “mercados emergentes” (por ejemplo, los niveles relativamente altos de intervención estatal) que en un principio habían hecho posible su industrialización.

2. La estructura del poder capitalista en las economías avanzadas también experimentó cambios dentro de la continuidad. Los capitalismos organizados a nivel nacional que predominaron durante la primera mitad del siglo XX sin duda se vieron forzados a abrirse a medida que la economía mundial experimentaba un notable proceso de integración. Pero este proceso ha sido muy desigual: la globalización económica ha ido mucho más lejos en la integración de los mercados financieros que en el comercio o la inversión. Las corporaciones multinacionales, que en su mayoría siguen teniendo su base en países de la OCDE, se han erigido en los principales actores económicos, pero las afirmaciones más extremas en el sentido de que el capitalismo global se ha liberado de la nación-estado son esencialmente falsas. Por tomar lo que podría considerarse el más importante ejemplo de lo contrario, la limitada transferencia de soberanía a la Unión Europea ha sido el vehículo de proyectos nacionales distintos y en ocasiones al menos parcialmente contradictorios, en especial los de Francia y Alemania, y ha tenido como objetivo dotar a las potencias europeas de una influencia colectiva frente a Estados Unidos, algo que se ha saldado con éxito sobre todo en el área del comercio, donde la presión ejercida por los intereses empresariales demuestra claramente la duradera importancia económica del estado.[78]

3. El cambio más importante experimentado por la estructura del imperialismo durante la segunda mitad del siglo XX ha sido la disociación parcial de la competencia económica y militar. Antes de 1945, los conflictos económicos y geopolíticos tendían a reforzarse mutuamente. A principios del pasado siglo, Gran Bretaña se enfrentaba a dos contrincantes por la supremacía industrial y naval, Estados Unidos y Alemania. Tuvo que acabar aliándose a regañadientes con uno

de ellos para vencer al otro, perdiendo de paso su papel de líder. Los intereses económicos y políticos se unieron también en el caso de los dos contrincantes: en ambas guerras mundiales el imperialismo alemán intentó utilizar su poder militar para hacerse con una zona en Europa central y oriental que le diera acceso directo a mercados, recursos y mano de obra; EE.UU. utilizó la Segunda Guerra Mundial para asegurarse de que el resultado fuese una economía mundial abierta en la que el capital y los productos norteamericanos pudieran circular libremente. Después de 1945 las pautas de competencia divergieron: la Unión Soviética se convirtió en un rival geopolítico e ideológico de EE.UU. pero no, en su conjunto, en una amenaza económica. La Guerra fría dio a Washington tanto el incentivo como los medios para unir al resto de estados capitalistas –Europa occidental y Japón– bajo su liderazgo político y militar. Durante el largo *boom* de la posguerra Alemania y Japón emergieron como serios competidores económicos de EE.UU., pero este conflicto permaneció relativamente callado en el plano político debido en buena medida a la dependencia de Bonn y Tokio del escudo militar norteamericano.

El hundimiento del bloque soviético en 1989-1991 trajo consigo un nuevo cambio caleidoscópico en este modelo, aunque se mantuvieron algunos rasgos. Desde luego, lo que podríamos llamar imperialismo de superpotencias –la partición del mundo en dos bloques ideológicos y geopolíticos– desapareció. Pero la disociación parcial de la competencia económica y política se mantuvo: los principales rivales geopolíticos de Estados Unidos –sobre todo Rusia y China– no eran (todavía) competidores económicos significativos; al mismo tiempo, el déficit crónico de la balanza de pagos de EE.UU. ayudó a asegurar que los conflictos sobre el comercio internacional entre la “tétrada” de potencias económicas líderes (Estados Unidos, Unión Europea, Japón y Canadá) se mantuvieran constantes e intermitentemente intensos. Cabe destacar tres características de esta situación. En primer lugar, como ya hemos visto, el liderazgo del poder militar estadounidense sobre las otras potencias ha crecido enormemente, en parte a causa de la implosión de la otra (aunque siempre más débil) superpotencia, y en parte como consecuencia derivada del enorme tamaño y sofisticación tecnológica de la economía norteamericana. En segundo lugar las sucesivas administraciones han realizado grandes esfuerzos para que Estados Unidos se mantenga en primera línea en términos económicos y geopolíticos, y que ningún otro estado capitalista se convierta en rival político: un buen ejemplo es el modo en que la administración Clinton aprovechó la guerra de los Balcanes en la década de 1990 para preservar el papel de EE.UU. como principal potencia político-militar en el continente europeo, interviniendo para imponer un acuerdo en Bosnia y extender la OTAN hacia Europa central y oriental.[79] En tercer lugar, la proyección de las tendencias actuales indica que las dos series –la económica y la geopolítica– podrían encontrarse pronto en

China, cuyo rápido crecimiento económico podría transformar lo que ya es una potencia regional en un contrincante estratégico. De ahí la ambivalencia hacia China de las elites norteamericanas, para quienes el dinamismo económico de ese país desde su reintegración al mercado mundial confirma la superioridad del capitalismo de mercado sobre los otros sistemas sociales y, al mismo tiempo, plantea una amenaza a largo plazo.

El sistema geopolítico resultante ha sido correctamente calificado por Samuel Huntington como “un extraño híbrido, un sistema unimultipolar con una superpotencia y varias potencias mayores. La resolución de los asuntos internacionales clave, requiere de la actuación de una única superpotencia, pero siempre en conjunción con alguno de los otros estados relevantes; la única superpotencia puede, sin embargo, vetar la actuación conjunta de otros estados sobre cuestiones clave”. [80] Esta situación ayuda a explicar algunas de las peculiaridades de la geopolítica contemporánea. Como los teóricos de el gobierno global han defendido de forma correcta, la era posterior a la Guerra fría ha estado marcada por un nivel de coordinación política extraordinariamente alto y sin precedente histórico entre los principales estados capitalistas, según delata el torrente de acrónimos multilateralistas –ONU, FMI, OMC, OTAN, UE, G8, G7- y por un giro ideológico contrario a la soberanía nacional, como implica, por ejemplo, la afirmación por las potencias occidentales del derecho a la “intervención humanitaria” donde les parezca conveniente. Este proceso institucionalizado de coordinación política desempeña una triple función: permite a Estados Unidos formar alianzas con las otras potencias occidentales en beneficio de sus iniciativas; proporciona un espacio en el que expresar las disputas entre los principales estados capitalistas y alcanzar compromisos; y ofrece un medio para imponer colectivamente su voluntad frente a la gran mayoría de los estados, que a efectos prácticos están excluidos de sus consejos. En definitiva, todo esto desemboca no tanto en la trascendencia de los conflictos entre estados como en su traslado a otro terreno.

La naturaleza híbrida de la actual estructura geopolítica ayuda también a explicar la tensión entre unilateralismo y multilateralismo en la política exterior de Estados Unidos. Sería superficial asociar todo esto únicamente con la administración de Bush hijo, por mucho que su asesora de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, predijera que “procedería desde el firme cimiento del interés nacional, no de los intereses de una ilusoria comunidad internacional”. [81] Esto ciertamente reflejaba un cambio de retórica en comparación con la administración Clinton, pero fue la secretaria de estado de Clinton, Madeleine Albright, quien con suprema arrogancia defendió el uso de misiles de crucero contra Irak en febrero de 1998: “Si tenemos que usar la fuerza, es porque somos América. Somos la nación



indispensable. Estamos más alto y vemos más lejos en el futuro”.[82] Huntington cita el bombardeo de Irak como una más de una larga lista de acciones unilaterales realizadas por EE.UU. bajo el mandato de Clinton. Y añade: “Al actuar como si este fuese un mundo unipolar, Estados Unidos se está quedando cada vez más sólo en el mundo ... Mientras Estados Unidos denuncia de forma regular a otros países de ser “estados canalla”, a los ojos de muchos países se está convirtiendo en una superpotencia canalla”.[83]

La tensión entre unilateralismo y multilateralismo es estructural. Estados Unidos depende de otros estados para alcanzar sus objetivos y en ocasiones tiene intereses compartidos con algunos de ellos, pero no es simplemente el instrumento del “capital colectivo” (como Hardt y Negri afirman), puesto que no sólo tiene intereses propios y particulares sino también una capacidad mayor que otros estados para perseguirlos. Esto es así en el plano económico, en el que Estados Unidos tiene que habérselas con otras grandes asociaciones de intereses capitalistas como la UE y Japón, pero es cierto también en el plano geopolítico. La posición estratégica de EE.UU. es en muchos casos comparable a la de Gran Bretaña hace un siglo. Es una gigantesca isla continental aguas afuera de la masa continental de Eurasia, donde se concentra la mayor parte de los recursos productivos del planeta. Su principal ventaja militar reside en su supremacía naval y aérea, reflejada en el papel de los grupos de ataque de portaaviones que tanto elogia Kennedy y sostenida por una red mundial de bases militares. Los cuerpos profesionales relativamente pequeños de infantería de tierra y marines son demasiado valiosos para arriesgar un alto número de bajas (lo que en cualquier caso sigue siendo una cuestión muy sensible, casi una generación después de la caída de Saigón). Como convincentemente ha argumentado Zbigniew Brzezinski (asesor de Seguridad Nacional de la administración Carter), el dominio estadounidense del continente euroasiático depende esencialmente de establecer coaliciones a largo y corto plazo, y de mantener a los posibles adversarios divididos y aislados.[84] Pero la excesiva confianza de los norteamericanos y la percepción de que los compromisos requeridos para formar coaliciones son demasiado costosos para los intereses de EE.UU. conduce en ocasiones a convulsiones unilaterales violentas por parte de Washington. Así, al Pentágono le irritaron los torpes procedimientos de toma de decisiones de la OTAN durante la guerra de los Balcanes en 1999.

La respuesta de la administración Bush al 11 de Septiembre ilustra todas estas tensiones.[85] El objetivo militar inmediato de atacar y destruir a los talibán y a Al-Qaeda en sus baluartes afganos, servía también a dos propósitos más generales: eliminar una apremiante amenaza física para el propio territorio de Estados Unidos y demostrar al mundo (incluidos sus potenciales contrincantes, Rusia y China) el

alto precio de un ataque al poder y los intereses norteamericanos. Para lograr este objetivo era necesario construir una amplia coalición (en parte por la necesidad de obtener acceso físico a Afganistán, con la cooperación de Pakistán, el patrocinador de los talibán, y de Rusia, todavía la potencia dominante en Asia central). Pero la facción de la administración Bush que quería subordinar la construcción de coaliciones a las prioridades de una guerra global dirigida desde Washington no tardó en ganar. La OTAN, que por primera vez en su historia había invocado el artículo 5 del Tratado del Atlántico Norte, declarando que los ataques contra EE.UU. eran ataques contra todos sus miembros, fue desairada. Las ofertas de ayuda militar, incluso las de aliados occidentales relativamente cercanos, fueron desdeñadas sin más contemplaciones: la guerra de Afganistán debía ser ganada con armas americanas, como reafirmación del poder americano. Durante la guerra se multiplicó el número de bases norteamericanas en Asia central, pero para Estados Unidos mejorar su presencia en una región con inmensos recursos energéticos no era, como muchos teóricos de la conspiración afirman, el propósito oculto del ataque a Afganistán, aunque sin duda han proporcionado un considerable beneficio adicional.

Más importante, sin embargo, es la considerable ampliación de los objetivos militares, según expresó George W. Bush en su discurso del Estado de la Unión del 29 de enero de 2002. Tras reafirmar que “nuestra guerra contra el terrorismo no ha hecho más que empezar”, Bush anunció que, además de atacar directamente las redes terroristas, “nuestro segundo objetivo es impedir a los regímenes que patrocinan el terror, y que amenacen a Estados Unidos o a nuestros amigos y aliados con armas de destrucción masiva”, para inmediatamente nombrar a Irán, Irak y Corea del Norte como “eje del mal”. [86] El subsecretario de estado, John Bolton, pronto amplió el club para incluir a Libia, Siria y Cuba como “estados patrocinadores del terrorismo que poseen programas o el potencial de poseer programas de armas de destrucción masiva”. [87] Esta naciente “doctrina Bush” evoca un estado permanente de guerra global. De acuerdo con Nicholas Lemann, “todo indica que Bush va a utilizar el 11 de septiembre como excusa para poner en marcha una nueva y agresiva política exterior norteamericana, que representará más un cambio total de dirección que una guerra específica contra el terrorismo”. Y encuentra los orígenes de esta política en un documento de estrategia autorizado por el vicepresidente Dick Cheney, cuando era secretario de defensa de Bush padre a principios de la década de 1990, y cuya idea central sintetiza uno de los asesores de Cheney de la siguiente manera: “Es vital para los intereses de EE.UU. que estemos dispuestos a utilizar la fuerza cuando sea necesario” con el fin de “impedir el ascenso de otro rival global en un futuro indefinido”. [88]

En otras palabras, las fuerzas líderes de la administración Bush han aprovechado la oportunidad brindada por el 11 de Septiembre para usar su enorme ventaja militar con el fin de consolidar la posición de Estados Unidos como potencia militar dominante. Probablemente se inicien acciones militares contra Irak, y probablemente también contra otros países considerados “estados canalla”, más a causa de su obstinación que como castigo por sus violaciones de los derechos humanos o de la legislación internacional (a otros estados estrechamente alineados con Washington, como Israel o Pakistán, se les permite cometer crímenes comparables con impunidad). Una acción ejemplar contra unos pocos “fuera de la ley” enviará un claro mensaje a todas las otras potencias. Entre tanto, las fuerzas norteamericanas se extienden por todo el planeta. El Guardian informaba a principios de 2002:

Actualmente, casi seis meses después de los ataques a Nueva York y Washington, Estados Unidos está estableciendo una red de bases de vanguardia desde Oriente Próximo y a todo lo largo de Asia, desde el Mar Rojo hasta el Pacífico. Las fuerzas norteamericanas están hoy activas en el mayor número de países desde la Segunda Guerra Mundial. Soldados, marineros y aviadores se establecen en países donde antes nunca habían estado. El objetivo es crear plataformas desde las que lanzar ataques sobre cualquier grupo que George Bush perciba como un peligro para EE.UU.[89]

Las implicaciones realmente aterradoras del plan estratégico de la administración Bush se revelaron con toda su fuerza cuando se filtraron detalles de su Revisión de la Posición Nuclear poco después del discurso sobre el “eje del mal”. Este documento mencionaba a Rusia, China, Corea del Norte, Irak, Irán, Siria y Libia como adversarios nucleares en potencia, y proponía la integración de la capacidad militar nuclear y convencional –por ejemplo, la adición de cabezas nucleares a las armas “bunker buster” (destrozabunkers) diseñadas para matar líderes enemigos como Saddam Hussein.[90] Tales planes a lo *Strangelove* no son simples excentricidades de la actual administración. En febrero de 1997 el Comando Espacial de EE.UU. anunció su objetivo de dominar todo el espectro (“Full Spectrum Dominance”), es decir, de búsqueda de la superioridad militar norteamericana en la tierra, el mar, el aire y el espacio, y explicaba que: “Aunque es poco probable que se vea desafiado por un competidor global al mismo nivel, Estados Unidos seguirá enfrentándose a desafíos regionales. La globalización de la economía mundial también proseguirá, abriendo un abismo cada vez mayor entre los que tienen y los que no tienen”. El documento pasa entonces a esbozar en qué aspectos “la superioridad en el espacio comienza a configurarse como un elemento esencial del éxito en el campo de batalla y en las guerras del futuro”. [91]

Esta yuxtaposición un tanto ingenua de la guerra de alta tecnología y las tendencias socioeconómicas revela algo fundamental acerca del mundo contemporáneo. La respuesta de la administración Bush al 11 de Septiembre –declarar un estado de guerra permanente dirigido implícitamente a los adversarios potenciales además de a los actuales– evidencia las preocupaciones que prevalecen incluso en lo más alto de la mayor potencia de la historia. Estados Unidos es a un tiempo el guardián general del sistema capitalista y un feroz participante de la competencia económica y geopolítica. Sus gobernantes se sienten amenazados por insignificantes obstinados como Irak, que hasta cierto punto es una metonimia de contrincantes potencialmente mucho más temibles como China. También temen a los desposeídos, que crecen en número a causa de las políticas neoliberales. Estas preocupaciones reflejan la lógica del capital, un sistema que, como he intentado demostrar, se basa en la explotación y es impulsado por un proceso ciego de acumulación competitiva. Ahora vemos que este proceso abarca también las rivalidades geopolíticas entre estados y que la afirmación del poder militar queda igualmente atrapada en la misma lógica. Así pues, el capitalismo es también imperialismo: viene armado hasta los dientes contra sus rivales extranjeros y nacionales. Su armamento no deja de crecer, hasta el punto que ha aumentado la probabilidad de que Estados Unidos o alguna otra potencia utilicen armas nucleares durante los próximos años.[92] De modo que nuestro ejercicio de extender el análisis para incluir a los estados ha resultado ser poco tranquilizador. El mundo se está convirtiendo en un lugar cada vez más espantoso, y el origen de este y otros problemas es el capitalismo. Cabe la posibilidad de que en el plazo comparativamente corto de la geopolítica, y en el más largo de la ecología, esté amenazando a nuestro planeta. ¿Qué podemos hacer al respecto?

## **Resumen**

- El neoliberalismo ha fracasado incluso a la hora de restablecer las tasas de crecimiento económico de que gozó el mundo durante el Long Boom de las décadas de 1950 y 1960, y todavía más a la hora de reducir la pobreza y la desigualdad.
- Aunque los mercados financieros presentan la cara más visible de irracionalidad e inhumanidad del capitalismo liberal, son más un síntoma que la causa fundamental del problema.
- La comprensión más cabal del capitalismo se obtiene, siguiendo las líneas marcadas por Marx, considerándolo un sistema basado en la explotación de asalariados e impulsado por la acumulación competitiva del capital.
- El proceso de acumulación competitiva es responsable de la tendencia crónica del capitalismo a desembocar en crisis de sobreinversión y

rendimiento: la especulación financiera alimenta esta tendencia pero no es su causa primaria.

- La lucha competitiva entre las corporaciones multinacionales que dominan la economía mundial contemporánea es también la principal fuerza motriz de los procesos de destrucción ambiental que amenazan la vida de la humanidad y la de muchas otras especies.
- La competencia capitalista no adopta únicamente la forma de rivalidades económicas entre firmas sino también la forma de conflictos geopolíticos entre estados: los esfuerzos actuales del imperialismo norteamericano por reafirmar su primacía sobre las otras grandes potencias amenaza al mundo con una nueva era de guerras de consecuencias inimaginables.
- Los principales problemas a los que se enfrenta la humanidad – pobreza, injusticia social, inestabilidad económica, destrucción ambiental y guerra– tienen origen en el propio sistema capitalista: por tanto, la solución a estos problemas debe ser radical.

## Notas

1. N. Hertz, *The Silent Takeover*, Londres, 2001, p. 10 (El poder en la sombra, Planeta, Barcelona, 2002).
2. Financial Times, 1 de noviembre de 2001.
3. Independent, 30 de noviembre de 1999.
4. Véase, por ejemplo, A. Sen, *Development as Freedom*, Oxford, 1999 (Desarrollo y libertad, Planeta, Barcelona, 2000).
5. Guardian, 18 de enero de 2002. Para una discusión más extensa, véase A. Callinicos, *Equality*, Cambridge, 2000 (Igualdad, Siglo XXI, Madrid, 2003).
6. M. Weisbrot et al, “The Scorecard on Globalization 1980-2000: Twenty Years of Diminished Progress”, 18 de agosto de 2001, [www.cepr.net](http://www.cepr.net), pp. 1-2.
7. J. Weeks, “Globalize, Globalize, Global Lies: Myths of the World Economy in the 1990s”, en *Phases of Capitalism Development*, R. Albritton et al., eds., Houndmills, 2001, pp. 272-273. Incluso William Easterly del Banco Mundial ha reconocido el “considerable misterio” de que, pese a la aplicación de “reformas de la política” que “debían haber conducido a una aceleración del crecimiento, no a su caída”, el crecimiento mediano per capita de los países desarrollados bajo de un 2,5% anual en 1969-1979 al 0% en 1980-1999: “The Lost Decades: Developing Countries. Stagnation in Spite of Policy Reform”, *Journal of Economic Growth* 6, 2001, p. 154.

8. J. Stiglitz, "Lessons from Argentina's Debacle", Sand in the Wheels, 113, 16 de enero de 2002, [www.attac.org](http://www.attac.org).
9. Financial Times, 2 de enero de 2002.
10. Esta visión de una lucha histórica mundial entre distintas variantes de capitalismo queda sólidamente articulada en M. Albert, *Capitalism against Capitalism*, Londres, 1993 (*Capitalismo contra capitalismo*, Paidós, Barcelona, 1992).
11. Para una vívida descripción de esta coalición en funcionamiento en Gran Bretaña, véase G. Monbiot, *Captive State*, Londres, 2000.
12. Otros teóricos de la cultura radicales como Walter Benjamin, Gilles Deleuze, Pierre Macherey y Raymond Williams, quizás menos encariñados que Adorno y Horkheimer con la concepción romántica del artista como individuo creador, no tenían escrúpulos a la hora de concebir el arte y la literatura como procesos de producción, pero lo más probable es que no llegaran a imaginar nada parecido a Gran Hermano o a ¿Quién quiere ser millonario?
13. Subcomandante Marcos, "The Fourth World War Has Begun", en *The Zapatista Reader*, T. Hayden, ed., Nueva York, 2002, p. 275.
14. W. Bello et al., "Notes on the Ascendancy and Regulation of Speculative Capital", en *Global Finance*, Bello et al., eds., Londres, 2000, p. 4. Hay una interesante discusión de la importancia del capitalismo financiero en G. Duménil et al., *Une nouvelle phase du capitalisme?*, París, 2001.
15. Heikki Patomäki enuncia sus argumentos de forma particularmente sistemática en *Democratizing Globalization*, Londres, 2001.
16. J. Grahi, "Globalized Finance", *New Left Review*, (II) 8, 2001, p. 31.
17. Ibid., p. 34. Una discusión del roce de la administración Clinton con el mercado de bonos se puede encontrar en A. Callinicos, *Against the Third Way*, Cambridge, 2001, pp. 23-26 (*Contra la tercera vía*, Crítica, Barcelona, 2002).
18. Grahi, "Globalized Finance", pp. 40-41.
19. C. Harman, "Beyond the Boom", *International Socialism*, (2) 90, 2001, y R. Brenner, *The Boom and the Bubble*, Londres, 2002 (*La expansión económica y la burbuja bursátil*, Akal, Tres Cantos, 2003).
20. K. Marx, *Capital*, III, Harmondsworth, 1981, p. 969.
21. Digo "en parte" porque los actores financieros ganaron poder como resultado del colapso del sistema de Bretton Woods, un proceso que tuvo causas económicas independientes (la caída de la competitividad norteamericana con respecto a Japón y Alemania), pero en el que los mercados financieros también tuvieron parte, por ejemplo, a través de la especulación a favor o en contra de determinadas monedas

- (respectivamente, el dólar y la libra esterlina, y el yen y el marco alemán). Para una discusión general, véase F. Biock, *The Origins of International Economic Disorder*, Berkeley y Los Ángeles, 1977.
22. P. Gowan, *The Global Gamble*, Londres, 1999.
23. S. Damodaran, "Capital Account Convertibility", en *Global Finance*, Bello et al., eds.
24. Patomaki, *Democratizing Globalization*, p. 31.
25. R. Blackburn, "The Enron Debacle and the Pension Crisis", *New Left Review*, (II) 14, 2002, p. 29. Véase también W. Greider, "Crime in the Suites", *The Nation*, 4 de febrero de 2002.
26. Citado en Bello et al., "Notes on the Ascendancy and Regulation of Speculative Capital", p. 16.
27. Citado en R. J. Shiller, *Irrational Exuberance*, Princeton, 2001, p. 172.
28. J. E. Stiglitz y A. Weiss, "Credit Rationing in Markets with Perfect Information", *American Economic Review*, 71, 1981, p. 409. Además: "los teóricos del "mercado eficiente" sostienen que la información sin coste es una condición suficiente para que los precios reflejen totalmente toda la información ... No se dan cuenta de que es también una condición necesaria. Pero eso es una *reductio ad absurdum*, puesto que los precios sólo son importantes cuando la información es costosa", S. J. Grossman y J. E. Stiglitz, "Information and Competitive Price Systems", *ibid.*, 66, 1976, p. 248. Véase también, *inter alia*, B. Greenwald et al., "Informational Imperfection in the Capital Market and Macroeconomic Fluctuations", *ibid.*, 74, 1984.
29. J. M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Londres, 1970, capítulo 12 (Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1980).
30. M. Kidron, *Western Capitalism since the War*, Harmondsworth, 1979, y C. Harman, *Explaining the Crisis*, Londres, 1984, capítulo 3.
31. J. Tobin apéndice en Patomaki, *Democratizing Globalization*, pp. 234, 240.
32. D. Felix y R. Sau, "On the Revenue Potential and Phasing in of the Tobin Tax", en *The Tobin Tax*, M. ul Haq et al., eds., Nueva York, 1996, p. 236. Otros se inclinan por una tasa impositiva más baja: Patomaki, por ejemplo, propone 0,05% o 0,1% (*Democratizing Globalization*, pp. 141 y ss.). El propio Tobin estaba menos interesado en su impuesto como mecanismo de redistribución, véase, por ejemplo, su "Prólogo" a ul Haq et al., *Tobin Tax*, p. xvi.
33. Tobin, "Proposal", p. 239.

34. Patomaki, *Democratizing Globalization*, p. 220.
35. Estoy en deuda por el contraste vertical/horizontal con Robert Brenner: véase "The Economics of Global Turbulence", *New Left Review*, (1) 229, 1998, p. 23. Mi interpretación del *Capital* de Marx fue publicado inicialmente en *Is There a Future for Marxism?*, Londres, 1982. Pueden encontrarse buenos tratamientos de esta cuestión en R. Rosdolsky, *The Making of Marx's "Capital"*, Londres, 1977, J. Weeks, *Capital and Exploitation*, Londres, 1981, y J. Bidet, *Que faire du Capital?*, París, 1985.
36. Para un tratamiento más extenso de esta cuestión, véase Callinicos, *Equality*, especialmente el capítulo 3 (*Igualdad*, Siglo XXI, Madrid, 2003).
37. El parasitismo del capital con relación a la creatividad de la "multitud" es uno de los temas principales de M. Hardt y A. Negri, *Empire*, Cambridge MA, 2000 (*Imperio*, Paidós, Barcelona, 2002).
38. Véase especialmente Marx, *Capital*, III, Parte 3. Las fuerzas y relaciones de producción y el resto de los principales conceptos del materialismo histórico se discuten en L. Althusser y E. Balibar, *Reading Capital*, Londres, 1970, G. A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History*, Oxford, 1978, y A. Callinicos, *Making History*. Cambridge, 1987.
39. Otras explicaciones marxistas contrastadas pueden verse en Harman, *Explaining the Crisis*, P. Armstrong et al., *Capitalism since World War II*, Londres, 1984; G. Duménil y D. Lévy, *La Dynamique du capital*, París, 1996, y Brenner, "The Economics of Global Turbulence".
40. Una revisión de esta polémica puede encontrarse en S. Cullenberg, *The Failing Rate of Profit*, Nueva York, 1994.
41. *Financial Times*, 17 de junio de 1997.
42. Robert Brenner presenta un detallado análisis de este proceso en *La expansión económica y la burbuja bursátil*. Lo que subyace a este análisis es una poco ortodoxa teoría marxista de la crisis, desarrollada en primer lugar en "The Economics of Global Turbulence", y extensamente criticada en un simposio en *Historical Materialism*, 4 y 5, 1999.
43. Brenner, *La expansión económica y la burbuja bursátil*.
44. El economista británico disidente Wynne Godley ha llamado la atención sobre este proceso en una serie de artículos publicados desde finales de la década de 1990. Entre lo más reciente, véase W. Godley y A. Izurieta, "As the Implosion Begins...?", julio de 2001, [www.levy.org](http://www.levy.org).
45. *Financial Times*, 3 de agosto de 2001.
46. *Ibid.*, 23 de enero de 2002.



47. Para una nueva exposición crítica de la teoría marxista del dinero y el crédito, véase M. Itoh y C. Lapavistas, *Political Economy of Money and Finance*, Londres, 1999.
48. J. R. McNeill, *Something New Under the Sun*, Londres, 2000, pp. xx, xxi.
49. Sen, *Development as Freedom*, capítulo 9 (Desarrollo y libertad, Planeta, Barcelona, 2000).
50. McNeill, *Something New Under the Sun*, pp. 296-297.
51. *Ibid.*, p. 313.
52. *Ibid.*, p. 332.
53. F. Engels, *Dialectics of Nature*, Moscú, 1972, pp. 179, 180 (Dialéctica de la naturaleza, Vosa, Madrid, 1990). La relación de Engels con la naturaleza era un tanto sui generis, al menos para un socialista: en la página anterior cita observaciones del comportamiento del zorro tomadas de su experiencia como cazador.
54. Para tres excelentes tratamientos recientes, véase P. Burkett, *Marx and Nature*, Nueva York, 1999; J. Bellamy Foster, *Marx's Ecology*, Nueva York, 2000. y J. Hughes, *Ecology and Historical Materialism*, Cambridge, 2000.
55. Para interpretaciones marxistas del estalinismo, véase, de entre una ingente bibliografía, L. D. Trotsky, *The Revolution Betrayed*, Nueva York, 1970 (trad. cast.: *La revolución traicionada*, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid, 1991 ); T. Cliff, *State Capitalism in Russia*, ed. rey., Londres, 1988, y A. Callinicos, *The Revenge of History*, Cambridge, 1991.
56. P. McGarr, "When Green is Red", *International Socialism*, (2) 88, 2000.
57. M. Davis, *Late Victorian Holocausts*, Londres, 2001: las citas son de las pp. 15 y 288. Davis explora también la interacción destructiva entre procesos naturales y el modelo capitalista de desarrollo en *Ecology of Fear*, Nueva York, 1998 (Control urbano: ecología del miedo: más allá de Blade Runner, S. L. Virus Editorial, Barcelona, 2001).
58. Véase, por ejemplo, el auge y declive de la Isla de Pascua tal como lo describe Clive Ponting en el capítulo introductorio de *A Green History of the World*, Harmondsworth, 1993 (Historia verde del mundo, Paidós Ibérica, Barcelona, 1992).
59. S. George, "Que faire á present?", texto del primer Foro Social Mundial, Porto Alegre, 15 de enero de 2001.
60. George W. Bush, "Address to a Joint Session of Congress and the Ame-rican People", 20 de septiembre de 2001, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov).

Véase también A. Giddens, *The Third Way*, Cambridge, 1998, pp. 70-78 (La tercera vía, Taurus, Madrid, 2003).

61. T. L. Friedman, *The Lexus and the Olive Tree*, Londres, 2000, p. 464.

62. *Financial Times*, 18 de febrero de 2002.

63. P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Londres, 1989, pp. 665-666 (Auge y caída de las grandes potencias, Globus Comunicación, Madrid, 1994). Para una sagaz crítica contemporánea, véase J. S. Nye, Jr., *Bound to Lead*, Nueva York, 1991.

64. Idem, "The Eagle Has Landed", *Financial Times*, 2 de febrero de 2002.

65. Hardt y Negri, *Empire*, pp. xii, 190 (Imperio, Paidós Ibérica, Barcelona, 2002). Para una crítica de *Empire*, véase A. Callinicos, "Toni Negri in Perspective", *International Socialism*, (2) 92, 2001.

66. T. Negri, "Ruptures dans l'empire, puissance de l'exode", 7 de octubre de 2001, entrevista en *Multitudes*, 7 (edición on line), [multitudes-infos@samizdat.net](mailto:multitudes-infos@samizdat.net).

67. Véase, por ejemplo, D. Heid, A. McGrew et al., *Global Transformations*, Cambridge, 1999, y para una crítica, Callinicos, *Contra la tercera vía*, capítulo 3.

68. R. Cooper, "Reordering the World", 2002, [www.fpc.org.uk](http://www.fpc.org.uk) y [www.observer.co.uk](http://www.observer.co.uk).

69. Tácito, *Agricola*, 30.

70. C. Johnson, *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Nueva York, 2000, pp. 205, 213.

71. *Ibid.*, pp. 8, 33.

72. *Ibid.*, p. 224.

73. Véase A. Callinicos et al., *Marxism and the New Imperialism*, Londres, 1984; A. Callinicos, "Periodizing Capitalism and Analysing Imperialism", en *Phases of Capitalist Development*, Albritton et al., eds., e idem, "Marxism and Global Governance", en *Governing Globalization*, D. Heid y A. McGrew, eds., Cambridge, 2002.

74. Para un revisión histórica de este proceso, véase E. J. Hobsbawm, *The Age of Capital 1848-1875*, Londres, 1975 (La era del capital, Crítica, Barcelona, 1998), y *The Age of Empire 1875-1914*, Londres, 1987 (La era del imperio, Crítica, Barcelona, 1998).

75. Véase, por ejemplo, G. Arrighi, "World Income Inequalities and the Future of Socialism", *New Left Review*, (1) 189, 1991.

76. M. Mann, "Globalization and September 11", *New Left Review*, (II) 12, 2001, p. 54.

77. Tres perspectivas críticas marxistas sobre el desarrollo en el Tercer Mundo son las proporcionadas por R. Brenner, "The Origins of Capitalist Development", *New Left Review*, (1) 104, 1977; N. Harris, *The End of the Third World*, Londres, 1986, y C. Harman, "Where is Capitalism Going?", *II, International Socialism*, (2) 60, 1993.
78. Véase, por ejemplo, C. Harman, "The State of Capitalism Today", *International Socialism*, (2) 51, 1991, y W. Bonefeid, ed., *The Politics of Europe*, Houndmills, 2001.
79. Por ejemplo, P. Gowan, "The Euro-Atlantic Origins of NATO's Attack on Yugoslavia", en *Masters of the Universe?*, T. Ah, ed., Londres, 2000.
80. S. P. Huntington, "The Lonely Superpower", *Foreign Affairs*, marzo/abril de 1999 (edición on line), [www.foreignpolicy2000.org](http://www.foreignpolicy2000.org).
81. C. Rice, "Campaign 2000 - Promoting the National Interest", *Foreign Affairs*, enero/febrero de 2000 (edición on line), [www.foreignpolicy2000.org](http://www.foreignpolicy2000.org).
82. Citado en Johnson, Blowback, p. 217.
83. Huntington, "The Lonely Superpower". Perry Anderson recalca las continuidades entre las administraciones de Clinton y de Bush, hijo, en "Testing Formula Two", *New Left Review*, (II) 8, 2001.
84. Z. Brzezinski, *The Great Chessboard*, Nueva York, 1997 (El gran tablero mundial, Paidós Ibérica, Barcelona, 1998).
85. Véase también J. Rees, "Imperialism: Globalization, the State and War", *International Socialism*, (2) 93, 2001, y D. Bensaid, "Dieu, que ces guerres sont saintes!", *ContreTemps*, 3, 2002.
86. "The President's State of the Union Address", 29 de enero de 2002, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov).
87. J. Bolton, "Beyond the Axis of Evil", 6 de mayo de 2002, [www.state.gov](http://www.state.gov).
88. N. Lemann, "The Next World Order", *The New Yorker*, 1 de abril de 2002 (edición on line), [www.newyorker.com](http://www.newyorker.com).
89. *Guardian*, 8 de marzo de 2002.
90. W. M. Arkin, "Secret Plan Outlines the Unthinkable", *Los Angeles Times*, 10 de marzo de 2002.
91. United States Space Command, *Vision for 2020*, febrero de 1997, [www.spacecom.af.mil/usspace](http://www.spacecom.af.mil/usspace).
92. Para un análisis más extenso de la relación entre la globalización económica y militar, véase C. Serfati, *La mondialisation armée*, París, 2001.

### 3. VARIEDADES Y ESTRATEGIAS

#### **Variedades de anticapitalismo**

El movimiento contra el capitalismo global es todo menos homogéneo. De hecho, se enorgullece de su diversidad y capacidad para contener una enorme variedad de diferencias. Esto indudablemente le confiere, de varias maneras, una gran fuerza: son muchos los comentaristas que han destacado la variopinta diversidad de fuerzas representadas en grandes movilizaciones como las de Seattle, Génova, Porto Alegre y Barcelona: sindicalistas y *crusties*, socialistas revolucionarios y autonomistas, activistas de las ONG y comunistas, nacionalistas y tercermundistas, pacifistas y Black Blocks, además de una cantidad ingente de jóvenes representantes de toda la variedad de culturas y estilos de vida de su generación. Implícitas en todo ello hay aproximaciones distintas a las cuestiones de estrategia y principios a las que debe hacer frente el movimiento anticapitalista. Por tanto, antes de discutir directamente algunas de estas cuestiones, conviene examinar de forma breve algunos de los principales enfoques políticos que caben bajo la rúbrica del anticapitalismo. La lista que sigue no es exhaustiva; además, aunque he evitado caer en la caricatura, quizá no lo haya logrado siempre. Es importante recalcar que, como las realidades de la política y la ideología son siempre complejas, los individuos y los organismos pueden identificarse con más de una de las posiciones reseñadas a continuación.

#### *1. Anticapitalismo reaccionario*

Desde los inicios del capitalismo industrial a finales del siglo XIX, son muchos los que han rechazado este sistema social en nombre de algún estado de cosas anterior. Georg Lukács lo llamó “anticapitalismo romántico”.<sup>[1]</sup> Se trata de una formación ideológica compleja: a menudo la nostalgia por un pasado idealizado ha ayudado a motivar la lucha por conseguir una nueva sociedad que no se limite a rechazar la modernidad (en la tradición socialista británica, la evolución de William Morris desde los prerrafaelitas hasta el marxismo revolucionario es un buen ejemplo). En el mismo espíritu, algunos artistas brasileños se manifestaron en Porto Alegre II con una pancarta en la que se leía: “¡Recautivemos el mundo!”. No obstante, debe tenerse en cuenta que la crítica del capitalismo desde la perspectiva de un orden orgánico premoderno ha sido también uno de los principales impulsos ideológicos de la extrema derecha. En un importante estudio del fascismo francés de la preguerra, Zeev Sternhell resume la ideología fascista como “una síntesis de nacionalismo orgánico y socialismo marxista, una ideología revolucionaria fundamentada en el rechazo a la vez del liberalismo, del marxismo y de la democracia”. Su objetivo era una civilización comunitaria y antiindividualista, capaz por sí misma de

asegurar la supervivencia de una colectividad humana en la que todos los estratos y todas las clases de la sociedad estuvieran perfectamente integrados. El marco natural de esta colectividad armoniosa y orgánica es la Nación. Una nación purgada y revitalizada, donde el individuo sea solamente una célula del organismo colectivo; una nación que se regocije en una unidad moral que el liberalismo y el marxismo, factores ambos de fractura y guerra, no podrían nunca asegurarle.[2]

Este tipo de respuesta reaccionaria al capitalismo se encuentra todavía, por desgracia, demasiado presente entre nosotros. La amenaza que suponen los movimientos fascistas europeos contemporáneos quedó de manifiesto con el éxito de Jean-Marie Le Pen, que empujó al Partido Socialista de Lionel Jospin al tercer puesto en la primera vuelta de las elecciones presidenciales francesas de abril de 2002. El anticapitalismo reaccionario está vivo también en la oposición a la globalización económica de la extrema derecha norteamericana, que rechazó con particular vehemencia a la negociación y ratificación del Tratado de Libre Comercio de América del Norte en 1992-1993 y a la Ronda Uruguay de conversaciones sobre comercio internacional que desembocaron en la constitución de la Organización Mundial del Comercio en 1995. En su interesante estudio de este movimiento, Mark Rupert escribe:

Las ideologías de extrema derecha del excepcionalismo americano ven en la integración internacional una amenaza insidiosa para la especial identidad de Estados Unidos como nación (blanca, masculina y cristiana). De este modo, las ideologías americanistas autorizan la resistencia a la globalización y convierten en chivos expiatorios, contra quienes alientan la hostilidad, a todos aquellos que sean considerados ajenos a, distintos de, o en desacuerdo con, sus visiones de identidad nacional.[3]

Desde el surgimiento en América del Norte del movimiento anticapitalista contemporáneo, en oposición al TLC y a la OMC, algunos de sus oponentes intentaron mancillarlo asociándolo a la extrema derecha contraria a la globalización. Esto no es siquiera plausible: uno de los principales impulsos del movimiento es el internacionalismo y, en particular, la solidaridad con los pobres y oprimidos del Sur. Además, el tipo de crítica del capitalismo que desarrolla es, como el capítulo anterior intenta ilustrar, una crítica estructural dirigida a la lógica del sistema, a diferencia de la extrema derecha norteamericana, que se basa en una versión de la clásica teoría fascista de la conspiración, según la cual una camarilla de financieros internacionales (sobre todo judíos, evidentemente) ha logrado manipular la política económica global con el fin de construir un “Nuevo Orden Mundial” bajo su dominio. Rupert señala: “Cegados por esta visión del mundo centrado en agentes, los Patriotas son incapaces de vislumbrar, explicar o criticar las estructuras y procesos interrelacionados que los

progresistas de izquierdas ven como nexo entre Estados Unidos y la economía global”.[4]

Las explicaciones basadas en la teoría de la conspiración que utiliza la extrema derecha, dejan en evidencia lo superficial y limitado de cualquier intento de asociar sus ideologías con el anticapitalismo.

Sternhell advierte que “si la ideología fascista buscara la victoria del espíritu y la voluntad sobre la materia, atacaría la sociedad burguesa y sus valores “materialistas”, y no el capitalismo o la propiedad privada”.

[5] De igual modo, Henry Ashby Turner escribe sobre Hitler: “Su compromiso con la competencia económica y la propiedad privada no se derivaba de la conveniencia sino de sus creencias fanáticamente afines al darwinismo social, acerca de la naturaleza de la humanidad y la sociedad humana ... Hitler era antisocialista por convicción, no por oportunismo”.[6] Las denuncias pseudorrevolucionarias del “capital financiero judío” permitieron a los nazis formar un movimiento de masas; su antimarxismo los hizo aliados aceptables (aunque sospechosos) para las élites alemanas. El régimen nacionalsocialista mantenía una relación conflictiva con el gran capital, de modo que los impulsos revolucionarios que había movilizado, al no hallar realización social, fueron redirigidos hacia el exterminio de un enemigo racializado.

[7] Procesos de sustitución similares se dan sin duda en los movimientos fascistas europeos contemporáneos y en la derecha norteamericana antiglobalización. Aunque éstos se representan, por el momento, en un escenario mucho menor que en la Alemania prebélica, la existencia de una crítica a la globalización capitalista por parte de la extrema derecha, es un presagio de lo que podría suceder si fracasaran los retos más universalistas y auténticamente radicales.

## *2. Anticapitalismo burgués*

Ésta podría parecer una categoría nula, la expresión incluso de una contradicción. Pero las ideologías no obedecen la ley de la no contradicción. En el *Manifiesto comunista*, Marx diagnostica sardónicamente el caso del “socialismo conservador o burgués” cuyos proponentes “quieren todas las ventajas de las modernas condiciones sociales sin las luchas y peligros que necesariamente conllevan. Desean el actual estado de la sociedad sin sus elementos revolucionarios y desintegradores”. [8] Este tipo de actitud tiene sus homólogos en el movimiento anticapitalista contemporáneo. Noreena Hertz es un ejemplo de ello. “Mis argumentos no son anticapitalistas”, escribe, y a continuación asevera precisamente aquello que criticábamos al principio del capítulo anterior: “El capitalismo es claramente el mejor sistema de generación de riqueza, y el libre comercio y los mercados de capital abiertos han traído una prosperidad sin precedentes a casi todo, si no todo, el mundo”. [9] Y, sin embargo, con la ayuda de una cuidada campaña mediática, Hertz se ha desvivido por asociarse con el movimiento contra la globalización corporativa participando en las

protestas de Praga y Génova y presumiendo el pantalón “anticapitalista” Boudicca que lució como miembro del grupo “progresista” en el empresarial Foro Económico Mundial de Nueva York.[10]

Claramente, el anticapitalismo necesita su propio Tom Wolfe para diseccionar las formas contemporáneas del chic radical. Pero Hertz representa un punto de vista más amplio. No se queja de que el capitalismo exista, sino de que se haya hecho demasiado poderoso:

Durante las dos últimas décadas, el equilibrio de poder entre la política y el comercio ha dado un giro radical que ha dejado a los políticos cada vez más subordinados al colosal poder de las grandes empresas ... Y en la medida que las empresas han ido adoptando un papel más amplio, han ... venido a definir el dominio público corporativo. El estado corporativo ha acabado por definir el estado político.[11]

El remedio que propone Hertz es, naturalmente, corregir este desequilibrio. De hecho, las propias corporaciones están interviniendo para llenar el vacío dejado por la abdicación de los políticos. Hertz advierte de que “el estamento empresarial está mucho mejor situado que cualquier otra institución para actuar como agente primario de justicia en la mayor parte del mundo en vías de desarrollo”, y aplaude la privatización de la seguridad social como “un cambio atractivo”, si se “gestiona correctamente”. Pero son necesarias más iniciativas de base que presionen a las corporaciones y a los gobiernos para que cumplan con sus responsabilidades. Hertz recalca los efectos beneficiosos del activismo de los consumidores, pero se muestra mucho más ambigua en cuanto a la acción directa: “Las protestas actúan como fuerza compensadora del Poder en la Sombra; sin embargo, como no son totalmente incluyentes, comparten la ilegitimidad de su oponente ... La mayoría silenciosa corre el riesgo de ser despojada de poder por una ruidosa minoría”. De hecho, el aumento de la apatía de los votantes, que en gran parte debe atribuirse a la reducción de poder de los gobiernos electos, podría culminar en “el fin de la política, en la sustitución de la política por la protesta”. [12]

La cuestión de si las protestas son o no son incluyentes es un problema real al que volveré más adelante. Dejando de lado esa cuestión, la crítica de Hertz es poco original y sólo reviste interés por dos razones. En primer lugar, ilustra de una forma particularmente pura la tendencia de los críticos de la globalización corporativa a aceptar una de las principales tesis de sus oponentes menos refinados, a saber, que la creciente integración internacional ha privado a las naciones-estado de todo poder para influir en el desarrollo económico. Hay que repetir hasta la saciedad que esta tesis es falsa además de peligrosamente engañosa.[13] En segundo lugar, es indudable que Hertz articula la ideología espontánea de un amplio espectro de opiniones empresariales, entre ellas, por ejemplo, de la creciente industria de

Responsabilidad Social Corporativa (RSC), un fenómeno que es, en sí mismo, una respuesta a las protestas. El *Observer* señala: “Los dirigentes empresariales forzados a agazaparse tras las líneas policiales no pueden sino sentirse impresionados por la fuerza de los sentimientos y la capacidad de organización de personas que, de contentarse con la protesta cortés, serían ignoradas”. [14] El Pacto Mundial propuesto por el secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, junto con varias destacadas corporaciones multinacionales, representa un esfuerzo similar para acercar las empresas a la “sociedad civil”. El *Financial Times* expuso cínicamente las verdaderas razones por las que a los dirigentes empresariales les encanta la RSC. Obviamente, no quieren arriesgarse a dañar sus marcas por ser considerados hostiles a la gente o al planeta. Pero otra razón igualmente importante es que la RSC les brinda la oportunidad de conferir a sus marcas valores positivos y populares que conectan con las preocupaciones por el medio ambiente y los derechos humanos. Lo mejor de todo ello es que, en comparación con el coste que tendría conseguir los mismos atributos para sus marcas por medio de publicidad y relaciones públicas, esta opción probablemente resulte bastante barata. [15]

Al igual que los esfuerzos del FMI y del Banco Mundial por entablar un diálogo con sus críticos, las iniciativas como la RSC representan una respuesta pragmática a las presiones externas. Pero algunos capitalistas sinceramente apoyan el movimiento contra la globalización corporativa. Por ejemplo, la Sociedad Ruckus, que forma activistas en las técnicas de desobediencia civil, recibió 100.000 dólares de Unilever en 2001, un gesto que no refleja la conversión de una destacada multinacional al anticapitalismo, sino los términos bajo los cuales Unilever adquirió el negocio de helados Ben & Jerry's: la corporación acordó donar cinco millones de dólares a la Fundación Ben & Jerry's (de la que Global Exchange, una de las principales coaliciones de activistas, recibió un millón de dólares en el curso de tres años) y donar 1,1 millones de dólares al año a “grupos por el cambio social”. Según Ben Cohen, uno de los dos fundadores de Ben & Jerry's, durante las negociaciones de la adquisición “explicamos a Unilever que los valores de Ben & Jerry's estaban con la antiglobalización y que ellos eran defensores de la globalización”. Habría sido divertido ser una mosca en la habitación donde tuvieron lugar estas negociaciones. Ben y Jerry no son los únicos capitalistas de la generación de los años sesenta que apoyan el movimiento. A decir de James Harding, Anita Roddick, fundadora de Body Shop y miembro del consejo de dirección de la Sociedad Ruckus, “está deseando aumentar su apoyo a los activistas contra la explotación de la mano de obra, a organizaciones de medios de comunicación independientes, a grupos de contestación, a grupos ambientalistas locales incipientes, a empresas socialmente responsables y a tantos otros”. [16]



### *3. Anticapitalismo localista*

No debe ponerse en duda que las intenciones de estos simpatizantes de las empresas con el movimiento anticapitalista sean sinceras y respetables. Pero su actitud plantea la cuestión presente a lo largo de todo este libro: ¿son algunos de los valores plausiblemente propugnados por el movimiento –en el próximo capítulo sostengo que éstos incluyen, como mínimo, la justicia, la eficiencia, la democracia y la sustentabilidad– compatibles con alguna forma de capitalismo? Esta pregunta se plantea de forma aún más interesante con respecto a un conjunto de actitudes que, a falta de un nombre mejor, llamo “anticapitalismo localista”. Me refiero a aquellos activistas e intelectuales que, para poner remedio a los males que afectan al capitalismo contemporáneo, defienden una economía de mercado reformada y descentralizada. Se incluye aquí a los defensores del comercio justo (entre los que destaca Global Exchange, una de las fuerzas motrices de las protestas de Seattle), así como muchas variantes del movimiento verde.

El comercio justo se basa en esencia en la idea de que los consumidores del Norte deberían organizarse para promover unas relaciones comerciales más equitativas con los productores del Sur. Deborah James, de Global Exchange, escribe:

El Comercio Justo equivale a una relación equitativa y justa entre los operadores de mercado de América del Norte y los grupos de productores de Asia, África, América Latina y otras partes del mundo. Los participantes en el Comercio Justo acuerdan respetar los siguientes criterios:

- Pagar un salario justo en el contexto local.
- Ofrecer a los empleados oportunidades de progreso.
- Proporcionar oportunidades a todas las personas, sin discriminación.
- Adoptar prácticas ecológicamente sostenibles.
- Estar abiertos a auditorías externas y públicas.
- Establecer relaciones comerciales a largo plazo.
- Asegurar condiciones laborales saludables y seguras en el contexto local.
- Proporcionar asistencia financiera y técnica a los productores siempre que sea posible.[17]

El comercio justo es localista en el sentido de que no busca la justicia en una transformación del sistema (al menos no en primera instancia), sino en el desarrollo de microrrelaciones justas entre una serie de agentes del comercio comenzando por los productores inmediatos, a través de un sistema alternativo de distribución, hasta unos consumidores socialmente conscientes. Pero este enfoque admite sin forzarlo demasiado la extensión a una alternativa sistémica al

capitalismo global. Colin Hines nos explica cómo sería esta alternativa, que él llama “localismo”:

Todo lo que pueda ser producido en un país o región debería ser producido ahí. De este modo el comercio a larga distancia quedaría reducido al suministro de aquello que no pueda producirse en el país o grupo geográfico de países. Esto permitiría aumentar el control local de la economía y la posibilidad de que ésta sea compartida localmente de forma más justa. Se alentaría el flujo de tecnología e información siempre que sirviera para fortalecer las economías locales. En estas condiciones, la globalización que arruina al vecino dejaría su lugar a la localización que mejora al vecino, potencialmente más cooperativa. [18]

El objetivo de Hines es redirigir el poder, tanto como sea posible, hacia las comunidades a pequeña escala. En este sentido, sintoniza con los objetivos del movimiento verde, así como con la crítica desarrollada por otro escritor y luchador británico contra las corporaciones, George Monbiot.[19] Pero el programa que Hines pretende desarrollar es decididamente intervencionista. Propugna aumentar el poder de las naciones-estado y asociaciones de países para asegurar que el capital “permanezca predominantemente allí donde se genera a fin de producir empleo y financiar el desarrollo sostenible”, establecer tarifas que favorezcan a los productos nacionales, adoptar otros pasos para dismantelar las multinacionales y promover la pequeña y mediana empresa, e introducir impuestos sobre los recursos para proteger el medio ambiente y crear empleo.[20]

En muchos aspectos el localismo recuerda el pensamiento del socialista francés del siglo XIX Pierre Joseph Proudhon, quien creía que la concentración de poder económico, especialmente en el sistema bancario, impedía el funcionamiento correcto de las leyes del mercado; las medidas encaminadas a reducir esta concentración y devolver el poder a los pequeños productores artesanos y campesinos arreglaría la economía de mercado y consiguientemente traería la justicia social. Esta solución suscitó críticas desdeñosas de Marx, quien, refiriéndose a la propuesta proudhoniana de abolir el dinero pero mantener una economía basada en la producción y el intercambio de mercancías, comentó: “Eso sería como abolir al Papa pero dejar intacto el catolicismo”. [21] Las conclusiones de Hines tienen un inconfundible eco proudhoniano: “La localización sacará de apuros al mercado”. [22] La cuestión de si se puede de este modo distinguir entre los aspectos buenos y malos del mercado es uno de los principales temas del siguiente capítulo.

#### *4. Anticapitalismo reformista*

Uno de los méritos de la argumentación de Hines a favor de la localización es que saca a la luz la cuestión de la nación-estado. El estado suele verse como una de las principales víctimas de la

globalización económica. ¿Se sigue de ello que es un aliado potencial del movimiento anticapitalista? Hines da una respuesta afirmativa a esta pregunta. Y aquellos que defienden como alternativa al neoliberalismo, el retorno a un capitalismo más regulado, ponen todavía más énfasis en la nación-estado como agente de una deseable transformación social. Es ésta la posición que he recogido bajo la rúbrica de “anticapitalismo reformista”. En el movimiento obrero clásico, “reformismo” se refería a la estrategia socialdemócrata de alcanzar el socialismo por vía parlamentaria. Son pocos actualmente los socialdemócratas que creen que una alternativa socialista al capitalismo es factible. En su lugar, intentan reglamentar y humanizar el capitalismo. Los anticapitalistas reformistas se diferencian de los localistas en que sitúan en los planos nacional e internacional su principal campo de actuación.

De hecho, responde a una cuestión importante describir el objetivo de esta variante del anticapitalismo como un retorno a un capitalismo más regulado. Capta con exactitud el objetivo de algunas ramas importantes del ala reformista del movimiento. Patrick Bond sostiene que dentro de lo que él denomina “Nuevos Movimientos Socialistas” que buscan “promover la globalización de la gente y frenar o al menos modificar radicalmente la globalización del capital, “hay un debate en curso acerca de si merece la pena invertir esfuerzos en las reformas al Consenso de Washington para constituir una capacidad global de regulación de los estados -a partir de embriones como el FMI y el Banco Mundial, la OMC, la ONU y el BIS- o si, en cambio, la tarea inmediata debiera ser la de quitar legitimidad a los actuales centros de regulación internacional y frenar su flujo de financiación para reconstituir políticas progresivas a escala nacional.[23]

Como ya hemos visto, James Tobin propuso su célebre impuesto sobre las transacciones monetarias internacionales, en parte para “preservar y promover la autonomía de las políticas macroeconómicas y monetarias nacionales”. [24] Bernard Cassen, hasta hace poco presidente de ATTAC, una organización que defiende activamente la Tasa Tobin, y el equipo editorial del influyente periódico mensual *Le Monde diplomatique*, se encuentran políticamente cercanos a Jean-Pierre Chevènement, el líder del Mouvement des Citoyens y defensor del *souverainisme*, el restablecimiento de la soberanía nacional. Otro líder anticapitalista clave, Walden Bello, el director de Focus on the Global South, defiende explícitamente la abolición de la OMC y del resto de instituciones financieras internacionales para volver a una nueva versión del sistema de Bretton Woods:

Fue bajo tal sistema global relativamente pluralista, en el que el poder hegemónico todavía estaba lejos de quedar institucionalizado en un conjunto de poderosas organizaciones multilaterales de amplio alcance, cuando los países latinoamericanos y muchos países asiáticos fueron

capaces de alcanzar un mínimo de desarrollo industrial en el período de 1960-1970. Fue bajo un sistema más pluralista, bajo un GATT limitado en sus poderes, flexible y más sensible a la situación especial de los países en vías de desarrollo, cuando los países del Este y Sudeste asiático lograron convertirse en nuevos países industrializados con la ayuda de unas políticas estatales activas de comercio e industria, que diferían significativamente de la parcialidad hacia el libre mercado ensalzada por la OMC ... Y es por tanto en un mundo fluído, menos estructurado, más plural y con múltiples mecanismos de control como las naciones y comunidades del Sur lograrán abrirse camino y desarrollarse de acuerdo con sus valores, a su ritmo y con las estrategias de su elección.[25]

Pero nadie en el movimiento busca simplemente un mundo de capitalismo nacional relativamente autónomos como el descrito. Para empezar, la Tasa Tobin sólo puede implementarse a escala internacional (aunque no universal). El estudio más detallado de la tasa, el realizado por Heikki Patomaki, un académico que participa en ATTAC, indica que bastaría una treintena de estados para iniciar su implantación siempre y cuando abarcaran al menos el 20% del mercado internacional de divisas, e imagina la constitución de una Organización de la Tasa Tobin que a la larga se convirtiera en un organismo universal subordinado a una Organización de las Naciones Unidas reformada.[26] De modo parecido a Tobin, Kamal Malhotra defiende la constitución de una Autoridad Financiera Internacional para lograr “la subordinación del nivel global de gobierno a los niveles local, nacional y regional (pero en especial nacional)”.[27] A menudo se ve en una Unión Europea reformada un agente de la deseada regulación. Pero no se trata simplemente de que la regulación de los mercados financieros requiera una acción a nivel internacional: la mayoría de los defensores de la Tasa Tobin no conciben que su recaudación se quede en las economías avanzadas donde se produce la mayoría de las transacciones monetarias, sino que defienden que se redistribuya del Norte al Sur. Uno de los principales acicates del movimiento anticapitalista, y uno de los que unen a sus distintas ramas, es el deseo de remediar la injusticia global. Se hace muy difícil imaginar que este deseo se pueda cumplir sólo promoviendo el desarrollo nacional autónomo, puesto que esto dejaría a las personas en una situación vulnerable frente a todas las contingencias que se derivan de la historia y la geografía, por no hablar de las injusticias que las propias naciones-estado lamentablemente han demostrado ser capaces de cometer.

Susan George, vicepresidenta de ATTAC y desde hace mucho tiempo una activista por el Tercer Mundo, propugna en consecuencia una “nueva y mejorada estrategia keynesiana ... no sólo para Estados Unidos o Europa sino para todo el mundo. Necesitamos inyectar en la economía global grandes dosis de recursos dirigidos a paliar la crisis.

Unos recursos que deberían dirigirse a la renovación ambiental, la erradicación de la pobreza y el gobierno democrática”. E imagina este “Contrato Planetario” administrado por una nueva institución internacional y financiado con la ayuda de medidas como la Tasa Tobin y un Impuesto Unitario sobre los Beneficios aplicado a las corporaciones transnacionales.[28] Las propuestas de crear un cartel internacional de deudores dispuesto a rechazar la deuda del Tercer Mundo, o incluso aplicar tal medida como forma de presión sobre el G7, las instituciones financieras internacionales y los grandes bancos del Norte, se sitúan en la misma línea de actuación y pueden verse también como una forma de alcanzar un keynesianismo global.[29]

El anverso de este intento de reconstruir a escala global, una nueva versión del capitalismo más humano y regulado, que floreció al menos en el Norte en la década de 1970, es el rechazo de la revolución. Una vez más, es George quien mejor lo articula:

Lamento confesar que ya no sé qué significa “derribar el capitalismo” a principios del siglo XXI. Quizá vayamos a ser testigos de lo que el filósofo Paul Virilio llamaba el “accidente global”. Si se produjese, sin duda vendría acompañado de muchísimo sufrimiento humano. Si todos los mercados financieros y todos los mercados bursátiles se derrumbaran al mismo tiempo, millones de personas quedarían desempleadas, las quiebras de los bancos superarían con mucho la capacidad de los gobiernos de impedir catástrofes, la inseguridad y el crimen se convertirían en la norma y todos caeríamos en el infierno hobbesiano de la guerra de todos contra todos. Llámenme “reformista” si así lo desean, pero yo no quiero ese futuro más de lo que quiero un futuro neoliberal.[30]

### *5. Anticapitalismo autonomista*

Si el ala reformista del movimiento contra la globalización del capital se caracteriza por su compromiso con la nación-estado, actuando sola o conjuntamente, como medio para dominar el mercado, el autonomismo se distingue en cambio por la renuncia al poder centralizado y por su interés en los peculiares métodos de organización y actuación del movimiento. He dado a esta rama de opinión el calificativo de “autonomista”, porque una de sus principales fuentes se encuentra en la coalición italiana de grupos de extrema izquierda que popularizó el término en la década de 1970. Toni Negri, el coautor de *Imperio*, es el teórico del autonomismo italiano más conocido.[31] El vocabulario de *Imperio* está impregnado de la retórica de la célebre coalición italiana de activistas que, a causa de los overoles blancos con los que cubrían la armadura que llevaban en las manifestaciones, se conocen como los *tute bianche*, y desde Génova, como los *disobbedienti*. Los *tute bianche* han ejercido su influencia en todo el mundo. No obstante, la fuerza del autonomismo procede sobre todo del particular estilo desarrollado por el movimiento anticapitalista desde sus inicios en América del Norte: el

de una “coalición de coaliciones” descentralizada, según palabras de Kevin Danaher de Global Exchange, que organiza sus protestas en base al consenso y utiliza para ello varios métodos como los grupos de afinidad, los consejos radiales, el centro de convergencia y el Indymedia.[32]

Más que nadie, Naomi Klein se ha alzado como la gran exponente de este estilo de activismo que promueve una nueva forma de política radical:

El hecho de que estas campañas estén tan descentralizadas no es una fuente de incoherencia y fragmentación. Antes al contrario, es una adaptación razonable e incluso ingeniosa, tanto a la fragmentación preexistente en las redes progresistas como a cambios en la cultura en general. Es un derivado de la explosión de las ONG, las cuales, desde la Cumbre de Río de 1992, han ido ganando poder e importancia. Son tantas las ONG que participan en campañas contra las corporaciones que sólo el modelo del eje y los radios puede acoger sus distintos estilos, tácticas y metas ... Uno de los puntos fuertes de este modelo de organización al estilo *laissez-faire* es que ha demostrado ser extraordinariamente difícil de controlar, en gran parte debido a lo mucho que difiere de los principios organizativos de las instituciones y corporaciones contra las que actúa. Responde a la concentración de las corporaciones con un laberinto de fragmentación, a la globalización con su propia forma de localización, a la consolidación del poder con una radical dispersión del poder ... Un informe militar de EE.UU. sobre el alzamiento zapatista en Chiapas revela cómo es el juego. Según un estudio realizado por RAND, los zapatistas hacían una “guerra de la pulga” que, gracias a Internet y a la red global de ONG, se convirtió en una “guerra de enjambre”. El reto militar que plantea una guerra de enjambre es, según señala el estudio, que no posee “liderazgo centralizado o estructura de mando; es multicéfala, imposible de decapitar”.[33]

Como indica este pasaje, el movimiento zapatista ha sido uno de los principales puntos de referencia para los anticapitalistas autonomistas (de hecho, el principal grupo asociado a los *tute bianche* se hace llamar *¡Ya basta!*, siguiendo este el lema zapatista). El manifiesto inicial del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) convocaba una marcha sobre la capital. Sin embargo, quizá porque sus fuerzas pronto se vieron rodeadas y contenidas por el ejército mexicano, de modo que la supervivencia del EZLN pasó a depender de la solidaridad que pudieran suscitar en el resto de México y del mundo, su programa pasó a centrarse en exigir el reconocimiento de los derechos colectivos de la población indígena de México, como parte de una democratización más generalizada de un país que, hasta las elecciones presidenciales de 2000, había sido un estado unipartidista.[34] Marcos ha justificado esta aparente retirada: “Quizá, por ejemplo, la nueva moralidad política sea

construida en un nuevo espacio que no requiera la toma o retención del poder, sino el contrapeso y la oposición que limita al poder y lo obliga a “gobernar obedeciendo”.”.[35]

Sin embargo, Marcos otras veces recuerda a los *souverainistes* de ATTAC y *Le Monde diplomatique*: “Los zapatistas creen que en México la recuperación y la defensa de la soberanía nacional forman parte de la revolución antiliberal ... es necesario defender el estado frente a la globalización”.[36] Esto contrasta fuertemente con las argumentaciones de ese otro punto de referencia autonomista, *Imperio*. En él, Negri y su colaborador Michael Hardt defienden no sólo que la soberanía nacional está siendo irrevocablemente desplazada por la soberanía imperial, sino que incluso en su momento más progresista, en los movimientos de liberación colonial, el nacionalismo ha tendido a reprimir las diferencias inherentes a la “multitud” (la antítesis explotada del capital) con el fin de constituir un “pueblo” homogéneo como contrapartida imaginaria a la nación-estado. “El deseo desterritorializante de la multitud es el motor que empuja todo el proceso de desarrollo capitalista, y el capital debe intentar constantemente contenerlo.”[37] Y Hardt, junto a otros autonomistas, declara: “El Imperio es el enemigo de la multitud, pero eso no significa que las viejas naciones-estado sean nuestras amigas”.[38]

Aunque evidentes, las contradicciones de este tipo raramente son afrontadas por los intelectuales autonomistas, en parte porque tienden a preferir el lenguaje alusivo y metafórico que Marcos maneja con tanta maestría. Klein, por ejemplo, después de popularizar la idea de movimiento anticapitalista como un “enjambre” descentralizado, recientemente ha tomado prestada otra metáfora de Luca Casarini, uno de los principales líderes de los *disobbedienti* italianos, en el Segundo Foro Social:

“Se trata de -¿cómo se dice en inglés?- esto -dijo-”. Y haciendo uso del esperanto de los activistas del foro a base de segundas lenguas machacadas y de mímica, tiró de la manga de su camiseta y me señaló la costura. Exacto, las costuras. Quizá el cambio no se trate realmente de lo que se dice y hace en el centro. Se trata de las costuras, de los espacios intermedios con su fuerza oculta.[39]

La proliferación de metáforas que ensalzan las formas descentralizadas de organización no es particularmente útil para clarificar la estrategia en cuestión. El concepto de multitud de Hardt y Negri ha sido adoptado de forma amplia, pero parece más una declaración de buenas intenciones que un concepto analítico riguroso. En Porto Alegre II, Hardt más o menos llegó a admitirlo, diciendo que era “un concepto político” que “no trata tanto de lo que es como de lo que podría ser”, y cuyo “propósito era demostrar que los conceptos de clase no tienen por qué elegir entre unidad y pluralidad”. Hardt describió la multitud como “singularidades que actúan en común”, y añadió que el concepto

englobaba “a todos los que trabajan bajo el dominio del capital”, y que era “análogo al concepto marxista clásico del proletariado, pero sin la reducción de alcance que este concepto ha sufrido durante los siglos XIX y XX”. [40] Una de las funciones políticas que cumple la idea de multitud es la de demarcar a los autonomistas con respecto a la izquierda clásica. Desde Porto Alegre II, Casarini, Hardt y otros han hecho público un texto en el que denuncian a “la izquierda burguesa y el socialismo de trabajadores de piel blanca de origen europeo” y celebran el alzamiento argentino de diciembre de 2001 como vindicación de su alternativa:

...el trabajo de la multitud parece ser el único principio constituyente. Lejos de ser un problema, la fragmentación de la clase trabajadora y de sus representantes sindicales constituye la condición para la afirmación de una multiplicidad social capaz de prender fuego a la crisis del estado (y de sus fuerzas armadas), puesto que puede transformar el fracaso de la democracia de las técnicas financieras en un proceso sin precedentes de democracia radical. [41]

#### *6. Anticapitalismo socialista*

Durante casi todo el siglo XX el socialismo y el anticapitalismo fueron categorías prácticamente coextensivas. Si ya no es así es a causa de la larga crisis de la izquierda que comenzó con el reflujo de los movimientos posteriores a 1968 y hasta mediados de la década de 1970, y se vio reforzada de manera extraordinaria por el derrumbe del sistema estalinista en 1989-1991. Incluso la izquierda antiestalinista resultó debilitada por la desaparición del principal régimen que parecía encarnar una alternativa al capitalismo de mercado, por muy burocrática y corrupta que fuera. El carácter distintivo del movimiento anticapitalista contemporáneo refleja su origen en un clima ideológico definido por el triunfo aparente del capitalismo liberal y el eclipse del marxismo. Esto fue especialmente pronunciado en Estados Unidos, donde la izquierda organizada había sido relativamente marginal durante todo el siglo XX. En Europa, sin embargo, el movimiento se desarrolló en un contexto bastante distinto. Aunque debilitados por la ofensiva neoliberal y la crisis ideológica posterior a 1989, sobrevivieron tanto el movimiento obrero como diversas organizaciones de la izquierda reformista y revolucionaria. Tras el eclipse del estalinismo y dado el corrimiento hacia la derecha de la socialdemocracia, la idea de una alternativa socialista al capitalismo ha evolucionado en gran medida hacia la izquierda revolucionaria y, en particular, hacia movimientos de tradición trotskista, especialmente en Europa occidental.

Mientras que algunas tendencias trotskistas reaccionaron a la aparición del movimiento anticapitalista de forma típicamente dogmática y sectaria, las dos principales, la Cuarta Internacional (CI) y la Tendencia Socialista Internacional (IST), pronto se percataron del potencial que



albergaba el movimiento.[42] Los activistas de la principal organización europea de la CI, la *Ligue Communiste Révolutionnaire* (LCR) de Francia, desempeñaron un importante papel en ATTAC desde el principio; los defensores de la CI de América Latina y de Europa han participado muy activamente en los foros sociales mundiales de Porto Alegre. Por su parte, los tres mayores afiliados de la IST en Europa, los *Socialist Workers Party* (SWP) de Gran Bretaña, Irlanda y Grecia, han venido desempeñando un importante papel en el desarrollo del movimiento en estos países. En Italia, en cambio, la versión socialista del anticapitalismo la constituye una organización mucho más fuerte, el *Partito della Rifondazione Comunista* (PRC). Fundado por una minoría que rechazaba la conversión del viejo Partido Comunista en una formación de la Tercera Vía, la Izquierda Democrática, el PRC se las arregló para evitar decaer en un reducto estalinista y se mantuvo como un partido de masas con representación parlamentaria y un considerable número de afiliados sindicales. En el verano 2001, el PRC se movilizó fuertemente para las protestas de Génova, participó de forma activa en ellas y se benefició de la posterior radicalización. Su líder, Fausto Bertinotti, dejó claro el apoyo del PRC al movimiento contra el neoliberalismo y la guerra.

Pero si bien estas y otras organizaciones socialistas se han identificado fuertemente con el movimiento anticapitalista y han tomado parte, a veces de manera destacada, en sus protestas, siguen siendo una fuerza minoritaria. La idea de que el socialismo es la alternativa al capitalismo tiene por el momento poca aceptación en el movimiento, al menos en el Norte. Patrick Bond escribió poco antes de Seattle: "Dado el carácter de la crisis (de sobreacumulación), sin duda sería lógico cambiar de un análisis marxista a una estrategia socialista revolucionaria. Pero es tan poca la organización dirigida en esta dirección que el esfuerzo sería vano".[43] La voz socialista se ha hecho más fuerte dentro del movimiento. En la reunión final de los movimientos sociales de Porto Alegre II, el Movimiento de los Sin Tierra (MST) de Brasil, cuya cúpula es de formación maoísta, desplegó una pancarta que decía: "Otro mundo es posible: sólo en el socialismo". No obstante (pese a la entusiasta respuesta que recibió en el momento), esta visión queda muy lejos de ser la dominante entre los anticapitalistas. Corresponde a los socialistas demostrar, a menudo enfrentándose a la hostilidad de las ONG más conservadoras y de los autonomistas, que su concepción del mundo es relevante para este nuevo movimiento, que el socialismo es una alternativa creíble y factible al capitalismo, y que la clase trabajadora organizada es todavía el agente decisivo de la transformación social. El resto de este libro es, entre otras cosas, una contribución a esa tarea.

### **¿Reforma o revolución?**

El movimiento capitalista es indudablemente un movimiento nuevo. No obstante, a medida que se ha ido desarrollando ha tenido que enfrentarse a algunos viejos problemas, problemas que de una forma u otra han tenido que afrontar todos los grandes movimientos de transformación social de los dos últimos siglos. En muchos aspectos, en estos problemas se encuentra implícito el antiguo dilema de reforma o revolución: ¿cuál es el objetivo del movimiento: humanizar gradualmente el sistema o reemplazarlo en su totalidad? Y, si el objetivo es el último, ¿puede alcanzarse sin aquello que Susan George rechaza, esto es, sin tener que derrocar por la fuerza las instituciones del poder capitalista? Por si acaso esto pareciese un diagnóstico impuesto desde fuera del movimiento de acuerdo con un programa anticuado, conviene que consideremos de qué modo esta cuestión afecta implícitamente a una serie de temas más específicos.

### *1. Diálogo*

Los poderes establecidos pueden dar respuesta a los retos que les vienen de abajo por dos vías: represión o incorporación. Dicho de otro modo, pueden sencillamente aplastar un movimiento por el cambio mediante el uso de la fuerza coercitiva y el poder judicial, o pueden, por el contrario, debilitarlo haciendo unas pocas concesiones con el fin de dividirlo, en especial ganándose a los elementos más moderados y aislando a los radicales. Hasta el momento, el movimiento capitalista ha tenido que vérselas con ambos tipos de respuesta. La reacción represiva quedó especialmente manifiesta en la represión policial desplegada durante las protestas de Génova y en la legislación antiterrorista aprobada por Estados Unidos, Gran Bretaña y otros estados líderes tras el 11 de Septiembre, que representa una gravísima amenaza a largo plazo para todos los que participan en la acción directa. Pero, al mismo tiempo, distintas secciones de lo que a groso modo podríamos llamar el establishment capitalista internacional, han hecho intentos por acercarse al movimiento a través del diálogo.

Una de las formas en que se ha manifestado esta intención es en los esfuerzos del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial por entablar conversaciones con sus críticos, tras la avalancha de ataques que cayó sobre las instituciones financieras internacionales (IFI) a finales de la década de 1990. Esta táctica no ha frenado en absoluto el impulso del movimiento anticapitalista; antes al contrario, los debates entre representantes del capitalismo global y del movimiento que se produjeron antes de la reunión general del Fondo Monetario/Banco Mundial de Praga en septiembre de 2000 y en el primer Foro Social Mundial en enero de 2001, sólo consiguieron afianzar en el movimiento la sensación de que sus contrincantes se encuentran en plena bancarrota moral e intelectual. No obstante, un número considerable de las ONG más respetables estaban dispuestas a entablar un diálogo serio con el BM y el FMI para discutir propuestas de reforma. Patrick Bond

ha denunciado lo que llama “una peligrosísima tendencia entre las más conservadoras ... ONG y los grupos ambientalistas –a los que algunos llaman irónicamente ONG cooptadas o Co-ONG– a aceptar acuerdos pragmáticos pero en último término absurdos e indefendibles con el *establishment*”. [44]

Algunos van aún más lejos y denuncian a las “ONG al servicio del imperialismo”. [45] No es necesario aprobar esta especie de condena unánime de todas las ONG para reconocer que muchas de ellas se hallan en una situación muy ambigua. Es ya un tópico conceptualizar las ONG como un elemento clave de la “sociedad civil”. En el discurso democrático liberal, que ganó tanta popularidad en las décadas de 1980 y 1990, esta expresión se utiliza para referirse a organismos e instituciones sociales que ocupan un ámbito distinto al del estado y la economía, y que, en consecuencia, pueden actuar con independencia. [46] Pero independientes es justamente lo que muchas ONG no son. La privatización a gran escala de la ayuda social en la era neoliberal transformó las ONG en agencias para la distribución de fondos estatales. Simultáneamente, la reducción relativa de los presupuestos de ayuda de los países occidentales ha forzado a muchas ONG a competir por donaciones privadas, lo que las ha llevado a seguir estrategias melodramáticas en los medios de comunicación para atraer publicidad. Uno de los resultados de este proceso fue la organización de campañas por ONG como Médicos sin Fronteras en favor de la intervención militar en apoyo de sus operaciones en África y los Balcanes. [47]

Estas complejas relaciones con los gobiernos occidentales han marcado unos claros límites en la capacidad de las principales ONG para participar en campañas en favor de medidas radicales para aliviar la pobreza en el Tercer Mundo. El auténtico grado de dependencia del estado al que han llegado algunas de ellas queda ilustrado por la destreza con que Clare Short, la secretaria de estado para el Desarrollo Internacional de Tony Blair, se ha ganado a las ONG, en ocasiones adulándolas hasta la aquiescencia al decirles lo que querían oír sobre el supuesto compromiso del gobierno con el desarrollo, y en otras cuando osan criticar la política oficial del gobierno, como muchas hicieron con relación al fracaso de la cumbre del G8 en Génova a la hora de confrontar seriamente la pobreza en el Tercer Mundo y respecto al bombardeo de Afganistán por el ejército de Estados Unidos, acusándolas de ser organizaciones de liberales blancos bien intencionados pero estúpidos.

Pese a todo ello, los esfuerzos de las IFI por entablar un diálogo resultaron infructuosos, sobre todo porque el Banco Mundial, en particular, ofreció poco más que las políticas neoliberales de siempre maquilladas con el lenguaje del empowerment. Presentar programas de ajuste estructural bajo el nombre de “estrategias para la reducción de

la pobreza” es absolutamente orwelliano, puesto que lo que éstas en realidad hacen es aumentar la pobreza. Sólo los que querían ser engañados pueden habérselo tragado.<sup>48</sup> Walden Bello, probablemente el pensador estratégico más influyente del movimiento anticapitalista, pronto encontró respaldo cuando sostuvo en un artículo escrito junto con Nicola Bullard, que “una crisis de legitimidad envuelve en la actualidad a las instituciones del gobierno económico global”, para advertir después de la “contraofensiva de las corporaciones” pensada para “relegitimar la globalización”. Para contrarrestarla hay que boicotear los intentos de entablar un diálogo entre las grandes corporaciones y la “sociedad civil”. Además, “ha llegado el momento de iniciar y erigir una campaña para debilitar y dismantelar” a las IFI y “extender la crisis de legitimidad de las instituciones multilaterales de gobierno global al propio motor de la globalización: la corporación transnacional”. Los participantes en la campaña deberían hacer hincapié en “la semejanza entre la mafia y la corporación transnacional”.<sup>[49]</sup>

Intentos de integración más sofisticados han llegado desde otros flancos. La confrontación de Génova de julio de 2001 suscitó reacciones encontradas en los partidos socialdemócratas que por aquel entonces dominaban en la Unión Europea. Como era de esperar, el gobierno de Blair en Gran Bretaña se mostró incansable en su hostilidad hacia los manifestantes. De hecho, el *Financial Times* informaba poco después de la cumbre: “Mr. Blair ha comentado a algunos amigos, que aunque los acontecimientos de Génova eran “inaceptables”, podrían resultar “útiles” para quienes luchan por la causa de la liberalización económica”.<sup>[50]</sup>

Los planes de Blair de lanzar un asalto ideológico contra el movimiento anticapitalista se desviaron tras el 11 de Septiembre y se invirtieron en su enérgica resolución de actuar como embajador mundial de la administración Bush y de su “guerra contra el terrorismo”, mientras su gobierno seguía siendo uno de los menos críticos defensores occidentales del Consenso de Washington.

La respuesta a Génova del primer ministro francés, Lionel Jospin, fue muy distinta: “Francia denuncia la violencia ejercida por una pequeña minoría so pretexto de resaltar los males de la globalización; pero aplaude la aparición de un movimiento de ciudadanos a nivel planetario que desea que una mayoría de los hombres y mujeres compartan los beneficios potenciales de la globalización entre países ricos y países pobres”.<sup>[51]</sup> El colega socialdemócrata de Jospin, el canciller alemán Gerhard Schröder, había adoptado el eslogan *Die neue Mitte* (el nuevo centro) y jugueteaba con la Tercera Vía de Blair, pero en septiembre de 2001 pidió un debate sobre los “puntos débiles” de los mercados financieros internacionales y sobre “cómo podemos reaccionar ante esos flujos financieros especulativos relativamente autónomos”.<sup>[52]</sup> Los

gobiernos francés y alemán, profundizando en la misma línea, convocaron un grupo de trabajo de alto nivel para discutir el control de los mercados financieros internacionales (un movimiento que el *Financial Times* describió como “una pluma más en el sombrero de los manifestantes antiglobalización”).[53] El noviazgo de Jospin con el movimiento anticapitalista no se acabó tras el 11 de Septiembre. Se sucedieron varios encuentros entre líderes de ATTAC y miembros del gabinete del primer ministro y, en noviembre de 2001, la Asamblea Nacional Francesa aprobó una enmienda en apoyo de la Tasa Tobin. Porto Alegre II atrajo una avalancha de políticos franceses, entre ellos Chevènement y seis ministros de Jospin. Henri Weber, un antiguo revolucionario de la generación de 1968 ahora cercano a Laurent Fabius, ministro de finanzas con Jospin y líder de la derecha del Partido Socialista, calificó el FSM de “movimiento social histórico cuya articulación con la izquierda gobernante es fundamental”. [54]

No cabe duda de que esta atención oficial reflejaba el impacto del movimiento anticapitalista. No obstante, no correspondía a ninguna intención firme de parte de los líderes de la socialdemocracia europea de cambiar el rumbo. Pese al cuidado con el que Jospin cultivó al principio su imagen socialista, su gobierno de “izquierda plural” persiguió políticas neoliberales con mucho más éxito que el gobierno conservador que lo precedió. Como señala Philip H. Gordon, de la Brookings Institution: “Jospin, como dirigente de la coalición socialista-comunista-verde supuestamente favorable a una economía estática, en realidad ha privatizado empresas públicas por valor de 240.000 millones de francos (36.400 millones de euros), más que los seis gobiernos anteriores juntos”. [55] Es fácil entender por qué tanto Jospin como Schroder querrían acercarse a un movimiento con una demostrada capacidad de movilización de masas en sus carreras hacia unas elecciones muy competitivas en Francia y Alemania, respectivamente. Reveses como la humillante derrota de Jospin en las elecciones presidenciales de 2002, hacen posible que otros socialdemócratas europeos vayan a hacer esfuerzos aún más denodados por asociarse con la causa antiglobalización. Para el movimiento, el peligro es que al final del proceso se percate de que ha retraído las garras.

## *2. Violencia y estado*

La otra respuesta del *establishment*, la represión, también plantea dificultades para el movimiento anticapitalista. Como ya hemos visto, se ha convertido en un lugar común –especialmente entre los autonomistas– celebrar la estructura dispersa y fragmentada del “movimiento de movimientos”, como una virtud estratégica que le confiere una ventaja frente al poder centralizado de sus contrincantes. Naomi Klein cita con aprobación a Maude Barlow, del Consejo Canadiense: “Nos enfrentamos a una gran mole. Como no podemos

moverla, intentamos pasar por debajo, o por los lados, o por encima de ella”.[56] Pero ¿que ocurre si esa mole –el estado capitalista– no se mantiene humildemente en su sitio dejando que sus contrincantes la rodeen? ¿Y si se defiende de sus agresores? Uno de los episodios más dramáticos de las protestas de Génova se produjo el 20 de julio de 2001, cuando distintos grupos emprendieron acciones directas en toda la ciudad. Los *tute bianche*, que se especializan en tácticas callejeras no violentas, habían declarado la guerra contra el G8 y habían prometido romper la barrera que protegía la Zona Roja donde se desarrollaba la cumbre. Su contingente, con base en el estadio Carlini, fue emboscado por fuerzas masivas de *carabinieri* fuertemente armados. En el curso de las luchas que se produjeron entonces, Carlo Giuliani cayó muerto por una bala disparada por la policía antidisturbios. En una entrevista realizada poco después, el líder de los *tute bianche*, Luca Casarini, dijo:

La policía cargó con violencia. Nosotros respondimos y definiendo nuestra postura como hecho político. No obstante, adoptar una táctica militarista sería para nosotros una locura y un suicidio. En Génova estaban todas las fuerzas del orden, el ejército, los servicios secretos de las ocho naciones más poderosas del planeta, tanto económicamente como militarmente. Nuestro movimiento no puede ponerse a la altura de semejante poder militar. Seríamos aplastados en cuestión de meses ... Hace dos, tres años, discutimos con detenimiento cómo actuar en un conflicto sin que se tornase destructivo. Nuestra técnica era diferente: declarábamos públicamente lo que queríamos hacer, dejando bien claro que si la policía nos atacaba nos defenderíamos sólo con la ayuda de escudos y material protector. Era nuestra regla porque era esencial que creáramos conflicto y consenso acerca de los objetivos que nos marcábamos. En Génova esperábamos que ocurriera mas o menos lo de siempre. Pero nos engañaron ... La policía utilizó armas de fuego, aunque nos habían asegurado que no lo harían. El derecho a manifestarse que el ministro italiano de Asuntos Exteriores Renato Ruggiero había reconocido como inalienable, quedó aplastado bajo las ruedas de los furgones blindados de la policía.[57]

El gobierno de derechas de Silvio Berlusconi había modificado de forma drástica las reglas del juego y, al hacerlo, había llamado la atención hacia una verdad que siempre había recalcado el marxismo clásico: que el estado, en tanto que violencia organizada y concentrada, actúa como la última línea de defensa de las relaciones de propiedad capitalistas. Después de Génova se desarrolló un intenso debate dentro del movimiento anticapitalista sobre la conveniencia de abandonar completamente las protestas masivas por miedo a la violencia que generaban, tanto de la policía como del Bloque Negro (que muchos creían que había sido infiltrado por agentes provocadores).[58] Pero la principal dificultad planteada por Génova se refiere al modo en que el movimiento puede enfrentarse al poder centralizado del estado

capitalista sin reproducir las estructuras jerárquicas y autoritarias que pretende desafiar. El entusiasmo por la fragmentación y la dispersión es de poca ayuda a la hora de afrontar este problema.

### *3. Imperialismo y guerra*

Si Génova desveló la cara interna de la violencia, la guerra en Afganistán expuso su cara externa. El 11 de Septiembre impuso una pausa incluso a los líderes reformistas más militantes. En el debate posterior a Génova del 20-21 de julio de 2001, Bello fue de los que defendieron que el movimiento debía abandonar las calles.[59] No obstante, veía Génova como un “triunfo” casi “echado a perder” por la violencia del Black Block. El 11 de Septiembre había puesto el movimiento a la defensiva, mientras que el exitoso encuentro de la OMC en Doha en noviembre de 2001 demostró que “el otro bando había aprendido”: la “guerra contra el terrorismo” había permitido al *establishment* global forjar un frente unitario y forzar a sus contrincantes a ponerse a la defensiva. El movimiento se había quedado “luchando por recuperar la iniciativa”. [60]

Este análisis no es tanto equivocado –el 11 de Septiembre había desbaratado el activismo norteamericano y Doha había sido indudablemente una victoria para los proponentes de la globalización neoliberal– como parcial. No tiene en cuenta el modo en que, contra el fondo de radicalización que siguió a Génova, la oposición a la guerra en Afganistán y la solidaridad con el pueblo palestino habían promovido una expansión del movimiento en Europa y su evolución hacia un movimiento contra el imperialismo y la guerra, y no sólo contra el capitalismo global. Implícito en el análisis de Bello (compartido por Susan George y otros líderes de ATTAC) hay cierta tendencia a considerar la oposición a la globalización corporativa como una causa distinta del activismo en contra de la guerra y el militarismo. Pero, como ya vimos en el capítulo anterior, estas cuestiones no pueden separarse fácilmente. En trabajos más analíticos Bello ha demostrado una fuerte conciencia de las conexiones entre el imperialismo y la globalización capitalista; es esencial para el futuro del movimiento anticapitalista que esta conciencia influya también sobre la práctica. [61] Quizá la cautela demostrada por los líderes de ATTAC que no trasladaron, o al menos no inmediatamente, su oposición formal a la “guerra contra el terrorismo” a sus acciones de protesta, refleje un propensión reformista más tradicional a tratar la política y la economía como prácticas separadas más que como aspectos de una totalidad integrada. [62]

### *4. Clase y poder*

El ardor guerrero de la administración Bush evidencia aún más el problema planteado por las protestas de Génova. El desafío contra el capitalismo y la guerra que el movimiento representa, lo está abocando

a un conflicto con el poder económico y militar. Sea cual sea la alternativa a estas estructuras que defienda el movimiento, ¿cómo puede enfrentarse a la ingente capacidad de coerción y destrucción que encarnan? La respuesta de los autonomistas equivale en último término a evadir el problema. Toni Negri expone su estrategia política mediante las metáforas de deserción y éxodo:

...cuando hablamos de “deserción” no apelamos a un eslogan negativo. Era negativo cuando la deserción se expresaba simplemente en términos de huelga: cuando el capital y sólo el capital disponía de todos los medios de producción, entonces la huelga, la deserción, sólo podía ser negativa. En la actualidad, cuando alguien deserta, cuando alguien se opone a las relaciones de poder o a los nexos del capital, a las relaciones de poder o a los nexos del conocimiento, a las relaciones de poder o a los nexos del lenguaje, lo hace de un modo enérgico [puissante] produciendo al mismo tiempo que rechaza. Con esta producción -no sólo de subjetividad sino también de bienes materiales- la deserción se transforma en una clave fundamental de la lucha. Deberíamos explorar el mundo de los hackers en busca de un modelo de este tipo. Es una cuestión de modelos o de construcción de redes que operan en el mismo momento de la “sustracción”, o sea en el mismo momento en que uno rechaza o elude la organización capitalista de la producción, la producción capitalista de poder.[63]

No es precisamente una estrategia expuesta con la mayor claridad, pero parece converger con la idea localista de crear redes de producción y distribución alternativas fuera del conjunto dominante de relaciones económicas. El problema obvio de esta estrategia de deserción es que no hace nada para acometer el problema de la enorme concentración de recursos de producción en manos de las clases capitalistas y los estados aliados con ellas. Al fin y al cabo, es precisamente esta distribución altamente desigual lo que intenta desafiar el movimiento anticapitalista, por ser la fuente de tanta injusticia y sufrimiento en el mundo. Además, esta distribución desigual implica que todo intento de desarrollar relaciones económicas alternativas se produzca en términos muy desfavorables y sujeto al peligro permanente de la asimilación. Hay que reconocer el mérito de Colin Hines al afrontar explícitamente este problema cuando defiende la localización como alternativa a la globalización neoliberal:

Las corporaciones transnacionales ... utilizarán todo su poder financiero y político para oponerse a esta forma de localización, ya que erosiona notablemente la base de su poder. No obstante, en el caso de que los movimientos ciudadanos lograsen convencer a grupos poderosos de gobiernos de Europa y América del Norte para que utilicen su poder político para promover los cambios necesarios en las regulaciones comerciales, seguramente descubrirían que subestiman el poder de sus políticos a la hora de regular estas entidades. Los centros de poder de



las empresas internacionales todavía están incrustados a nivel nacional, aunque muchas tengan subsidiarias en todo el mundo. Sus operaciones de control no se encuentran, por tanto, fuera del alcance de los bloques de regulación nacionales y económicos.[64]

La estrategia de Hines es esencialmente la misma que la de los más moderados líderes de ATTAC. Pero nos trae de vuelta al problema planteado antes: ¿de dónde puede venir el poder necesario para arrancar a las naciones-estado de su actual compromiso con las políticas del Consenso de Washington? No es posible responder a esta pregunta sin considerar la estructura social del capitalismo contemporáneo. El movimiento contra la globalización corporativa es ante todo una respuesta a la persistencia, al crecimiento incluso, de las desigualdades estructurales a nivel global y nacional. En el pasado, estas desigualdades fueron conceptualizadas mediante diversas teorías de clases. Pero las graves derrotas infligidas en el Norte durante el último cuarto de siglo a la clase trabajadora organizada, han alentado la creencia de que las sociedades contemporáneas –al menos en el mundo capitalista avanzado– no pueden comprenderse con los conceptos de clase. El postmodernismo ha sido posiblemente el intento más influyente de teorizar esta creencia al presentar un mundo fragmentado en el que unos individuos móviles forman identidades plurales y cambiantes que no están ancladas en relaciones de producción.[65] El concepto de multitud de Hardt y Negri es una suerte de compromiso, un intento de alojar esta temática de la pluralidad y la multiplicidad en un marco que reconozca que distintas subjetividades pueden actuar de manera concertada.

La creencia de que la noción de clase estaba acabada siempre ha sido falsa, y es hora de enterrarla. Por un lado, se acepta generalmente que la riqueza y el poder están cada vez más concentrados en la cima de la jerarquía sociopolítica. Por otro, los procesos de proletarianización que Marx y Engels describían en el *Manifiesto comunista* siguen a escala mundial. De hecho, en la medida en que se ha producido la globalización del capital, el efecto ha sido un aumento del número de asalariados en todo el mundo. Un estudio del Banco Mundial realizado en 1995 estimaba que, de una fuerza laboral no doméstica global de 2.474 millones de personas, 880 eran empleados, mientras que 1.000 millones trabajaban por su cuenta en la agricultura y 480 millones trabajaban por su cuenta en la industria o los servicios.[66] Estas cifras subestiman el número de personas dependientes de un salario, ya que los enormes flujos de migración del campo a las ciudades del Tercer Mundo durante la última generación, reflejan el hecho de que muchos campesinos y muchos actores económicos clasificados como pertenecientes al sector informal, no pueden sobrevivir sin un empleo asalariado temporal o a tiempo parcial.

¿Qué significan estas estadísticas? Para Marx, la importancia de la clase reside en su relación con el poder. El capital no era –insistía– una entidad autosubsistente, sino una relación: los beneficios de los capitalistas se derivaban de la explotación de los asalariados. Esto otorgaba a los trabajadores, cuando se organizaban colectivamente, la capacidad de golpear con fuerza a la clase capitalista si retiraban su fuerza de trabajo y, en consecuencia, cortaban el flujo de plusvalía; pero, según Marx, los trabajadores también poseían la capacidad colectiva y el interés necesarios para derribar las relaciones de producción capitalistas y reemplazarlas con una nueva forma de sociedad en la que no existirían ni clases ni explotación.[67] Es esta conexión declarada entre clase y poder lo que probablemente constituya la principal razón por la que incluso mucha gente formada en la izquierda tradicional, ha dejado de atribuir demasiado significado al análisis de clases: descartan a la clase trabajadora como agente de transformación social.[68]

Como ya he sugerido, este escepticismo responde en buena medida a la relativa marginación de los sindicatos en la economía desde finales de la década de 1970. Pero esta realidad innegable debe ser contextualizada. La derrota sufrida, especialmente por ciertos grupos de vanguardia de trabajadores industriales –por ejemplo los trabajadores de la empresa automovilística Fiat en 1979-1980 y los mineros británicos en 1984-1985– fue parte de un proceso a gran escala de reestructuración, como respuesta a la entrada de la economía en una era de crisis a principios de la década de 1970. Este proceso incluyó reajustes de plantilla radicales en ciertas manufacturas tradicionales e industrias extractivas del Norte, y un desplazamiento de parte de la producción necesitada de mucha mano de obra hacia las áreas más avanzadas del Sur. Pero incluso allí donde la fuerza laboral fabril ha caído en términos absolutos (lo que de ningún modo ha sido una tendencia universal en todas las economías avanzadas), se ha producido asimismo un aumento de la productividad, de manera que la producción por trabajador es mucho mayor hoy que hace tan sólo una generación. Aunque la industria en general ha descendido con relación a los ingresos nacionales, este sector sigue desempeñando un papel económico estratégico, especialmente por lo que respecta al comportamiento y rendimiento de las exportaciones. Entre tanto, la masa de trabajadores de servicios públicos y privados se halla sujeta a las mismas presiones para producir eficientemente que los trabajadores industriales. Las demandas de gobiernos y empresarios de una mayor flexibilidad laboral han creado, es indudable, un clima general de inseguridad, pero no han reducido la mayor parte de la fuerza de trabajo a trabajadores temporales: el 92% de los empleados de Gran Bretaña tenían contratos indefinidos en el año 2000, en comparación con el 88% en 1992.[69] De igual modo, la inversión directa de capital extranjero se ha concentrado, como ya hemos visto, en las partes más

avanzadas del Tercer Mundo: las multinacionales se ven atraídas a las áreas donde puedan encontrar una infraestructura de alta calidad y una fuerza de trabajo bien formada y estable. Estas últimas cualidades, una vez más, confieren a los trabajadores en cuestión una posición económica estratégica que, como la evolución de los movimientos sindicales en el Tercer Mundo demuestra, no han tardado en aprovechar.[70]

Aunque sucinta, esta revisión global de los cambios sociales del último cuarto de siglo sugiere que el problema de la clase trabajadora no es estructural: la clase trabajadora no ha desaparecido simplemente de las relaciones de producción. Se trata más bien de un problema de colectividad, es decir, de en qué medida pueden las categorías heterogéneas de asalariados forjar entre todas un actor colectivo.[71] Golpeada, fragmentada, reducida, la clase trabajadora organizada de las economías avanzadas se ha retirado drásticamente del papel que, segura de sí misma, desempeñaba en el centro de la escena durante las grandes agitaciones sociopolíticas de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970. Como algunos líderes sindicales comienzan a reconocer, la aparición del movimiento anticapitalista proporciona una oportunidad para que la organización sindical pueda pasar a la ofensiva como parte de una coalición mayor contra el neoliberalismo. Al propio tiempo, la participación a gran escala de los sindicatos confiere a las movilizaciones anticapitalistas un peso social que, de otro modo, no tendrían. La presencia de fuerzas sindicales ha sido una característica importante de las principales protestas hasta la fecha: Seattle (noviembre 1999), Québec (abril 2001), Génova (julio 2001), Barcelona (marzo 2002), Sevilla (junio 2002).

El reconocimiento del papel estratégico de la clase trabajadora organizada no tiene por qué representar una amenaza para la muy apreciada diversidad del movimiento anticapitalista. No implica una aceptación de la prioridad moral de las demandas de los trabajadores sobre las de otros grupos oprimidos por el capitalismo global. En sus escritos económicos de madurez, Marx no afirmaba que la clase trabajadora sufriera más que ninguna otra: era perfectamente consciente de que la mayoría de los trabajadores industriales vivían, en conjunto, en mejores condiciones que la mayoría de los campesinos (que son en nuestros días como en los de Marx, el mayor grupo de productores directos del planeta). La demanda de justicia es para que todo el mundo tenga igual acceso a los recursos que necesitan para vivir la vida que merecen: ésta es una demanda basada en la necesidad, no en la contribución productiva.[72] La importancia de la clase trabajadora se deriva de su capacidad para conseguir lo que es justo: como su explotación es esencial para el funcionamiento del capitalismo, posee la capacidad colectiva de perturbar, paralizar y reorganizar la producción y, por tanto, de redirigir la vida económica hacia otro

conjunto de prioridades. Para que los trabajadores comiencen realmente a desempeñar este papel será necesario un cambio drástico en la cultura política de los sindicatos, un cambio que podría implicar el abandono del enfoque que Gramsci llamaba “económico-corporativo”, centrado de forma exclusiva en conseguir mejoras inmediatas en las condiciones materiales de los trabajadores y en perseguir la “asociación social” con un capital con el que los líderes de los sindicatos están, en conjunto, fuertemente comprometidos en detrimento de los intereses de sus miembros. En un aspecto más positivo, los trabajadores tendrían que empezar a considerarse como parte de una comunidad global de oprimidos mucho más amplia que abarca, en el Sur, una cantidad ingente de trabajadores semiproletarizados en las ciudades, de campesinos y de jornaleros. Otra consecuencia nada desdeñable de la participación de los trabajadores en las movilizaciones anticapitalistas tanto en el Primer como en el Tercer Mundo, es que puede ayudar a cultivar ese sentido que tan acertadamente describía el empleado de UPS Doug Sabin, en las protestas de Seattle: “Solía pensar que esos chicos que hablan del medio ambiente eran unos chiflados. Ahora creo que forman parte de ese gran “nosotros” que va a tener que cambiar el mundo”. [73]

También en el lado de los anticapitalistas será necesario realizar algunos ajustes. Kim Moody ha escrito con sensatez sobre “la inmovilidad relativa de la clase trabajadora”, y advierte: “La propia posición respecto a la producción y la acumulación que da a esta clase el poder que tiene para detener la sociedad, la mantiene geográficamente radicada. Su gran número y limitados ingresos les impide desplazarse con rapidez a grandes distancias”. Moody contrasta esto con “la alta movilidad y núcleo mayormente joven del movimiento por la justicia global”, cuyo impacto se debe a “la movilidad de sus activistas, por el mundo y por las calles, y a su audacia táctica”. [74] Este contraste no necesariamente tiene que limitar la capacidad del movimiento. Tony Blair ha denunciado el movimiento anticapitalista acusándolo de ser “un circo ambulante de anarquistas”. Pero en realidad es la élite global de participantes de las cumbres la que debe calificarse de circo ambulante. Las más grandes movilizaciones anticapitalistas han reflejado una especie de dialéctica entre lo local y lo global de tal manera que las redes de activistas ciertamente viajan por el continente, y aun el mundo, pero la mayor parte de los manifestantes proceden de la clase trabajadora local. El movimiento sindical del noroeste de Estados Unidos desempeñó un papel decisivo en las protestas de Seattle; la mayoría de los manifestantes de la ciudad de Québec eran sindicalistas francocanadienses; en Génova eran jóvenes italianos, y en Barcelona, jóvenes y sindicalistas de la ciudad y del resto de Cataluña. De igual modo, el segundo Foro Social Mundial, celebrado en Porto Alegre en febrero de 2002, logró el apoyo sobre todo de jóvenes, de trabajadores y de gentes del campo procedentes de

la propia ciudad y del estado de Rio Grande do Sul. En momentos como estos, el viejo eslogan verde “piensa globalmente, actúa localmente” adquiere verdadero significado.

El estilo político de algunos anticapitalistas puede ser el mayor obstáculo para la participación de los sindicatos. El método de organizarse por medio de grupos de afinidad y la forma de tomar decisiones buscando el consenso tienen por objetivo asegurar la inclusión de todos, pero pueden tener el efecto contrario. Las decisiones basadas en la unanimidad pueden reflejar un auténtico esfuerzo por alcanzar un acuerdo, pero también pueden llevar a que se evite la discusión y se tomen decisiones mediante negociaciones entre bastidores por parte de algunos actores con poder pero sin legitimidad democrática. El resultado puede ser una multitud de protestas organizadas separadamente y con motivaciones distintas que pueden diluir la energía y generar confusión. A menudo, implícito en este estilo organizativo hay una concepción de las protestas como una forma de autorrealización en lugar de una acción política con el propósito de alcanzar unos objetivos concretos. Los aspectos expresivos de las grandes manifestaciones anticapitalistas son sin duda atractivos, pero pueden también conducir a demostraciones de formas de individualismo egocéntrico ocasionalmente peligrosas. La equiparación de la democracia con la autonomía individual que realizan algunos anticapitalistas parece más cercana al liberalismo que a cualquier alternativa basada en la solidaridad. Combinada con la abierta hostilidad contra el sindicalismo que en ocasiones demuestran los autonomistas, puede hacer que los trabajadores normales y corrientes se sientan incómodos. La democracia basada en el principio de mayoría tiene sus puntos débiles (sobre todo, el poder de los grandes batallones para anular la disensión) pero cuando funciona bien estimula la discusión –puesto que el peso del argumento puede realmente cambiar el resultado– y anima a todos los implicados a hacerse responsables de las decisiones que han contribuido a tomar. Estos problemas han sido hasta el momento relativamente poco importantes: el tamaño, juventud y energía de las protestas son una fuerza mucho más atractiva que la repulsión causada por el comportamiento egocéntrico y elitista de unos pocos activistas; pero la evolución del movimiento le obligará a acometer con mucha más seriedad y reflexión que hasta el momento la naturaleza de su propia democracia.

Estas consideraciones son importantes desde un punto de vista estratégico, y no sólo por la relevancia que puedan tener para los principios éticos que defiende el movimiento. Las principales fuerzas políticas implicadas en la revuelta de diciembre de 2001 contra el neoliberalismo en Argentina fueron los parados y lo que de forma poco rigurosa se denomina “clase media” (en su mayoría oficinistas y administrativos de posición acomodada). Las asambleas populares de

vecinos utilizadas como forma principal de organización del levantamiento y de los movimientos de masas fueron ampliamente elogiadas como el principio de un nuevo tipo de democracia directa.[75] Sin embargo no son cuerpos representativos, sino reuniones de activistas. En Argentina, la clase trabajadora organizada sigue estando dominada por las federaciones sindicales encabezadas por peronistas que, debido al compromiso nacionalista de sus dirigentes de aliarse con políticos del *establishment* como Eduardo Duhalde (también peronista), a quien el levantamiento llevó al poder, estuvieron al margen del movimiento popular. Este estado de fragmentación, como ya hemos visto, ha sido bien aceptado por los autonomistas, que lo ven como “la condición para la afirmación de una multiplicidad social” (para el advenimiento de la multitud). Sin embargo, lo más probable es que conduzca a una situación en la que las asambleas populares, carentes del poder para lograr una transformación social fundamental, disminuyan en tamaño y quedan aisladas, lo que permitiría a los neoliberales y a la derecha populista, e incluso quizá a los militares, recuperar la iniciativa.[76] Un movimiento anticapitalista que no se esfuerce por conseguir el apoyo de la mayoría de los trabajadores acabará en fracaso.

##### *5. ¿Una izquierda no ideológica?*

La existencia en el seno del movimiento de tal diversidad de puntos de vista sobre cuestiones complejas es en sí mismo un problema estratégico. Vittorio Agnoletto, por ejemplo, considera esta diversidad razón suficiente para intentar desarrollar lo que él llama una “izquierda no ideológica”: “Nuestro movimiento no concibe el mundo como una pintura clásica que simplemente tenemos que copiar para poder cambiar las cosas ... Si fuéramos ideológicos no seríamos capaces de sostener un movimiento pluralista”. [77] Tras las sospechas de “ideología” que Agnoletto articula se esconden a menudo amargos recuerdos del dogmatismo de las organizaciones tradicionales de la izquierda. Muchos de los activistas de mayor edad son veteranos de los movimientos de las décadas de 1960 y 1970, hartos de vanguardias autoproclamadas “marxistas-leninistas”. La tendencia lógica a privilegiar los movimientos sociales por encima de las organizaciones políticas se ve reflejada en la prohibición de que los partidos políticos tuviesen representación formal en el Foro Social Mundial.[78]

En realidad, esta prohibición fue más seguida en su incumplimiento que en su observancia. La presencia de Foros Municipales y Parlamentarios Mundiales inundó Porto Alegre II de políticos europeos socialdemócratas. Además, resultaba evidente incluso para el más ingenuo de los observadores externos, que en ocasiones el FSM estaba siendo utilizado por el Partido de los Trabajadores brasileño (que gobernaba en Porto Alegre y en Rio Grande do Sul) con fines electorales. Pero mucho más importante que la explotación de los foros

anticapitalistas por políticos electos, es la presencia de corrientes ideológicas bien diferenciadas dentro del propio movimiento. Las distintas tendencias que he descrito más arriba en este mismo capítulo ofrecen a quienes se oponen al neoliberalismo distintos análisis, estrategias y programas. Se trata, en la práctica, de partidos políticos, tanto si se describen a sí mismos de este modo como si no. Agnoletto tiene razón cuando destaca el pluralismo del movimiento anticapitalista, pero esto representa no tanto una falta de ideología como la presencia de ideologías rivales.

Esta tensión entre distintas posiciones se reconoce cada vez de forma más amplia. Michael Hardt, por ejemplo, identifica dos orientaciones principales representadas en Porto Alegre II: lo que yo he llamado anticapitalismo reformista, que contrapone la soberanía nacional al neoliberalismo, y una alternativa “más claramente situada en contra del propio capital, tanto si está regulado por el estado como si no”, y que “se opone a cualquier tipo de solución nacional y busca en su lugar una globalización democrática”. Sin embargo, prosigue Hardt:

Sería un error ... intentar leer la división de acuerdo con el modelo tradicional de conflicto ideológico entre bandos opuestos. La lucha política en la era de los movimientos en red no funciona así. Pese a la fuerza que en apariencia poseen quienes ocuparon el centro de atención y dominaron las representaciones en el Foro, es posible que eventualmente pierdan la batalla ... A su tiempo, también ellos serán barridos por la multitud, que es capaz de transformar todos los elementos fijos y centralizados en tantos otros nodos de una red que se expande de forma indefinida.[79]

Aunque Hardt llama aquí la atención sobre la novedad de los “movimientos en red”, la idea de que los desacuerdos políticos de algún modo acabarán disolviéndose espontáneamente gracias a la lógica de la lucha tiene una larga historia. Fue una idea común, por ejemplo, durante la Segunda Internacional (1889-1914), ya fuera en la versión reformista de Karl Kautsky, ya en la versión revolucionaria defendida por Rosa Luxemburgo. Todas las versiones en la práctica negaban a la política toda especificidad, y en consecuencia tampoco lograban reconocer hasta qué punto el éxito de los movimientos depende de la articulación efectiva de ideologías y de la persecución organizada de estrategias políticas.[80] La sola aparición de los problemas estratégicos resumidos más arriba es demostración suficiente de que el movimiento anticapitalista no está de ningún modo exento de estas verdades ganadas a pulso. Como tampoco la existencia de aproximaciones a estos problemas sistemáticamente distintas es algo que haya que lamentar en particular. Al contrario, es una señal de la evolución del movimiento. La verdadera prueba será mantener en la medida de lo posible su amplia unidad -sobre todo en las distintas movilizaciones y foros que continuamente genera-, al mismo tiempo

que se discuten de manera honesta y abierta las cuestiones de análisis, estrategia y programa que lo divide.[81]

## **Resumen**

- El movimiento anticapitalista no es en absoluto homogéneo ideológicamente, sino que engloba diversas corrientes políticas.
- El anticapitalismo burgués acepta la declaración neoliberal de que el capitalismo de mercado es la solución a los problemas de la humanidad, pero sostiene que debe aprender a responder mejor a las críticas de la “sociedad civil”.
- El anticapitalismo localista intenta desarrollar microrrelaciones entre productores y consumidores que promuevan la justicia social y la autosuficiencia económica y que, por tanto, permitan a los mercados funcionar de manera apropiada.
- El anticapitalismo reformista defiende una vuelta al capitalismo más regulado de principios de la posguerra mediante cambios a nivel internacional (por ejemplo, la Tasa Tobin) que devolverían buena parte del poder económico a las naciones-estado.
- El anticapitalismo autonomista ve en la organización en forma de red descentralizada que caracteriza al movimiento, los recursos estratégicos y éticos de los que puede surgir una alternativa al capitalismo.
- El anticapitalismo socialista (la posición discutida con mayor detalle en el siguiente capítulo) sostiene que la única alternativa al capitalismo coherente con la modernidad es una economía planificada de forma democrática.
- La heterogeneidad ideológica del movimiento anticapitalista queda expresada en una serie de tensiones y debates en los que está implícito el viejo dilema de reforma o revolución: es necesario concebir un marco en el que puedan reconocerse estas diferencias y en el que puedan discutirse sin comprometer la unidad del movimiento

.

## **Notas**

1. Para una exposición favorable de estas ideas, véase R. Sayre y M. Lówy, “Figures of Romantic Anti-Capitalism”, *New German Critique*, 32, 1984. Bastante distinta del populismo racista y autoritario que se discute en esta subsección es la crítica más llanamente conservadora de la globalización que propone, por ejemplo, John Gray. Aunque comparte muchas de las críticas al Consenso de Washington que hacen Soros, Stiglitz y otros, Gray sostiene que el neoliberalismo, al igual que el marxismo, es una modificación del racionalismo ilustrado que busca mejorar una civilización universal: *False Dawn*, Londres, 1999. Edward Luttwak es otro crítico conservador, pero más interesante, de la



globalización: véase, por ejemplo, *Turbo-Capitalism*, Londres, 1999 (Turbocapitalismo, Crítica, Barcelona, 2000).

2. Z. Sternhell, *Ni droite ni gauche*, Bruselas, 2000, p. 138.

3. M. Rupert, *Ideologies of Globalization*, Londres, 2000, p. 95; véase en general *ibid.*, capítulo 5.

4. *Ibid.*, p. 97. No obstante, las ideologías frecuentemente son ambiguas. Como Rupert señala, el populismo antiglobalización puede mostrarse en ocasiones abierto a una crítica más estructural y cosmopolita: *ibid.*, capítulo 6. Uno de los temas principales del estudio de Sternhell es el modo en que el fascismo francés atrajo a sus líderes de entre la izquierda desencantada y cómo éstos, en algunas ocasiones, volvieron a la izquierda: véase al respecto, por ejemplo, *Ni droite ni gauche*, capítulo III, donde se relata el caso de Georges Valois, el ex sindicalista que fundó el primer movimiento fascista en Francia pero murió víctima de los nazis en Belsen.

5. Sternhell, *Ni droite ni gauche*, p. 139.

6. H. A. Turner, Jr., *German Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York, 1985, p. 76.

7. A. Callinicos, "Plumbing the Depths: Marxism and the Holocaust", *The Yale Journal of Criticism*, 14, 2001.

8. K. Marx y F. Engels, *The Communist Manifesto*, Londres, 1998, p. 70 (*Manifiesto comunista*, Crítica, Barcelona, 1998).

9. N. Hertz, *The Silent Takeover*, Londres, 2001, p. 10 (*El poder en la sombra*, Planeta, Barcelona, 2002).

10. N. Hertz, "Trojan Horse at the Feast of Globalization", *Observer*, 10 de febrero de 2002.

11. N. Hertz, *Silent Takeover*, p. 11.

12. *Ibid.*, pp. 188, 204, 212.

13. Estoy en deuda con Sam Ashman por este juicio. Para una crítica de la tesis, véase L. Weiss, *The Myth of the Powerless State*, Cambridge, 1998.

14. R. Cowe, "The Respectable Face of Anti-Capitalism", *Observer*, 6 de mayo de 2001.

15. R. Tomkins, "When Caring is a Good Investment", *Financial Times*, 5 de octubre de 2001.

16. J. Harding, "Feeding the Hands that Bite", 15 de octubre de 2001, [www.specials.ft.com/countercap](http://www.specials.ft.com/countercap).

17. D. James, "Fair Trade, Not Free Trade", en *Globalize This!*, K. Danaher y R. Burbach, eds., Monroe, ME, 2000, p. 189. Véase también D. Ransom, *The No-Nonsense Guide to Fair Trade*, Londres, 2001.

18. C. Hines, *Localization: A Global Manifesto*, Londres, 2000, p. viii.
19. G. Monbiot, "Land, Genes and Justice", *Imprints*, 3:2, 1998-1999, *Captive State*, Londres, 2000.
20. Hines, *Localization*, Parte 3 (cita de la p. 80).
21. K. Marx, *Capital*, 1, Hardmondsworth, 1976, p. 181, n. 4 (*El capital* 1, Folio, Barcelona, 1997). La crítica más detallada de Marx de la economía proudhonista se encuentra en *Grundrisse*, Hardmondsworth, 1973, especialmente pp. 115-116, 239-250.
22. Hines, *Localization*, p. 263.
23. P. Bond, "Their Reforms and Ours", en *Global Finance*, W. Bello et al., eds., Londres, 2000, pp. 66-67.
24. J. Tobin, "Prologue", en *The Tobin Tax*, M. ul Haq et al., eds., Nueva York, 1996, p. xiii.
25. W. Bello, "Reforming the WTO is the Wrong Agenda", en *Globalize This!*, K. Danaher y R. Burbach, eds., Monroe, ME, 2000, pp. 117-118.
26. H. Patomaki, *Democratizing Globalization*, Londres, 2001; las cifras aparecen en la p. 164.
27. K. Malhotra, "Renewing the Governance of the Global Economy", en *Global Finance*, W. Bello et al., eds., p. 59.
28. S. George, "Clusters of Crisis and a Planetary Contract", *Sand in the Wheels*, 21 de noviembre de 2001, [www.attac.org](http://www.attac.org).
29. Por ejemplo, A. MacEwan, "Argentine: The IMF Strikes Back", *ibid.*, 16 de enero de 2002, y J. Brecher et al., "Two, Three, Many Argentinas?", 17 de enero de 2002, [www.villageorpillage.org](http://www.villageorpillage.org).
30. S. George, "Que faire á présent?", texto para el primer Foro Social Mundial, Porto Alegre, 15 de enero de 2001.
31. Para un análisis crítico del pensamiento de Negri que rastrea sus raíces hasta el movimiento autonomista de la década de 1970, véase A. Callinicos, "Toni Negri in Perspective", *International Socialism*, (2) 92, 2001, y, para una historia del marxismo autonomista, S. Wright, *Storming Heaven*, Londres, 2002.
32. El autonomismo se desdibuja en formas más radicales de anarquismo, representado en particular por Michael Albert: por ejemplo, "Anarquismo", en *The Anti-Capitalism: A Guide to the Movement*, E. Bircham y J. Chariton, eds., Londres, 2001. Véase también D. Graeber, "For a New Anarchism", *New Left Review*, (II), 13, 2002.
33. N. Klein, "The Vision Thing", 10 de julio de 2000, *The Nation* (edición on line), [www.thenation.com](http://www.thenation.com).

34. Es objeto de debate si la preocupación por los intereses de los pueblos indígenas era parte central de la estrategia del EZLN desde el principio de su alzamiento en enero de 1994 o si representa una adaptación posterior a un equilibrio desfavorable de fuerzas militares. Para dos valoraciones del EZLN favorables pero críticas, véase J. Mancillas, "The Twilight of the Revolutionaries", y M. González, "The Zapatistas: The Challenges of Revolution in the New Millenium", ambos en *The Zapatista Reader*, T. Hayden, ed., Nueva York, 2002.
35. Subcomandante Marcos, "Of Trees, Crimes, and Odontology", en *ibid.*, p. 267. Véase también el entusista artículo de Naomi Klein sobre Marcos, "The Unknown Icon" en *ibid.*
36. Subcomandante Marcos, "The Fourth World War Has Begun", en *ibid.*, p. 283. Este trabajo fue publicado originalmente en *Le Monde diplomatique*.
37. M. Hardt y A. Negri, *Empire*, Cambridge MA, 2000, p. 133 (Imperio, Paidós Ibérica, Barcelona, 2002). Véanse también, en general, los capítulos 2.2 y 2.3.
38. F. Barchiesi et al., "Porto Alegre 2002: The Work of the Multitude", [multitudes-infos@samizdat.net](mailto:multitudes-infos@samizdat.net).
39. N. Klein, "Masochistic Capitalists", *Guardian*, 15 de febrero de 2002.
40. Discurso pronunciado en el Foro Social Mundial, Porto Alegre, 4 de febrero de 2002.
41. Barchiesi et al., "Porto Alegre 2002".
42. A. Callinicos, *The Anti-Capitalist Movement and the Revolutionary Left*, Londres, 2001, y D. Bensaid, *Les Trotskysmes*, París, 2002.
43. P. Bond, "Their Reforms and Ours", p. 69.
44. *Ibid.*, p. 66.
45. J. Petras y H. Veltmeyer, *Globalization Unmasked*, Halifax, 2001, capítulo 8 (El imperialismo en el siglo XXI: la globalización desenmascarada, Editorial Popular, Madrid, 2002).
46. Véase E. M. Wood, "The Uses and Abuses of "Civil Society", en *Socialist Register* 1990, R. Miliband y L. Panitch, eds., Londres, 1990.
47. Véase la excelente obra de Alex de Waal, *Famine Crimes*, Londres, 1997.
48. Véase Cammack, "Attacking the Poor", *New Left Review* (2) 13, 2002.
49. W. Bello y N. Bullard, "The Global Conjuncture: Characteristics and Challenges", *Focus on the Global South*, marzo 2001, [www.focusweb.org](http://www.focusweb.org).

50. Financial Times, 2 de agosto de 2001.
51. Ibid., 24 de julio de 2001.
52. Ibid., 5 de septiembre de 2001.
53. Ibid., 7 de septiembre de 2001.
54. Le Monde, 5 de febrero de 2002. Véase también el suplemento de ocho páginas dedicado a "L'Autre Monde de Porto Alegre", ibid., 27 de enero de 2002.
55. P. H. Gordon, "Liberté! Fraternité! Anxiety!", Financial Times, 19 de enero de 2002.
56. Klein, "The Vision Thing".
57. Il Manifesto, 3 de agosto de 2001.
58. Véanse las distintas contribuciones al simposio "After Genoa-What Next?", Socialist Review, septiembre de 2001.
59. Véase, por ejemplo, la respuesta del colega de Bello, Nicola Bullard, "Bruised, Shaken but Defiant: Some Reflections on What Happened at Genoa", [www.focusweb.org](http://www.focusweb.org).
60. Discurso pronunciado en el Foro Social Mundial, Porto Alegre, 2 de febrero de 2002. La respuesta inicial de Bello a la guerra en Afganistán puede encontrarse en "The American War of War", diciembre 2001, [www.focusweb.org](http://www.focusweb.org).
61. Véase especialmente W. Bello et al., Dark Victory: The US and Global Poverty, Londres, 1992
62. Para la posición de los movimientos de ATTAC en Europa respecto a la guerra en Afganistán, véase "Contre le terrorisme, la justice e non pas la guerre", 10 de noviembre de 2001, [www.atac.org](http://www.atac.org).
63. T. Negri, "Ruptures dans l'empire, puissance de l'exode", 27 de octubre de 2001, Multitudes, n° 7, [multitudes-infos@samizdat.net](mailto:multitudes-infos@samizdat.net).
64. Hines, Localization, p. 72.
65. Para una crítica, véase A. Callinicos, Against Postmodernism, Cambridge, 1989, capítulo 5.
66. D. Filmer, "Estimating the World at Work", WPS1488, 31 de julio de 1995, [www.worldbank.org](http://www.worldbank.org).
67. A. Callinicos, The Revolutionary Ideas of Karl Marx, Londres, 1983, capítulo 7.
68. Véase, por ejemplo, G. A. Cohen, If You're an Egalitarian, How Come You're so Rich?, Cambridge MA, 2000, especialmente el capítulo 6, y mi reseña crítica de este libro en "Having Your Cake and Eating It", Historical Materialism, 9, 2001.
69. Financial Times, 1 de mayo de 2002.

70. Un análisis mucho más detallado en apoyo de este argumento puede encontrarse en C. Harman, "The Workers of the World", *International Socialism* (2) 96, 2002. El cuidadoso análisis de Erik Olin Wright sobre la estructura de clases en la sociedad norteamericana contemporánea (*Class Counts*, Cambridge, 1997) identifica algunas tendencias que aparentemente contradicen este análisis –en particular, el crecimiento relativamente marcado de las clases medias empresariales y asalariadas en Estados Unidos– por lo que se requiere mayor discusión, aunque, en mi opinión, no invalidan el argumento presentado aquí.
71. Para un tratamiento más extenso de esta distinción entre estructura y colectividad, véase A. Callinicos, *Making History*, Cambridge, 1987, capítulos 4 y 5.
72. Véase la bibliografía discutida en A. Callinicos, *Equality*, Cambridge, 2000, capítulo 3 (*Igualdad*, Siglo XXI, Madrid, 2003).
75. Véase, por ejemplo, M. Hardt, "Today's Bandung?", *New Left Review*, (II) 14, 2002, pp. 115-116.
76. C. Harman, "Argentina: Rebellion at the Sharp End of the World Crisis", *International Socialism*, (2) 94, 2002, y "Argentina After the Revolt: What Next?", *Socialist Worker*, 13 de abril de 2002.
77. Entrevista en *Socialist Worker*, 20 de abril de 2002.
78. "World Social Forum Charter of Principles", § 9, [www.forumsocialmundial.org.br](http://www.forumsocialmundial.org.br).
79. Hardt, "Today's Bandung", pp. 114, 117-118.
80. Pese a todas sus ambigüedades y las apropiaciones indebidas de que fue objeto, el pensamiento de Gramsci sigue constituyendo el más completo conjunto de reflexiones sobre las condiciones políticas e ideológicas de la transformación social: véase *Selections from the Prison Notebooks*, Londres, 1971.
81. Véase A. Callinicos, "Unity in Diversity", *Socialist Review*, abril 2002.

#### **4. IMAGINANDO OTROS MUNDOS**

##### **Valores anticapitalistas**

En las manifestaciones del primero de mayo de 2001 en Londres, un grupo de ciclistas portaba una pancarta que proclamaba "¡Deshagámonos del capitalismo y sustituyámoslo por algo mejor!". El eslogan jugaba con la ironía para llamar la atención sobre la vaguedad

de las concepciones de los anticapitalistas respecto a su alternativa al actual sistema. Capta a la perfección el mezcla de motivaciones que han impulsado el movimiento desde sus orígenes en la década de 1990: un fuerte rechazo de lo que tenemos y una esperanza todavía mal articulada de algo mejor que se podría crear. Cuanto más se intente dar una expresión precisa a esa esperanza, más claramente se verá que ya existen dentro del movimiento anticapitalista varias concepciones de alternativas que compiten entre sí. Raro sería que no fuese de esta forma. En este capítulo defiende una de esas concepciones, a saber, una forma de democracia socialista. Pero antes de entrar en el análisis de esta opción, conviene repasar los criterios que pueden utilizarse para juzgar las alternativas. En concreto, ¿a qué concepciones y principios éticos responden los anticapitalistas?

En mi opinión, toda alternativa al capitalismo en su forma actual debería, en la medida de lo posible, satisfacer, como mínimo, los requisitos de justicia, eficiencia, democracia y sustentabilidad. Tengo a los cuatro por valores esenciales que, al menos en el contexto actual, tienen su propia justificación. Con todo, el contexto conceptual en el que se articula y defiende un valor concreto ayudará a determinar su contenido. Así, si tomamos el que probablemente sea el más controvertido de los cuatro valores, la eficiencia, y lo tratamos como un requisito junto con la justicia, la democracia y la sustentabilidad, le asignaremos un contenido distinto del que tendría en el contexto de valores como, por ejemplo, la libertad individual, la propiedad privada y el crecimiento económico. Esto indica que al reunirse estos valores se limitan entre sí. Por consiguiente pueden aparecer tensiones entre ellos; por ejemplo, ¿hasta qué punto son compatibles la democracia y la eficiencia? Por último, creo que toda alternativa al capitalismo en su forma actual debe satisfacer estos requisitos, con el fin de no evadir la cuestión de si alguna otra versión del sistema económico dominante podría cumplir con su propósito. Consideremos ahora cada uno de estos valores.

En principio parece innegable que el movimiento contra la globalización capitalista hace suyo el compromiso de alcanzar la justicia. De hecho, uno de sus nombres alternativos es “movimiento por la justicia global”. Examinemos brevemente el contenido y alcance de la justicia. Gozamos hoy de una mejor comprensión de lo que significa y demanda la justicia gracias al esfuerzo de la última generación de filósofos liberales igualitarios, como John Rawls, Ronald Dworkin y Amartya Sen. Como ya he discutido en otro trabajo, estos autores han formulado principios de justicia que implícitamente desafían la lógica del sistema capitalista (aunque Rawls, Dworkin y Sen creen en principio que sus ideas son coherentes con alguna versión del capitalismo, o que incluso pueden requerirla).[1] Como es natural entre filósofos, existen muchas diferencias acerca de la formulación correcta de los principios

igualitarios de la justicia. No obstante, se da una convergencia notable en torno a la idea de que los individuos deberían tener a su disposición los recursos necesarios para acceder de modo igualitario a las ventajas que les proporcionen una vida digna y que las libertades deberían estar distribuidas con equidad. Conviene asimismo que prestemos atención a los argumentos que G. A. Cohen ha presentado especialmente contra Rawls, en el sentido de que una sociedad justa requiere algo más que una estructura social justa: requiere también un *ethos* social que incite a los individuos a comportarse con justicia los unos con los otros. Esto es importante porque recalca el valor de la solidaridad, algo que los anticapitalistas intentan demostrar con su forma de organización, al tiempo que critican al capitalismo por carecer de ella.[2]

De modo que la justicia abarca *libertad, igualdad y solidaridad*. Además tiene una extensión literalmente global. Pero ésta es una cuestión controvertida entre los liberales igualitarios. Rawls, por ejemplo, formuló sus principios de justicia en el contexto de la nación-estado y se ha resistido a extender su Principio de Diferencia (que establece que las desigualdades sociales y económicas sólo pueden tolerarse cuando benefician a los más desfavorecidos) a todo el mundo.[3] Esto parece perverso. En primer lugar, una de las motivaciones más fuertes que se encuentran tras una concepción igualitaria de la justicia es el deseo de corregir en la medida que se pueda los efectos de lo que Dworkin llama “mala suerte bruta”, en otras palabras, las contingencias de las que los individuos no son responsables pero que pueden limitar gravemente sus oportunidades de vida.[4] La distribución global de los recursos naturales es sin duda un ejemplo particularmente importante de estas contingencias, pero éstas no son sólo el producto de procesos físicos. El calentamiento global probablemente afecte a la gente del Sur de forma severa, aunque la generación de gases invernadero se encuentra fuertemente concentrada en el Norte: el 25% de la población mundial, que vive en el Norte, consume más del 70% de la energía comercial del mundo.[5] En segundo lugar, aunque uno rechace las afirmaciones más extremas acerca de la globalización, durante las últimas décadas se ha producido un considerable aumento de la interdependencia económica internacional, que ha caracterizado especialmente al capitalismo desde la formación de la moderna economía mundial. Si vivimos en un solo mundo, como se nos recuerda todos los días, entonces los principios normativos que gobiernan nuestra convivencia deberían operar a nivel global. Como Charles Beitz ha argumentado, “los principios de justicia distributiva se aplican ahora en primera instancia al mundo en su totalidad, y seguidamente a las naciones-estado”.[6] En la actualidad, la justicia sólo puede ser cosmopolita.[7]

La eficiencia es el segundo requisito que toda alternativa al capitalismo en su forma actual debe cumplir. Puede parecer que esté de más. Es verdad que no se trata de uno de los valores a los que usualmente

apelan los anticapitalistas, y no es difícil comprender por qué. Una de las principales justificaciones del capitalismo es la superior eficiencia económica que se supone posee. Además, otras discusiones teóricas revelan un compromiso entre justicia y eficiencia. Así, a menudo se afirma (incluso por liberales igualitarios como Rawls) que una distribución igualitaria de los recursos podría privar a las personas con talento del incentivo para utilizar su capacidad al máximo y, por tanto, para producir con la mayor eficiencia posible. Estas afirmaciones son discutibles: como ya hemos visto, Cohen sostiene que en una sociedad igualitaria habría individuos con motivaciones justas hacia su prójimo en lugar de utilizar sus recursos para aprovecharse de los otros.[8] Además, cuando la eficiencia se discute en un contexto político, tiende a hacerse más o menos explícitamente en términos que permiten que los mecanismos del capitalismo de mercado impongan los criterios de éxito: los costes que cuentan son los reflejados en el sistema de precios y la vara de medir es el beneficio respecto ese coste. Que estas medidas son inadecuadas es algo que se ha hecho cada vez más evidente durante las últimas décadas con el aumento de la conciencia ecológica: los precios de mercado no reflejan los costes generados por el agotamiento de los recursos finitos o las consecuencias de métodos de producción que contaminan el ambiente.

Todas estas objeciones son, en mi opinión, completamente válidas. Ahora bien, incluso cuando se tienen en cuenta las demandas de sustentabilidad, sigue siendo legítimo preguntarse hasta qué punto un sistema económico utiliza bien los recursos de que dispone, es decir, los recursos proporcionados por el ambiente, las capacidades naturales y adquiridas de las personas de cuya actividad depende la reproducción del sistema, y las reservas de activos físicos que estas actividades hayan producido. Este es un requisito importante porque las necesidades humanas son flexibles y complejas, y han crecido con el desarrollo de la capacidad productiva humana. Puede ser que el desarrollo sostenible se demuestre al fin incompatible con todas las necesidades que los humanos hemos desarrollado durante los dos últimos siglos de capitalismo industrial. Si esto es así o no, todavía es una cuestión que permanece abierta, y volveremos a ella más adelante. No obstante, adelantaré que a mi parecer, a igualdad de condiciones, es preferible un sistema económico que sea capaz de sustentar un abanico de necesidades más amplio que cualquiera de las alternativas. Cuanto mayor sea la capacidad productiva del sistema mayor será el abanico de opciones abiertas a todas las personas, más amplias las posibilidades abiertas a los individuos y comunidades para que puedan vivir las distintas vidas que el movimiento anticapitalista tanto valora. El capitalismo ha aumentado enormemente la capacidad productiva de la humanidad, pero al precio de una enorme desigualdad en la distribución de las oportunidades así creadas y de la destrucción de la diversidad tanto biológica como social. La respuesta correcta a esta



experiencia no es la imposición de una vuelta a una forma de sociedad supuestamente más sencilla, sustentada por un nivel menor de productividad que permita un abanico más estrecho de opciones. La conclusión correcta es que debemos preferir un sistema económico que sustente la mayor expansión de la capacidad humana de producción –en el tiempo, y no sólo en un momento concreto– y que sea coherente con los requisitos de justicia, democracia y sustentabilidad. En este sentido, la eficiencia importa.[9]

El tercer requisito, la democracia, es en principio mucho menos problemático. Uno de los principales blancos del movimiento anticapitalista ha sido la eficaz dictadura económica instaurada por la acción combinada de las corporaciones multinacionales, los mercados financieros, las instituciones financieras internacionales y los principales estados capitalistas. El remedio ante tal concentración de poder –que no tiene que dar cuentas a nadie– podría ser la expansión de la democracia. Pero ¿una expansión en qué sentido? Tres son los temas que sugieren los análisis críticos: la necesidad de revitalizar la democracia liberal existente, con sus electorados pasivos y atomizados, y sus políticos obsesionados en mantener la aprobación de los imperios mediáticos corporativos y el flujo continuo de donaciones de las empresas; la demanda de la democratización de la economía; y la preferencia por la descentralización del poder. Todavía no tenemos un desarrollo teórico profundo sobre el modo en que podrían implementarse institucionalmente estas y otras aspiraciones. Lo que sí tenemos, como ya he hecho notar en el capítulo anterior, es una tensión respecto a cómo debe organizarse el propio movimiento entre los deseos de expresión personal de algunos activistas y la necesidad de ser tan incluyentes como sea posible. Una de las cuestiones implícitas en todo esto es la relación entre la democracia directa y la representativa. Pero éstas son cuestiones muy amplias; aquí me centraré en el problema de cómo extender la democracia a la economía.

El último requisito, la sustentabilidad, tampoco necesita grandes argumentaciones para defender su inclusión. Desde Seattle, la destrucción ambiental propiciada por el capitalismo global ha sido uno de los temas principales de las protestas. John Bellamy Foster sugiere que el desarrollo sostenible implica las siguientes condiciones: “(1) la tasa de utilización de los recursos renovables debe reducirse hasta igualar su tasa de regeneración; (2) la tasa de utilización de los recursos no renovables no puede superar la tasa de desarrollo de recursos sostenibles alternativos; y (3) la contaminación y la destrucción de hábitats no pueden superar la “capacidad asimiladora del ambiente””. [10] Como es obvio, el desarrollo actual, juzgado con estos criterios, es todo menos sostenible. Probablemente lo más importante desde el punto de vista de un sistema económico alternativo, sea la serie de pasos necesarios para contrarrestar el

calentamiento global. Estabilizar la proporción de dióxido de carbono en la atmósfera a niveles que no produzcan un grave cambio climático, exige recortes drásticos en las emisiones globales con respecto a los niveles de 1990 (quizá hasta un 70% para alcanzar las concentraciones atmosféricas preindustriales de dióxido de carbono, de 280 partes por millón) y el sacrificio de no utilizar un 75% de las reservas de combustibles fósiles económicamente viables que se conocen. El impacto de estos cambios sobre la capacidad productiva y el nivel de vida dependerá de la presteza con la que se implementen a gran escala las tecnologías ya conocidas para la utilización de fuentes limpias y renovables de energía, como la solar y eólica, la derivada de la biomasa y los combustibles de hidrógeno.[11] A primera vista, pues, la revolución energética no nos obligaría, a largo plazo, a aceptar el modelo de sociedad de bajo consumo que piden algunos verdes (si bien es difícil estimar los costes de la transición en términos de un nivel de vida más bajo). Ahora bien, es difícil imaginar de qué modo se puede producir esta revolución en un marco capitalista. No es sólo que el actual sistema económico actúe como un tiburón, por usar la analogía propuesta por John McNeill (véase el primer capítulo), puesto que depende de la presencia de un estrecho margen de condiciones como un clima estable, agua y energía baratas, sino que sus propios procesos están destrozando esas mismas condiciones y forzándonos a buscar un nuevo modo de vida.

### **Una nota sobre la diversidad**

Los cuatro valores requeridos –justicia, eficiencia, democracia y sustentabilidad– se han presentado en la sección anterior como si las razones para aceptarlos fuesen universalmente válidas. Esto parece en principio contradecir la prioridad atribuida por buena parte del movimiento anticapitalista a la diferencia y la diversidad, una actitud que Marcos ha expresado de forma convincente: “Es necesario construir otro mundo. Un mundo en el que haya lugar para muchos mundos. Un mundo capaz de contener otros mundos”. [12] El trasfondo de este tipo de afirmaciones es el surgimiento durante la última generación de movimientos de protesta contra distintas formas de opresión: el género, la raza, la nacionalidad, la orientación sexual y la discapacidad. Durante la década de 1980 esta conciencia de la diferencia se consolidó en políticas de la identidad –es decir, en la creencia de que la posesión de una identidad particular había reemplazado a todas las demás bases de acción colectiva– que a menudo se justificaban apelando a alguna forma de relativismo cultural según el cual los principios aparentemente universales no son más que racionalizaciones de la perspectiva de algún grupo concreto. De este modo, la política queda reducida a un choque de particularismos rivales.[13] Para trascender las políticas de la identidad, el movimiento anticapitalista ha intentado forjar una nueva forma de

internacionalismo. Pero, en un proceso típicamente hegeliano, esta trascendencia he requerido la incorporación de buena parte del contenido de las políticas de la identidad, que han quedado situadas ahora en lo que es, a todos los efectos, un contexto universal. El énfasis en la diversidad interna del movimiento es más que una ayuda pragmática a la hora de formar coaliciones: es un valor positivamente afirmado que se ve reflejado de forma especial en las condenas de la destrucción de las culturas no europeas por el colonialismo y el capitalismo. Ésta es la razón por la que los zapatistas han calado tan hondo en los sentimientos de los anticapitalistas con su defensa de los derechos de los pueblos indígenas.[14]

Todo esto está muy bien, pero a veces viene acompañado de un cierto grado de incomodidad a la hora de formular explícitamente afirmaciones universales: los activistas, por ejemplo, prefieren hablar de la "transversalidad" del movimiento, como si al hacer hincapié en las redes horizontales en las que participan evitaran cualquier acusación de imponer una jerarquía intelectual sobre los demás. Este tipo de actitud a la defensiva es innecesaria. Construir un movimiento global contra el capitalismo global es, por su propia naturaleza, un llamamiento universal. Documentos como la "Convocatoria de los Movimientos Sociales" publicada en Porto Alegre II no tienen un destinatario específico. Hablar, como hace Marcos, de "un mundo en el que haya lugar para muchos mundos" es buscar un marco universal en el que pueda florecer la diversidad. Bien entendida, la concepción igualitaria de la justicia no consiste en la imposición de la uniformidad, sino en dar a todo el mundo la misma oportunidad de vivir la vida que cada cual -como individuo específico, con un conjunto particular de capacidades, un desarrollo vital, un trasfondo cultural y unas necesidades determinadas- tiene razones para valorar. La igualdad y la diferencia no son valores contrapuestos sino interdependientes.[15] Es obvio que no todas las formas de vida son coherentes con la justicia igualitaria, que entra en conflicto con las relaciones sociales basadas en la jerarquía, la autoridad o la explotación. Sin embargo es erróneo creer que los principios universalmente válidos necesariamente exigen un consentimiento universal. La experiencia histórica lleva a pensar que las demandas de justicia dividen más de lo que unen. Pero esto no significa que no sean válidas. El movimiento anticapitalista no debe tener miedo a afirmar principios universales.

### **¿Qué anda mal con el mercado?**

Posiblemente la pregunta más importante que deba plantearse cuando se consideran las alternativas al capitalismo en su forma actual, es si existe alguna versión de la economía de mercado que pueda satisfacer las demandas de justicia, eficiencia, democracia y sostenibilidad. Amartya Sen hace una seductora defensa del mercado:

Mostrarse en general en contra del mercado sería un poco como mostrarse en general en contra de todas las conversaciones entre personas (aunque algunas conversaciones sean claramente viles y causen problemas a otros, o incluso a los propios conversadores). La libertad de intercambiar palabras, o bienes, o regalos no necesita ninguna justificación a la defensiva en términos de sus efectos favorables pero distantes; forma parte de la manera en que los seres humanos viven en sociedad e interactúan entre sí (salvo que se vean impedidos por normas o leyes). La contribución del mecanismo de mercado al crecimiento económico es, por supuesto, importante, pero sólo se hace relevante una vez que el significado directo de la libertad de intercambio –de palabras, bienes, regalos– haya sido reconocido.[16]

Sen basa su defensa del mercado en su conexión con la libertad: equipara así esta forma de economía al derecho a realizar transacciones económicas voluntarias. Cita el apoyo de Marx al Norte en la Guerra de Secesión de Estados Unidos, como ejemplo de que conquistar el derecho a participar en el mercado –en este caso, el derecho de los esclavos negros a convertirse en asalariados– representa una liberación del trabajo forzado.[17] Pero Sen en cierto modo le está dando la vuelta al argumento. Por supuesto que Marx consideraba el capitalismo, en el que los trabajadores poseen la libertad de participar en el mercado laboral en términos de igualdad legal y política con respecto a los empresarios, como un sistema económico superior a otros, como la esclavitud o el feudalismo, en los que los productores directos se encuentran físicamente obligados a trabajar para sus explotadores. Pero también sostenía que la imposibilidad de los trabajadores de acceder a los recursos de producción, salvo su propia fuerza de trabajo, hace que se vean obligados a trabajar para el capitalista en condiciones de explotación. Y así, apenas una página después de vitorear la emancipación de los esclavos americanos, Marx escribe que, en el momento en que el asalariado firmaba el contrato de trabajo, “descubría que no era ningún “agente libre”, que el periodo de tiempo por el que es libre de vender su fuerza de trabajo es el periodo de tiempo por el que se ve forzado a venderla, que en realidad el vampiro no le dejará escapar “mientras quede un solo músculo, nervio o gota de sangre por explotar””.[18] En el capitalismo conviven la libertad formal y la falta de libertad real.

Con más gravedad, Sen asevera que, de hecho, “el derecho a interactuar económicamente con otros” debe hallar expresión en una economía de mercado.[19] Esto hace que la restricción –y no digamos ya la abolición– de los mecanismos del mercado sea necesariamente una violación de los derechos humanos. La comparación de los intercambios de mercado con la conversación tiene además el efecto (familiar en las defensas del capitalismo) de naturalizar el mercado. La sociedad humana es inimaginable sin el lenguaje; si los mercados

fuesen igualmente fundamentales, restringirlos o abolirlos supondría una amenaza para el propio funcionamiento de las sociedades humanas. Pero Sen hace caso omiso de algunas distinciones importantes. Hay mercados y mercados. Karl Polanyi, en su estudio clásico *The Great Transformation* (1944), argumenta que en el curso de la larga historia humana las prácticas económicas se han ido incorporando a relaciones sociales más generales, y han pasado a ser reguladas de acuerdo con uno o más de los siguientes principios: reciprocidad, redistribución y producción doméstica (es decir, producción para uso personal). Cuando existían mercados, era en forma de comercio local (ferias, días de mercado y eventos similares) y comercio a larga distancia:

tanto el comercio exterior como el comercio local se definen con relación a la distancia geográfica, estando éste confinado a los bienes que no pueden superarla y aquél a los que sí pueden. El comercio de este tipo debe considerarse complementario. El intercambio local entre los pueblos y las ciudades, y el comercio exterior entre zonas climáticas distintas se basan en este principio. Este tipo de comercio no implica necesariamente la competencia.[20]

Estos tipos de mercado estaban subordinados a mecanismos sociales más amplios. El desarrollo de una economía de mercado requería de un lado que los mercados se emanciparan de este contexto más amplio que restringía su funcionamiento y, de otro, que se extendieran radicalmente:

Una economía de mercado es un sistema económico controlado, regulado y dirigido sólo por los mercados; la ordenación de la producción y distribución de los bienes se confía a este mecanismo autorregulado ... La autorregulación implica que toda la producción sea para su venta en el mercado y que todos los ingresos se deriven de esas ventas. En consecuencia, hay mercados para todos los elementos de la industria, no sólo para los bienes (que siempre incluyen los servicios), sino también para el trabajo, la tierra y el dinero, cuyos precios son, respectivamente, los precios de las mercancías, los salarios, las rentas y los intereses.[21]

La tierra, el trabajo y el dinero son, según Polanyi, “mercancías ficticias”: no son artículos movibles y susceptibles de ser comprados y vendidos de forma natural. La intervención concertada de los estados se hizo necesaria para reorganizar la sociedad sobre la base de mercados para la tierra, el trabajo y el dinero (Polanyi ve en la Nueva Ley de los Pobres de 1834 en Inglaterra, un paso importante en este proceso), así como para limitar y controlar los efectos potencialmente destructivos del mercado una vez transformado en un sistema autorregulado. A juicio de Polanyi, la historia europea del siglo XIX es la historia de la lucha entre dos principios: el “liberalismo económico” (cuyos “tres dogmas fundamentales” eran “un mercado laboral, el patrón oro y el comercio libre”) y la “protección social”, que

representan, respectivamente, el impulso de “las clases comerciantes” por extender el imperio del mercado y la lucha de “las clases trabajadoras y los terratenientes” por restringirlo.[22]

Polanyi ofrece una útil perspectiva histórica del neoliberalismo contemporáneo: el empeño político por reconstruir las sociedades de acuerdo con los principios establecidos por el Consenso de Washington, guarda una marcada semejanza con el empeño de los liberales victorianos por preparar a la sociedad británica para el *laissez-faire*. Las distinciones que establece entre los distintos tipos de mercado nos permiten también reformular la cuestión en los términos en que la plantea Sen. Lo que debemos establecer no es si hay algo inherentemente erróneo en el hecho de que las personas intercambien voluntariamente bienes o servicios, sino si existe una economía de mercado en el sentido de Polanyi, que es equivalente al modo en que Marx entendía el capitalismo (es decir, como un sistema económico autorregulado en el que se producen tantos bienes y servicios como sea posible para su venta en el mercado, y en el que existen mercados para la tierra, el trabajo y el dinero), que sea coherente con una sociedad justa y digna.

Cuesta ver de qué modo podría ser así. Consideremos los cuatro requisitos que hemos establecido más arriba. En primer lugar, una economía de mercado viola el requisito de justicia. Bajo el capitalismo, los individuos no gozan del mismo acceso a las ventajas. No sólo son tremendamente desiguales el acceso a los recursos de producción y la distribución de la riqueza y los ingresos, sino que las oportunidades que se presentan a los individuos durante su vida se ven enormemente afectadas, para bien o para mal, por procesos que caen fuera de su control, en particular las fluctuaciones del mercado. Basta con pensar en las fortunas creadas, pero también en las vidas destruidas, por los auges y debacles de la era neoliberal. No es de extrañar que Friedrich von Hayek, probablemente el más sofisticado defensor del capitalismo, se opusiera con vehemencia a apelar a ninguna concepción de justicia social al evaluar los méritos relativos de los sistemas económicos.[23] En segundo lugar, las concentraciones de poder económico que genera el capitalismo restringen seriamente el alcance de la democracia, puesto que la mayoría de los ciudadanos están privados de voz y voto en muchas de las decisiones que afectan a sus vidas. Además, los mecanismos democráticos existentes se encuentran gravemente comprometidos por la corrupción de los procesos políticos por influencia de las corporaciones y por las graves sanciones (por ejemplo, la fuga de divisas) que sufren los gobiernos que siguen políticas que los mercados consideran hostiles. En tercer lugar, el vuelo a ciegas del capitalismo, impelido por los procesos de acumulación competitiva que he analizado en el primer capítulo, ha producido una forma de

desarrollo económico que es a todas luces insostenible desde un punto de vista ecológico.[24]

Es necesario introducir consideraciones de eficiencia económica para que la causa en favor del capitalismo comience a parecer robusta (evito la cuestión de cómo tomar en consideración los costes ambientales a fin de darle al capitalismo un tratamiento más ventajoso que el que de otro modo recibiría). La caída de la Unión Soviética y de la mayoría de las otras sociedades estalinistas a finales de la década de 1980, ha llevado a muchos partidarios de la izquierda a aceptar el argumento –formulado con especial exaltación por Hayek– de que una economía de mercado es necesariamente superior a cualquier otra forma de planificación socialista a la hora de asignar recursos.[25] Centraré mi atención en este argumento en la siguiente sección. Por el momento me gustaría examinar dos soluciones de compromiso que intentan conservar el mercado pero restringir su funcionamiento a fin de cumplir mejor con los requisitos que, en mi opinión, establecen los anticapitalistas. La primera de ellas es el socialismo de mercado, un sistema económico hipotético que ha hallado el favor de muchos filósofos y economistas de izquierda, aunque, por lo que yo sé, sus escritos no hayan tenido eco en el movimiento anticapitalista.[26] En esencia, la idea es acabar con la explotación capitalista (el intercambio aparentemente voluntario pero en realidad desigual entre el capitalista y el trabajador, que depende de que este último carezca de una alternativa mejor que la de trabajar para el capitalista) pero conservar el mercado. Las empresas podrían, por ejemplo, ser gestionadas por cooperativas de trabajadores que compitan para vender sus productos en el mercado.

Debe advertirse de entrada que el socialismo de mercado no acabaría con todas las fuentes de injusticia, ya que los individuos seguirían beneficiándose o sufriendo a causa de factores de los que no serían responsables (la distribución de los talentos, por ejemplo, daría a algunos actores económicos un mayor poder comercial que a otros).[27] Pero una cuestión más inminente es si el socialismo de mercado puede constituirse en una alternativa estable al capitalismo. Me permito dudarlo. En un proceso competitivo, los actores económicos buscan frente a sus rivales la ventaja –por ejemplo, mediante innovaciones que ayuden a reducir los costes– que les permita obtener beneficios por encima de la media. Estas ventajas son a menudo acumulativas: el superávit permite al innovador continuar con la inversión para producir nuevas innovaciones que cada vez hagan mayor la distancia que lo separa de sus rivales. De este modo, la competencia puede aumentar las desigualdades en lugar de suavizarlas. Al mismo tiempo, la presión competitiva puede generar desigualdades dentro de empresas individuales: el esfuerzo por incrementar la productividad y reducir costes puede favorecer el desarrollo de jerarquías de gestión que quebranten el carácter supuestamente cooperativo de la producción.

Dicho de otro modo, el socialismo de mercado es siempre susceptible de caer de nuevo en el capitalismo de mercado. En la medida en que los esquemas de socialismo de mercado proponen salvaguardas institucionales para luchar contra esa tendencia, se alejan del concepto de economía de mercado en el sentido de Polanyi.[28]

El segundo tipo de compromiso entre el mercado y las demandas de justicia, democracia y sustentabilidad es, simplemente, una forma más regulada de capitalismo que el modelo angloamericano de *laissez-faire* que promueve el Consenso de Washington. Will Hutton, por ejemplo, propone de forma sugestiva el “capitalismo de accionistas”, un modelo rival que, siguiendo los ejemplos de Alemania y Japón durante la posguerra, regula los mercados con el fin de mantener la estabilidad económica y la armonía social.[29] Como ya hemos visto en el capítulo anterior, el ala reformista del movimiento anticapitalista defiende un modelo de capitalismo regulado mediante el fortalecimiento de la soberanía nacional y una mayor cooperación internacional. Polanyi ofrece una perspectiva a más largo plazo de este tipo de propuesta: sostiene que las consecuencias desastrosas del liberalismo económico – manifestadas con especial crudeza durante la Gran Depresión de la década de 1930– generaron una reacción en forma de diferentes movimientos políticos, especialmente el socialismo y el fascismo, “bajo los cuales el sistema económico deja de establecer la ley en la sociedad y la primacía de la sociedad sobre el sistema queda asegurada”. [30] Podemos considerar la experiencia reciente como una vuelta más en el mismo ciclo histórico, de tal modo que el empeño neoliberal por dismantelar las restricciones impuestas sobre los mercados autorregulados entre la década de 1930 y la de 1960, ha hecho aumentar el esfuerzo por construir nuevas formas de regulación en interés de la protección social.

Hay al menos dos tipos de pregunta que deben plantearse cuando se considera la viabilidad de formas alternativas de capitalismo. El primero se refiere a la compatibilidad de estos modelos con la fase actual de desarrollo capitalista. La integración global de mercados financieros que impone la maximización del “valor de las acciones” ha ayudado a socavar el funcionamiento de los capitalismos de accionistas en Europa continental y en Japón, y ha instado a realizar reformas que los acercan más al modelo anglosajón.[31] Esto no quiere decir que sea imposible para los gobiernos nacionales desafiar el Consenso de Washington, como Leo Panitch sugiere cuando hace la extraña afirmación de que: “Ningún estado, por supuesto, puede introducir controles de capital (salvo el estadounidense)”. [32] El hecho de que China poseyera controles de capital le permitió esquivar la crisis financiera de Asia de 1997-1998 con relativa facilidad.[33] Conviene no subestimar las capacidades que todavía poseen las naciones-estado. Pese a todo ello, cualquier desafío nacional se encontraría pronto



enfrentado a una constelación de fuerzas sociales extraordinariamente poderosa, integrada en las estructuras globalizadas de finanzas e inversión transnacional y respaldada por EE.UU. y otros destacados estados capitalistas. Se hace difícil imaginar de qué forma un desafío a este sistema puede saldarse con éxito si no es como parte de un movimiento internacional y acompañado de tremendas agitaciones. Al fin y al cabo, el capitalismo relativamente humano (al menos en Occidente) de la era keynesiana, fue el producto de dos guerras mundiales, la revolución rusa y el subsiguiente estalinismo, la mayor depresión económica de la historia del capitalismo, y el fascismo.

Pero, en segundo lugar, supongamos que una versión internacional del reformismo lograra de algún modo triunfar y que, en consecuencia, el mundo entrara en una nueva era de capitalismo regulado. Sólo un loco negaría que unas versiones de capitalismo son más humanas y justas que otras. Si se toman en cuenta los niveles de referencia realmente bajos definidos por los últimos milenios de sociedades de clases, durante las décadas de 1950 y 1960 los capitalismos liberales de Europa occidental y América del Norte, pese a todas sus injusticias e irracionalidades, ofrecían a la mayoría de sus ciudadanos más pobres unas condiciones de vida mucho mejores de lo que nadie hubiese podido imaginar siquiera a principios del siglo XX (aunque para ello hubiese que pagar el precio del constante peligro de destrucción nuclear durante la Guerra fría).[34] Pero este estado de cosas demostró no ser estable. Enfrentadas a las crisis de rentabilidad de la década de 1960, las principales clases capitalistas comenzaron a prescindir de las restricciones que no les habían parecido tan onerosas durante la era de grandes beneficios y rápido crecimiento que siguió a la Segunda Guerra Mundial. El resultado ha sido, en el Norte, el dismantelamiento parcial de los sistemas de protección social que habían ayudado a civilizar el capitalismo y, en el Sur, el impulso por restablecer un capitalismo mucho más despiadado y explotador, dos procesos que no tienen visos de haber finalizado. Quizá lográsemos, con un enorme esfuerzo, imponer nuevamente restricciones que ayuden a civilizar el capitalismo. Pero ¿sería estable esta solución? Parece existir una tensión inherente entre las características esenciales del capitalismo –es decir, su dependencia de la explotación de asalariados y su dinámica de acumulación competitiva– y las estructuras institucionales que, a consecuencia de conflictos sociales y de compromisos entre clases, imponen restricciones sobre el capitalismo. En lugar de continuar con este vaivén entre la liberación de las tendencias más destructivas del capitalismo y su contención parcial, ¿no sería mejor reemplazar el capitalismo con “algo mejor”?[35]

### **Por qué necesitamos planificar**

La planificación socialista suele considerarse una idea cuyo tiempo ya ha pasado. Pese a ello, la necesitamos imperiosamente. Como primera

aproximación, lo que entiendo como planificación socialista es un sistema económico en el que la asignación y el uso de los recursos vienen determinados colectivamente sobre la base de procedimientos democráticos de toma de decisiones, entre los que figura como central el principio de la mayoría. Este hipotético sistema económico contrasta con las sociedades de clases precapitalistas, en las que la asignación también estaba regulada colectivamente a través de los mecanismos referidos por Polanyi (redistribución, reciprocidad y comercio), pero cuyos mecanismos no eran democráticos, sino que las decisiones clave eran tomadas por aristócratas hacendados, propietarios de esclavos, cabezas de familia patriarcales y similares. La planificación socialista también se diferencia del capitalismo, en el que la asignación de recursos es el resultado no intencionado de la lucha competitiva entre capitales que conjuntamente -no colectivamente- controlan el proceso económico. Una economía socialista planificada es democrática, pero ello no significa que haya de acatar en todo momento el principio de la mayoría. Hay muchos casos en que otros procedimientos de decisión son adecuados: en parte, el concepto de derechos individuales radica en identificar aquellos ámbitos en que los individuos deberían poder excluir a todos los demás de participar en las decisiones que los afectan principalmente a ellos. Por ejemplo, como ya vimos en el capítulo anterior, uno de los logros del capitalismo es que haya dejado establecido que los individuos tienen el derecho exclusivo a decidir qué tipo de trabajo desean desarrollar (aunque fracase a la hora de convertir este derecho en una realidad social). En mi opinión, un sistema económico socialista en general respetaría este principio e incluso lo extendería.[36]

Para ser eficaz, la planificación socialista debe operar a nivel internacional. El capitalismo es un sistema global: hay abundantes experiencias históricas que demuestran que las naciones-estado que intentan (en palabras de Margaret Thatcher) cargar contra el mercado reciben graves sanciones -fuga de divisas, otras formas de aislamiento económico, subversión política y, en casos extremos, invasión armada- que en el mejor de los casos comprometen gravemente y en el peor de los casos destruyen sus esfuerzos por construir alternativas al sistema dominante.[37] Por consiguiente, un marco económico alternativo sólo puede construirse a escala internacional. En cualquier caso, la planificación se necesita urgentemente para acometer los problemas globales. Por ejemplo, una de las cuestiones más importantes planteadas por el cambio climático es que las ventajas y las desventajas producidas por el método de utilización de recursos del actual sistema económico se encuentran distribuidas de forma extremadamente desigual. Estados Unidos, con sólo el 5% de la población mundial, consume el 25% de los recursos, mientras que el Sur, cuyo uso de recursos *per cápita* es mucho más bajo, con toda probabilidad se verá afectado de forma más directa y adversa por el calentamiento global

generado por el modelo occidental de consumo. Cualquier intento serio por reducir las emisiones de gases invernadero, que significaría una disminución entre un 50% y un 70% respecto a las emisiones de 1990 (el nivel de referencia establecido por el Protocolo de Kioto), precisa de mecanismos globales con capacidad para negociar y hacer cumplir unas decisiones concebidas para alterar drásticamente el modelo de asignación y utilización de recursos que ha dominado durante décadas. Si eso no es planificación, no sé qué lo es.

Ahora bien, la sola idea de planificar a escala global conlleva de forma dramática la principal objeción a una economía planificada: que necesariamente está muy centralizada, con implicaciones nocivas para la eficiencia y para la democracia. La objeción de la eficiencia fue expresada con especial viveza por Hayek, en lo que probablemente sea la crítica clásica de la planificación. Argumenta este autor que el mercado ofrece, a través de las fluctuaciones de los precios relativos, un mecanismo altamente flexible y descentralizado para transferir entre los actores económicos la información que necesitan para alcanzar los medios más eficientes de satisfacer sus necesidades individuales. En comparación, una economía planificada transfiere la información hacia la cúpula central donde se toman todas las decisiones de importancia. Como la información recogida en el centro es demasiado abundante, compleja y diversa para ser procesada, el resultado es la hipertrofia, la parálisis y el caos.[38] Cabe considerar también el localismo, que propugna, en oposición tanto a la globalización capitalista como a la planificación socialista, a formas de cooperación económica descentralizadas y democráticas.

Implícita en las objeciones neoliberales y localistas hay una preferencia por las transacciones horizontales entre actores económicos que se relacionen entre sí en plano de igualdad, a diferencia del sistema vertical, de la cúspide hacia la base, que a su juicio es una característica necesaria de una economía planificada. La comparación que realiza Sen entre el mercado y la conversación presenta a éste de forma implícita como una relación o conjunto de relaciones no jerárquicas entre individuos. En respuesta, cabe resaltar dos cuestiones. En primer lugar, el capitalismo actual está muy lejos de ser un conjunto de transacciones horizontales (la “sociedad en red” que celebran sus apologistas contemporáneos).[39] Sólo un puñado de actores económicos privilegiados –en particular, los que participan en las auténticas redes que controlan las corporaciones multinacionales y los bancos de inversión– intervienen de manera directa en algo que se asemeje, así sea remotamente, a un conjunto de relaciones horizontales. La mayoría de las personas se encuentra atrapada en relaciones verticales de dominio y subordinación. En segundo lugar, no cabe duda de que la economía burocrática de mando creada en la Unión Soviética a finales de la década de 1920, y trasplantada a otros estados

estalinistas tras la Segunda Guerra Mundial, se asemejaba mucho al supuestamente omnicompetente, pero de hecho incompetente, centro de planificación descrito por Hayek y sus seguidores (aunque la crítica neoliberal no sirva para nada a la hora de explicar el desarrollo de este peculiar sistema).[40] Pero de ningún modo se sigue de esta experiencia histórica que una economía planificada deba asumir necesariamente esta forma.

La esperanza de una alternativa viable al capitalismo reside en una economía planificada basada, no en las imposiciones verticales del centro, sino en relaciones descentralizadas y horizontales entre productores y consumidores. En su comentario a la defensa del socialismo de mercado realizada por Alec Nove, Pat Devine escribe:

No debe olvidarse el desafío de Nove: “Existen vínculos horizontales (mercado), existen vínculos verticales (jerarquía). ¿Qué otra dimensión existe?” ... No existe ninguna otra dimensión, pero los vínculos verticales no tienen por qué ser jerárquicos, en el sentido de ser autoritarios, y los vínculos horizontales no tienen por qué estar basados en el mercado, en el sentido de estar coordinados ex post por la mano invisible de las fuerzas del mercado. Ambos pueden basarse en la coordinación negociada.[41]

Sobre esta base Devine desarrolla un “modelo de planificación democrática ... en el que la planificación toma la forma de un proceso político de coordinación negociada de tal modo que las decisiones sean tomadas, directa o indirectamente, por aquellos que se vean afectados por ellas”. [42] Los parámetros económicos amplios –referidos a cuestiones como la división macroeconómica de los recursos entre consumo individual y colectivo, la inversión social y económica, o las prioridades medioambientales– se decidirían a nivel nacional en una asamblea representativa electa partiendo de una serie de planes alternativos propuestos por expertos.[43] Pero, dentro de este marco, la mayor parte de las decisiones económicas se desarrollaría de forma descentralizada. El poder económico recaería sobre organismos de coordinación negociada para cada unidad o sector de producción, compuestos por representantes de los trabajadores, los consumidores, los proveedores, los organismos de gobierno relevantes y de los grupos de interés implicados.

En el modelo de coordinación negociada, los precios relativos de los bienes y servicios quedarían establecidos a unos niveles que permitieran a las unidades de producción cubrir sus costes y obtener el excedente necesario para satisfacer la asignación destinada a la inversión, pero que además tuvieran en cuenta los costes sociales que supondría el uso de recursos naturales renovables y no renovables. A las unidades o sectores que no lograran obtener el excedente necesario se les permitiría continuar en activo siempre que los organismos de coordinación negociada implicados en cada caso concreto consideraran

socialmente deseable la adjudicación de un subsidio. De este modo, “la información necesaria para una toma de decisiones eficaz, centralizada y descentralizada, en interés de la sociedad, se genera sin recurrir a las “fuerzas del mercado” ... por medio de una combinación de, por una parte, precios socialmente influidos basados en los costes y la demanda y, por otra, procesos de toma de decisiones basados en intereses”. En consecuencia, según argumenta Devine, “los organismos de coordinación negociada permitirían que las decisiones económicas fueran coordinadas conscientemente, pero sin el concurso de una autoridad administrativa central, y tomando para ello en cuenta la situación general, pero de forma lo suficientemente descentralizada como para aprovechar de forma eficaz el conocimiento local”.[44]

Aunque esta teoría ha sido desarrollada de manera detallada para una economía nacional, según Devine “los principios que subyacen al modelo de coordinación negociada podrían aplicarse a las transacciones económicas internacionales” (y, de hecho, a la luz de mis argumentos, es esencial que se haga así). La objeción más obvia al modelo es el tiempo que se consume en el proceso de toma de decisiones, especialmente si se tiene en cuenta la complejidad de los intereses implicados, a escala de un país o de todo el mundo, que habría que conciliar en casos particulares. Devine comenta: “En las sociedades modernas, una proporción grande y posiblemente creciente del tiempo social ya se gasta en administrar, en negociar, en organizar y gestionar sistemas”, aunque “la mayor parte de esta actividad se dedica a la rivalidad comercial y a la gestión de los conflictos sociales y de las consecuencias de la alienación que nacen de la explotación, la opresión, la desigualdad y la subordinación”. Y concluye que no existe *a priori* ninguna razón para pensar que el tiempo total dedicado a gestionar una sociedad autogobernada basada en la coordinación negociada, haya de ser mayor que el tiempo dedicado a la administración de las personas y las cosas en la sociedad actual. Ahora bien, el tiempo total dedicado tendría una composición distinta, un enfoque distinto y, por descontado, estaría distribuido de forma distinta entre las personas.[45]

Estas afirmaciones merecen ser enunciadas con mayor énfasis y extensión. En primer lugar, en la actualidad un número relativamente pequeño de personas –ejecutivos de corporaciones y de bancos de inversión, consultores de diversos tipos– dedican un tiempo de trabajo muy bien pagado a participar en reuniones en las que se toman decisiones que afectan a la vida de casi todos los habitantes del planeta. Una planificación democrática como la representada por el modelo de coordinación negociada de Devine pondría fin a esta estructura de dominación y subordinación transfiriendo el poder –y, por tanto, el tiempo– de tomar decisiones a la masa de productores y consumidores. En segundo lugar, aun en el caso de que esta redistribución alargara el proceso de toma de decisiones, ¿tan malo sería? Una de las principales

características de la máquina del movimiento perpetuo capitalista es la velocidad con la que avanza a ciegas hacia los descabios financieros, las crisis económicas y, a la larga, la catástrofe ambiental. No estaría nada mal que redujéramos un poco la velocidad. Es imposible averiguar si la introducción de un modelo como el de la coordinación negociada conduciría a una reducción de la tasa de crecimiento a largo plazo, si no tomamos en consideración el ahorro que se podría conseguir bajo este tipo de modelo procedente de la producción malgastada por la inestabilidad económica y la competencia militar, y si no incluimos además los beneficios que se derivarían de la introducción de métodos de cálculo económico que incorporaran adecuadamente los costes ambientales. En tercer lugar, el modelo de Devine podría mejorarse asegurando la existencia de un espacio suficiente para la innovación: podrían reservarse recursos a nivel local, regional, nacional e internacional por los que podrían competir equipos para ganar apoyo para sus proyectos innovadores. En la actualidad, este papel lo desempeñan los bancos de inversión, los capitalistas de riesgo y los mercados de valores, pero según los beneficios que aquellos proyectos puedan reportar, y no por los beneficios sociales que de ellos puedan derivarse.

La evaluación de estos beneficios potenciales sería sin duda un proceso muy difícil. Los individuos tienen deseos, proyectos e ideales distintos que no siempre pueden reconciliarse con facilidad, y por tanto encaran los problemas con una actitud marcada por sus intereses particulares. Devine escribe: “El principio social nunca es meridianamente claro. En cada situación, los individuos relevantes, en plano de igualdad, tienen que implicarse a cada nivel del proceso para decidir con exactitud cuál es el interés social”. [46] Una condición esencial para que estos procesos sean relativamente armoniosos y acaben en un acuerdo o, al menos, en la aceptación, sin demasiado enojo, de la decisión de la mayoría por parte de la minoría, es que los ciudadanos gocen de igualdad de acceso a los recursos que necesiten para una vida digna. Esto les permitiría participar en decisiones que pueden requerir acaloradas discusiones teniendo como base una amplia seguridad económica, pero sabiendo también que participan en un empeño conjunto en el que la distribución de beneficios y perjuicios es justamente compartida. En otras palabras, la igualdad no es simplemente un principio normativo que toda sociedad socialista deba intentar poner en práctica sino un requisito funcional de esa sociedad.

De qué modo se puede avanzar para conseguir la igualdad de acceso a las ventajas es algo sobre lo que volveré en la siguiente sección. Por el momento, me gustaría hacer hincapié en una importante implicación de cualquier modelo de planificación descentralizada como el propuesto por Devine. Su funcionamiento no sólo dependería de una sociedad igualitaria, que ayudaría a afianzar, sino que también requeriría la

propiedad social de, al menos, los recursos productivos impersonales más importantes. François Chesnais, Claude Serfati y Charles-André Udry han criticado al movimiento anticapitalista por evitar la cuestión de cuáles son las formas de propiedad compatibles con sus objetivos:

El ejercicio de un dominio social, colectivo y “ciudadano” de las condiciones de intercambio comercial entre personas, así como de la organización del trabajo y la satisfacción de las necesidades sociales urgentes, presupone que dejemos de considerar la cuestión de las formas de propiedad de los medios de producción, comunicación e intercambio como una cuestión tabú, una cuestión que la crisis y derrumbe de la propiedad estatal colectivizada al modo burocrático o estalinista ha dejado resuelta para siempre.[47]

Como Chesnais, Serfati y Udry señalan, los defensores de los intereses comerciales dan mucha importancia a las formas de propiedad cuando ejercen presión colectivamente sobre las instituciones financieras internacionales para que se protejan los derechos de propiedad, cuando piden a los gobiernos que privaticen los servicios públicos y cuando promueven un amplio proceso de “comercialización” destinado a transformar todo lo posible en activos financieros susceptibles de ser vendidos. La lógica de la globalización capitalista es la lógica de la mercantilización y su resultado es la desagregación del mundo en parcelas de propiedad privada exclusiva. Es difícil imaginar de qué modo puede reemplazarse esta lógica por una basada en la determinación democrática de las necesidades compartidas sin pasar por la propiedad social de amplios recursos de producción. ¿Cómo podrían tomarse decisiones democráticas sobre la asignación de recursos si esos recursos fuesen, en su mayoría, de propiedad privada? La esencia de la propiedad privada es que otorga al propietario el derecho a excluir a otros de las decisiones sobre el uso de los recursos que posee. Una economía democráticamente planificada tiene que fundamentarse en la propiedad social.

Conviene hacer dos matizaciones importantes. En primer lugar, no es necesario que todos los recursos productivos sean de propiedad social. Como ya se ha señalado, cada persona debe ser libre de elegir la ocupación que más le interese. Además, sería necesario negociar democráticamente el alcance de la pequeña empresa: la triste experiencia del siglo XX indica que la reforma agraria a menudo debe, al menos en primera instancia, tomar la forma de una extensión de la propiedad privada.[48] En segundo lugar, defender la propiedad social no es lo mismo que defender las formas burocráticas de propiedad estatal generalmente consideradas como la alternativa al capitalismo de mercado en el siglo XX. A Chesnais, Serfati y Udry les asiste la razón cuando insisten en que: “La propiedad social es una impostura si no viene acompañada de formas de gestión y control verdaderamente colectivas y democráticas”. [49] Pero un aspecto central del modelo de

planificación socialista defendido aquí es una extensión radical de la democracia en dos aspectos: en primer lugar, los procesos económicos quedarán sujetos a un proceso colectivo de toma de decisiones, y, en segundo lugar, el propio proceso de toma de decisiones estará descentralizado de acuerdo con el modelo de coordinación negociada. Estos cambios darán sentido al eslogan de “democracia participativa” y contrarrestarán la tendencia de los ciudadanos a retirarse de la vida política, que es una de las tendencias más perturbadoras de las democracias liberales contemporáneas.[50]

Naturalmente, este breve esbozo sólo deja entrever algunas de las características principales de una economía planificada y deja sin contestar muchas preguntas importantes. No obstante, parece configurarse como una alternativa superior a las principales concepciones que actualmente se barajan en el movimiento anticapitalista, es decir, el localismo y el comercio justo. Como microrreforma, el comercio justo puede beneficiar a algunos grupos concretos de productores del Tercer Mundo (aunque allí donde se produzca un exceso de producción, las ganancias de un agricultor serán las pérdidas de otro). Además, como Naomi Klein advierte, “los desafíos planteados por un mercado laboral global son demasiado grandes para ser definidos, o limitados, por nuestros intereses como consumidores”. [51] En el supermercado de mi barrio puedo comprar ahora plátanos y café de comercio justo, pero como consumidor individual, carezco del tiempo o los recursos necesarios para comprobar si estos artículos se han producido realmente en las condiciones especificadas por el movimiento del comercio justo. Para afrontar los problemas de injusticia global son necesarias soluciones colectivas, no individuales. En cuanto a las estrategias localistas, su extensión a escala internacional puede producirse de dos maneras distintas. Una de ellas, la que defiende, por ejemplo, Colin Hines, consiste en maximizar la autosuficiencia nacional y minimizar el comercio a larga distancia.[52] Esto representa una ruptura con algo más que el capitalismo, puesto que, como ya hemos visto, las sociedades humanas llevan miles de años practicando el comercio a larga distancia. Implica, asimismo, la renuncia, en términos prácticos, a la capacidad productiva que hoy poseemos gracias al desarrollo de una economía mundial. Pero ¿por qué habrían de tratarse las conexiones económicas internacionales a *priori* como indeseables? Es obsceno que en Zimbabwe haya explotaciones agrícolas que producen flores y guisantes para la exportación cuando millones de habitantes del país pasan hambre. Pero, del mismo modo, ¿por qué habrían de retornar los agricultores locales a la vulnerabilidad ante las vicisitudes del tiempo y la enfermedad que era su destino inapelable en tiempos premodernos? La capacidad productiva que poseemos en la actualidad (por no hablar de la que podríamos desarrollar en el futuro) nos proporciona los medios para afrontar las grandes desigualdades que hacen del mundo



contemporáneo un lugar tan miserable. No debemos descartarla alegremente.

Por otra parte, cuando se trata el comercio justo como un marco para un nuevo sistema internacional, comprobamos que se acerca al modelo de coordinación negociada que venimos discutiendo en esta sección. Michael Barratt Brown, por ejemplo, imagina que unos consejos de la comunidad establecen “vínculos horizontales” para el intercambio de bienes y servicios. “Los contratos y los precios serían entonces objeto de negociación con relación a la calidad y el servicio entre representantes de los trabajadores, las asociaciones de vecinos y la autoridad local elegida al nivel del distrito”. Unos organismos de representación nacionales e internacionales fijarían “parámetros generales de asignación de recursos”, pero “las comunidades y los distritos forman las verdaderas unidades funcionales del poder descentralizado”, actuando como nodos de redes superpuestas de comercio justo. Barratt Brown insiste en que “las redes no podrían considerarse comerciantes eficaces y competitivos si no pudieran fijar sus propios precios y hacer sus propias inversiones”. [53] Pero en la escena que imagina, los precios reflejarían un proceso de negociación entre los distintos colectivos, y los criterios de éxito serían, en lo posible, la satisfacción de las necesidades de los participantes más que la maximización de los beneficios. Un sistema económico de este tipo es radicalmente distinto de la economía de mercado autorregulada analizada de forma crítica por Marx y Polanyi. Una vez que los intercambios comerciales quedan subordinados a procesos democráticos de toma de decisiones basados en necesidades constatadas, entonces, incluso si los precios y el dinero siguen desempeñando un papel como instrumentos convenientes de contabilidad, no tendría demasiado sentido calificar al sistema resultante de economía de mercado. Los males del capitalismo sólo pueden superarse reemplazando al mercado, no rescatándolo.

### **Un programa transicional**

La planificación socialista, concebida como algo parecido a las líneas maestras esbozadas por Pat Devine en su modelo de coordinación negociada, es una alternativa al capitalismo deseable y al mismo tiempo viable. Pero todavía queda muy lejos. De hecho, las políticas neoliberales del Consenso de Washington nos están llevando en la dirección opuesta, hacia un mundo en el que todo se torna fungible, mercancía para comprar y vender por un beneficio. Por consiguiente, un movimiento que persiga invertir este proceso tiene que organizar una lucha de masas para exigir medidas que sirvan de remedio inmediato y que comiencen a introducir una lógica social distinta. La discusión que sigue tiene más espíritu de debate que de programa definitivo:

*Cancelación inmediata de la deuda del Tercer Mundo*

Uno de los signos más visibles de la injusticia reinante es el hecho de que algunos de los países más pobres del mundo se vean forzados a gastar una buena parte de las divisas que ganan en el pago de deudas a algunas de las instituciones más ricas del mundo, los bancos y gobiernos del Norte. El esquema de “rebaja de la deuda” del G7 promovido en particular por Gordon Brown, el canciller de la Hacienda Pública británica, es un cruel engaño, ya que la rebaja de la deuda está condicionada a que los gobiernos en cuestión adopten “reformas” que favorecen el programa neoliberal. La petición de cancelación inmediata e incondicional de la deuda del Tercer Mundo contribuyó a que surgiera el movimiento anticapitalista y sigue siendo una prioridad urgente.

### *Introducción de la Tasa Tobin sobre las transacciones monetarias internacionales*

La cancelación de la deuda sólo sería el primer paso para corregir la grave situación del Sur: no generaría nuevos recursos para promover un desarrollo adecuado. Uno de los atractivos de la Tasa Tobin es que podría servir para financiar en buena medida la necesaria redistribución del Norte al Sur. Haría falta un organismo internacional que organizara la redistribución, pues de otro modo la mayor parte de los ingresos se quedaría en los países más avanzados, que es donde se realiza la mayoría de las transacciones monetarias. La introducción de la tasa también serviría para restablecer cierto grado de control político de los mercados financieros. No obstante, conviene no exagerar sus efectos. Bruno Jetin y Suzanne de Brunhoff señalan: “La Tasa Tobin tiene dos limitaciones claras: la primera es que no acaba con los grandes ataques especulativos contra una determinada moneda. La segunda es que no resuelve los problemas causados por la desaparición del sistema monetario internacional previo, y por el hecho de que no haya sido reemplazado”. [54] Es precisamente a causa de estas limitaciones que se hace necesaria una transformación del sistema más ambiciosa como la esbozada en la sección anterior. Con todo, la Tasa Tobin es una reforma valiosa en tanto que mecanismo potencial de redistribución global y por su papel en la desnaturalización del mercado y también porque demuestra que los procesos económicos pueden ser controlados.

### *Restablecimiento de los controles de capital*

La legislación internacional todavía permite a los estados imponer controles de capital en concordancia con el acuerdo de Bretton Woods de 1944 que dio lugar al FMI y el Banco Mundial, pero estas instituciones hacen hoy todo lo posible por presionar a los gobiernos para que sigan el ejemplo de las economías avanzadas desde finales de la década de 1970 y renuncien a los controles de capital. Su reintroducción permitiría a los gobiernos ejercer algo de control sobre las entradas y salidas de capital, que originaron las crisis financieras de los “mercados emergentes” durante la década pasada. Su eficacia sólo

sería limitada: Gran Bretaña, por ejemplo, sufrió una serie de graves crisis monetarias durante la posguerra pese al poder del estado para regular los movimientos de capital (al que renunció el gobierno de Thatcher en 1979). Pero, al igual que la Tasa Tobin, los controles de capital servirían para establecer algún grado de control político de los mercados financieros, en este caso a nivel nacional.

### *Introducción de la renta básica universal*

La base del poder del capital reside en su control de la producción más que en los mercados financieros. Uno de los atractivos de la idea de que todo individuo reciba por derecho una renta básica establecida, a un nivel que permita cubrir las necesidades de subsistencia socialmente reconocidas, es que ayudaría a emancipar a los trabajadores de la dictadura del capital. Una renta básica modificaría de forma radical el poder de negociación entre los trabajadores y el capital, puesto que los trabajadores potenciales podrían entonces, si así lo desearan, elegir una alternativa al empleo remunerado. Además, como todos los individuos recibirían la misma renta básica (quizá con ajustes para compensar desventajas como la edad, la discapacidad o el tener hijos a su cargo), su introducción sería un paso importante para establecer una igualdad de acceso a las ventajas sociales.

### *Reducción de la semana laboral*

El lento crecimiento del último cuarto de siglo ha conducido a una situación en la que, en casi todo el mundo capitalista, incluidos los países más avanzados, el exceso de trabajo coexiste con el paro forzoso. Para todos los que se encuentran en alguno de estos extremos, la situación es perjudicial y destructiva. Una reducción significativa de la semana laboral (a treinta horas a la semana en los países avanzados, por poner un caso) conduciría a una distribución más justa del trabajo al aumentar la tasa de empleo. Apoyar esta demanda no implica aceptar lo que los economistas ortodoxos llaman “falacia de la cantidad total de trabajo”, según la cual la cantidad de trabajo a repartir es limitada. La reducción de la semana laboral no tiene por qué implicar una reducción de la productividad y puede venir acompañada de una mayor producción gracias a la consiguiente caída del desempleo. Los asalariados podrían aprovechar una semana laboral más corta no sólo para dedicarse a actividades de ocio, sino también para participar en los procesos de toma de decisión que una economía gestionada colectivamente precisaría.

### *Defensa de los servicios públicos y renacionalización de las industrias privatizadas*

El empeño neoliberal en privatizar los servicios públicos no puede justificarse con ningún patrón neutral de eficiencia (según “lo que funciona”, como Tony Blair nunca se cansa de repetir). La privatización favorece a determinados políticos, bancos de inversión y ejecutivos de

corporaciones, que pueden beneficiarse tanto del proceso de salida al mercado de los activos públicos como de la provisión de servicios privatizados con el objetivo de maximizar el “valor de las acciones”.[55] El catastrófico estado del sistema de ferrocarriles británico tras su privatización por los Tories, ilustra ampliamente el conflicto entre beneficio privado e interés social. Incluso el gobierno de Blair, dogmáticamente casado como está con el Consenso de Washington, se ha visto forzado a hacer concesiones ante el abrumador apoyo público a la renacionalización de los ferrocarriles y ha obligado a Railtrack (propietaria de la infraestructura ferroviaria) a declarar la suspensión de pagos. La idea es que las industrias privatizadas vuelvan a ser de propiedad pública. Entre tanto, conviene resistirse a las “reformas” neoliberales de los servicios públicos, que generalmente tienen como objetivo la introducción de mecanismos que imiten la fuerzas del mercado en el dominio de los recursos sociales, normalmente mediante procesos de centralización burocrática que recuerdan a las economías de mando estalinistas. La defensa del sector público existente no es de ningún modo incompatible con la exploración de formas alternativas de propiedad social democrática.[56]

#### *Sistema tributario progresivo para financiar los servicios públicos y redistribuir los ingresos y la riqueza*

Una de las características de la era neoliberal ha sido el cambio de la tasación directa a la indirecta, así como una reducción general de la carga impositiva para las corporaciones y los ricos. El efecto ha sido un aumento de la proporción de los impuestos que acaban pagando los pobres al tiempo que (a causa de recortes del gasto y “reformas” del mercado) éstos se benefician menos de los servicios públicos que ayudan a financiar. Unas tasas más altas de impuestos directos, y sobre todo un impuesto sobre la renta progresivo, ayudarían a proporcionar a los servicios públicos los recursos que las políticas neoliberales les han negado. Además, al obligar a los más acaudalados a aportar una parte significativamente mayor de sus ingresos y riqueza, este cambio en la carga impositiva promovería una mayor igualdad económica y social.

#### *Abolición de los controles de la inmigración y extensión de los derechos de ciudadanía*

Una de las contradicciones más flagrantes del neoliberalismo, es que promueve la movilidad global del capital al tiempo que restringe la de la mano de obra. El trabajo es bastante menos móvil internacionalmente de lo que lo fue durante la primera etapa de globalización capitalista hace ahora un siglo.[57] En consecuencia, asistimos al repugnante espectáculo de que los países ricos levantan barreras cada vez más altas contra los miserables del mundo, que se ven impulsados a buscar refugio en el Norte a causa de injusticias, pobreza y guerras cuya causa última es el actual sistema económico. La persecución de quienes buscan asilo y su confinamiento en centros de

detención privatizados que desafían la legislación internacional está tomando visos de escándalo moral en muchos países de la OCDE, con Australia a la cabeza y otros siguiéndola de cerca. Si vivimos en un mundo globalizado, como dice el cliché, entonces la libertad de moverse por él debería ser un derecho universal, pero en la actualidad la movilidad sin restricciones es un privilegio de los ciudadanos de los países ricos. De lo que se sigue también que la ciudadanía debería dejar de ser una condición adquirida por ascendencia para convertirse en un derecho adquirido tras un cierto periodo de residencia. Un cambio de este tipo no haría sino reconocer la realidad de la movilidad (pese a los esfuerzos de los estados por ponerle coto) y permitiría participar en el proceso político a todas las personas allí donde eligieran vivir y trabajar. Además, pondría fin a la flagrante injusticia de que en países como Alemania una gran parte de la población inmigrante esté privada del derecho al voto pese a que haga mucho tiempo que reside en el país o incluso que haya nacido en él.[58]

#### *Un programa para prevenir la catástrofe ambiental*

La mayor amenaza a largo plazo tanto para la humanidad como para el planeta, proviene de los procesos de destrucción ambiental desatados por la desenfrenada acumulación de capital. El *Global Environment Outlook-3* (GEO-3) publicado por las Naciones Unidas en mayo de 2002 describe cuatro perspectivas para la próxima generación. Las dos que más estrechamente se corresponden al sistema global actual –“Los mercados primero” y “La seguridad primero”– implican la aceleración durante el periodo 2002-2032 de los procesos de destrucción que ya están en marcha.[59] Impedir que este sombrío futuro se convierta en una realidad requerirá una inversión sistemática de las prioridades. Ello exige un programa que por derecho propio abarque, entre muchas otras medidas, la adopción a nivel internacional de objetivos de cumplimiento obligado de reducción de las emisiones de gases invernadero, inversiones públicas a gran escala para la generación y distribución de energías renovables y para el desarrollo de transporte público asequible y, a un plazo más largo, la reestructuración de nuestras sociedades cada vez más urbanizadas con el fin de transformar los actuales modelos de asentamiento y distribución, que se basan en una creciente dependencia del motor de combustión interna.

#### *Disolución del complejo militar-industrial*

La caída del gasto militar global al finalizar la guerra fría ha resultado ser un fenómeno fugaz. En 1999 el gasto en armamento subió por primera vez desde 1988, una tendencia que muy probablemente se vea reforzada por la pasión guerrera de George W. Bush: el presupuesto de enero de 2002 de su administración proponía aumentar el gasto de defensa en 120.000 millones de dólares durante los cinco años siguientes.[60] Claude Serfati detalla algunas de las principales

características del más amplio proceso de “globalización armada” del que estas estadísticas son síntoma: “la transformación de las condiciones para la producción de armamento y el papel central que en este proceso desempeña el capital financiero, la creciente integración de tecnologías civiles y militares, y la multiplicación de los tipos de armas de destrucción masiva (químicas y biológicas), así como su fácil proliferación. La militarización del planeta en los albores del siglo XXI presenta temibles peligros”. [61] Los peligros a los que se refiere Serfati no se limitan simplemente a las actividades de los estados capitalistas avanzados. Una de las consecuencias de la guerra en Afganistán fue que echó leña al fuego en las tensiones entre los dos poderes nucleares del Sudeste asiático, India y Pakistán. Pero el *Financial Times* advertía: “Mientras la comunidad internacional llama a la mesura en la frontera indo-pakistaní, varios gobiernos, encabezados por Gran Bretaña y Estados Unidos, maniobran como nunca para conseguir una tajada más grande del creciente presupuesto armamentístico de la India”. Entre los que visitaron Nueva Delhi atraídos por los 5.000 millones de dólares que la India gasta cada año en equipos militares se encontraban el ministro de Exteriores británico, Jack Straw, y el presidente del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos, el general Richard Myers. [62] Los gastos militares generados por la competencia geopolítica a nivel regional y global amenazan con la más terrible destrucción, y además representan un ingente desvío de recursos que de otro modo podrían dedicarse a un uso socialmente más valioso. La respuesta a este conjunto de problemas requerirá una vez más de un ambicioso programa que incluya la disolución de la OTAN, el desarme nuclear universal, recortes drásticos en los presupuestos militares, un proceso general de desmilitarización del mundo y el apoyo público necesario para la reconversión de la industria militar en industria civil.

### *Defensa de las libertades civiles*

Antes incluso del 11 de Septiembre, algunos gobiernos occidentales (en particular el británico) habían presentado propuestas legislativas que podían utilizarse para procesar judicialmente a manifestantes pacíficos como si fuesen terroristas. La “guerra contra el terrorismo” ha legitimado un ataque mucho más amplio contra las libertades civiles, que en Estados Unidos ha llegado a la detención y deportación arbitrarias de extranjeros sin derecho a recurrir ante los tribunales, así como a la posibilidad de que sean procesados por terrorismo por comisiones militares a las que, por decreto presidencial, les está permitido sentenciar a los prisioneros a la pena de muerte con unos controles mucho menos estrictos que en los tribunales civiles. El movimiento anticapitalista debe por tanto intentar defender las libertades civiles, por su propio interés, pero también porque ha aceptado el reto de combatir la erosión de los derechos de los

ciudadanos que se ha convertido en una característica de esta era de “gobernabilidad democrática”.

Esta lista de demandas es meramente indicativa. Otros podrían concebir programas más extensos e imaginativos, y no cabe duda de que el esbozado aquí refleja en un grado notable las preocupaciones de los intelectuales y activistas del Norte. Por otra parte, sería tonto y pretencioso esbozar desde Londres un programa que afrontara la problemática de los Sin Tierra de Brasil. Tiene este programa dos características de relevancia más general. En primer lugar, las demandas detalladas más arriba se dirigen en general a estados que actúan en forma individual o concertada. Esto refleja el hecho de que, sean cuales sean los efectos de la globalización, los estados siguen siendo el mecanismo más eficaz, tal como está constituido el mundo, para movilizar los recursos necesarios para alcanzar los objetivos acordados colectivamente. Reconocerlo no equivale a renegar de lo dicho antes sobre las limitaciones de cualquier estrategia política que identifique la nación-estado como el principal contrapeso del capitalismo global. Los estados son parte del sistema capitalista, no un contrapunto a su poder. Pero como los estados dependen al menos parcialmente del consentimiento de sus ciudadanos, son vulnerables a la presión desde la base. En consecuencia, los movimientos de masas pueden conseguir reformas. No obstante, conviene entender que cualquier concesión por parte del estado no se ganará por medio de negociaciones con gobiernos ostensiblemente favorables, sino a través de la lucha de masas. Las reformas esbozadas más arriba van contra la lógica del capital. Sólo podrán ser ganadas por un movimiento que mantenga su independencia política y que ostente el poder, gracias al papel central desempeñado en su seno por la clase trabajadora organizada, para arrancarle concesiones al sistema. El movimiento anticapitalista no debe tener miedo de plantear sus demandas a los estados, pero debe mantener su independencia frente a ellos.

Del dicho al hecho hay mucho trecho, dirán algunos: entablar conversaciones con los estados para conseguir reformas puede conducir fácilmente a la asimilación del movimiento. Este es un verdadero riesgo. La ambigüedad del reformismo como estrategia política es que representa tanto un reto al sistema como un medio de contener ese reto. No hay ninguna solución fácil para este problema. Negarse a buscar mejoras parciales por miedo a quedar contaminado por el status quo ha sido siempre una de los rasgos más destacados del sectarismo y el dogmatismo políticos. Pero merece la pena llamar la atención sobre una segunda característica del programa esbozado más arriba. Como ya he indicado, todas las demandas enumeradas están directamente enfrentadas al consenso de la élite neoliberal. Aun la más moderada –por ejemplo, el cambio de impuestos indirectos a directos– parecería, desde la perspectiva de este consenso, poco o nada realista.

Pese a todo ello, estas demandas no son sólo una lista de deseos sacada del aire, sino que representan respuestas a realidades contemporáneas y todas ellas han sido ya planteadas por movimientos existentes. Al mismo tiempo, estas demandas tienden a socavar los cimientos de la lógica del capital. Por ejemplo, la introducción de rentas universales directas a un nivel relativamente generoso, comprometería en buena medida el actual funcionamiento del mercado de trabajo, eliminando así una de las condiciones esenciales para que se produzca explotación capitalista. Dicho de otro modo, aunque no estén formuladas por razones explícitamente anticapitalistas, estas demandas poseen una dinámica implícitamente anticapitalista. Son lo que Trotsky denominaba demandas transicionales, reformas que surgen de las realidades de las luchas existentes, pero cuya implementación en el contexto actual supondría un desafío para las relaciones económicas capitalistas.[63]

Por tanto, un movimiento que lograra alcanzar aunque sólo fuera una implementación parcial de su programa por, digamos, una nación-estado particular, se vería enfrentado a un dilema. Lo más probable es que aun estos limitados éxitos logren perturbar suficientemente el capitalismo del país en cuestión como para causarle perjuicios económicos importantes a través de mecanismos como la fuga de divisas, movimientos especulativos contra la moneda y una fuerte subida de la tasa de inflación. El movimiento podría reaccionar replegándose y quizás cooperando para restablecer la “confianza”, y pagando para ello el precio de que con el tiempo se retiraran las reformas que había logrado y que el sistema que intentaba derrumbar saliera reforzado. Alternativamente, el movimiento puede seguir presionando en contra de una creciente resistencia por parte del capital nacional e internacional que con el tiempo vaya tomando la forma, no ya de sanciones económicas, sino incluso de acciones para destruirlo físicamente. (A veces no hay opción: como demuestra la experiencia del gobierno de Unidad Popular de Chile en Septiembre de 1973: incluso un movimiento que intenta retirarse puede acabar siendo destruido.) Seguir adelante equivaldría, en la práctica, a emprender una revolución. En otras palabras, la intensidad de la resistencia del orden establecido ante una reforma significativa, hace que las únicas salidas estables una vez se haya producido una brecha parcial en la lógica del capital sean: o bien deshacer las reformas (y caer quizás en una contrarrevolución que lleve aún más atrás del punto de partida, como ocurrió, por ejemplo, con la reacción neoliberal a las revueltas de la década de 1960 y principios de la de 1970), o bien introducir una lógica social completamente distinta, en otras palabras, una revolución. Pero esta última opción sería una revolución no sólo en el sentido de una transformación del sistema: sólo podría lograrse superando –por la fuerza si es necesario– la resistencia del capital y de aquellos que se movilizan tras él. Un movimiento que siguiera este camino sólo podría ganar con el apoyo activo de la mayoría de la población, en particular



con las reservas de fuerza colectiva que sólo la clase trabajadora organizada posee, y apelando a la solidaridad de los movimientos de espíritu similar de todo el mundo.

Susan George no está sola cuando, en un pasaje que he citado en el capítulo anterior, imagina la revolución como algo similar al “accidente global”: un colapso económico que arrastraría consigo un indecible sufrimiento humano. Pero hay otras maneras de pensar en la revolución. Puede verse, en contraste, como una extensión de procesos democráticos de autogobierno que se desarrollasen en un primer momento a través de intentos parciales de combatir los excesos del mercado. Estos procesos pueden surgir de distintas maneras: como resultado de reformas conseguidas del gobierno por movimientos populares; como formas de autoorganización creadas inicialmente para procesar de forma más eficaz las luchas de masas desde abajo; y como medio para afrontar el deterioro de la situación material de la población, como en el caso contemporáneo de Argentina (que hace pensar en una versión nacional del “accidente global”). La elección revolucionaria es en realidad la siguiente: ¿deben estas formas democráticas de autoorganización asumir progresivamente la gestión de la economía con el fin de reemplazar la lógica del capital con la reivindicación de las necesidades, o deben limitarse a servir como suplemento humano del mercado, en cuyo caso toda la experiencia histórica indica que las dos lógicas no pueden coexistir indefinidamente y que tarde o temprano se reestablecerá el imperio del mercado? Si ninguno de los dos lados se contiene entonces, más tarde o más temprano, una prueba de fuerza será inevitable. Empezar un proyecto revolucionario en la actualidad, a principios del siglo XXI, es una tarea enorme, especialmente si se tiene en cuenta el inmenso poder destructivo con que cuentan los señores del capital. Sin embargo, es ésta la ruta en la que se ha embarcado el movimiento anticapitalista, no como resultado de una estrategia consciente, sino a través de la lógica de las luchas en las que se ha implicado. Parece que la alternativa no es otra que renunciar a toda aspiración de reforma parcial del sistema actual. Si este dilema es verdadero, entonces -pese a todos los riesgos y costes potenciales del proyecto revolucionario- parece configurarse como la única opción abierta a todo aquel que no esté dispuesto a conformarse con la injusticia, el sufrimiento y la destrucción a los que el actual sistema ha condenado al mundo.

## **Resumen**

- Los valores implícitos en la crítica que del capitalismo hace el movimiento global son la justicia, la eficiencia, la democracia y la sostenibilidad.
- Estos valores son incompatibles con una economía de mercado en el sentido de Polanyi, es decir, un sistema económico gobernado por un mercado autorregulado.

- Ninguna de las dos estrategias más ampliamente respaldadas de humanizar el mercado –el socialismo de mercado y una versión más regulada del capitalismo– tiene probabilidades de funcionar.
- Una economía socialista democráticamente planificada –quizá según las líneas maestras del modelo de coordinación negociada de Pat Devine– ofrece la mayor esperanza de poner en práctica los valores del movimiento anticapitalista.
- En un plano más inmediato, es posible desarrollar un programa de reformas que sean a un tiempo deseables en sí mismas y que desafíen la lógica del capital: aunque sus demandas se dirigen fundamentalmente a la nación-estado, sólo pueden perseguirse como parte de un movimiento internacional y sólo pueden ganarse por medio de la lucha de masas.
- La lucha para conseguir esos cambios probablemente induciría tal resistencia por parte del capital, que el movimiento se vería enfrentado a una elección entre abandonar sus logros o desafiar al sistema actual a través de la revolución.

## Notas

1. A. Callinicos, *Equality*, Cambridge, 2000. Véase también J. Roemer, *Theories of Distributive Justice*, Cambridge MA, 1996.
2. G. A. Cohen, *If You're an Egalitarian, How Come You're So Rich?*, Cambridge MA, 2000, capítulos 8 y 9.
3. J. Rawls, *The Law of Peoples*, Cambridge MA, 1999 (El derecho de gentes y “Una revisión de la idea de razón pública”, Paidós Ibérica, Barcelona, 2001).
4. R. Dworkin, *Sovereign Virtue*, Cambridge MA, 2000.
5. D. Goldrej, *The No-Nonsense Guide to Climate Change*, Londres, 2001, p. 127.
6. C. R. Beitz, *Political Theory and International Relations*, Princeton, 1999, ed. rey., p. 176; véase en general *ibid.*, Parte 3 y el Epílogo a la edición revisada.
7. Algunas personas de la izquierda recelan de los principios cosmopolitas porque se han utilizado para justificar intervenciones militares llevadas a cabo por países occidentales, por ejemplo contra Yugoslavia en 1999: véase, por ejemplo, D. Chandler, “International Justice”, *New Left Review* (II) 6, 2000. Pero una inferencia incorrecta a partir de una premisa correcta para llegar a una conclusión falsa no es razón para rechazar la premisa. La principal objeción a las intervenciones militares occidentales es que mantienen un orden mundial injusto, y no que violen la soberanía nacional. Un tratamiento

más extenso del caso de Yugoslavia está en T. Ali, ed., *Masters of the Universe?*, Londres, 2000.

8. Véase también G. A. Cohen, "Incentives, Inequality, and Community", en *The Tanner Lectures on Human Values*, XIII, en G. E. Peterson, ed., Salt Lake City, 1992.

9. Para una argumentación más amplia en apoyo de este extremo, véase J. Hughes, *Ecology and Historical Materialism*, Cambridge, 2000, capítulos 5 y 6.

10. J. Belhamy Foster, *The Vulnerable Planet*, Nueva York, 1999, ed. rey., p. 132.

11. Véase Goodrej, *No-Nonsense Guide to Climate Change*, capítulo 7.

12. Subcomandante Marcos, "The Fourth World War Has Begun", en *The Zapatista Reader*, T. Hayden, ed., Nueva York, 2002, pp. 283-284.

13. Para una crítica contundente de alguna de las implicaciones políticas de esta perspectiva, véase B. Barry, *Culture and Equality*, Cambridge, 2001.

14. Véase D. Bensaid, "Le Nouvel internationalisme", para *Encyclopedia Universalis*, 2002.

15. Callinicos, *Equality*, pp. 79-87 (trad. cast.: *Igualdad*, Siglo XXI, Madrid, 2003).

16. A. Sen, *Development as Freedom*, Oxford, 1999, p. 6 (*Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona, 2000). Sen presentó una versión de este argumento contra los manifestantes anticapitalistas en la cumbre del G8 en Génova: *Guardian*, 19 de julio de 2001.

17. Por ejemplo, *ibid.*, pp. 7, 29; véase, en general, *ibid.*, capítulo 5.

18. K. Marx, *Capital* 1, Harmondsworth, 1976, pp. 415-416 (*El capital* 1, Folio, Barcelona, 1997). La frase citada procede de un artículo de Engels. Véase también *ibid.*, pp. 365, 377-378, donde Marx compara los esfuerzos de los capitalistas por exprimir el máximo tiempo de trabajo posible de sus empleados y la esclavitud. Marx discute la superioridad económica del capitalismo sobre la esclavitud en "Results of the Immediate Process of Production", *ibid.*, pp. 1.031-1.034.

19. Sen, *Development as Freedom*, p. 27 (*Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona, 2000).

20. K. Polanyi, *Great Transformation*, Boston, 1957, p. 60; véase en general *ibid.*, capítulos 4 y 5.

21. *Ibid.*, pp. 68-69. La definición que da Polanyi de la economía de mercado se asemeja notablemente al concepto de Marx de producción generalizada de mercancías, véase *Capital* 1, partes 1 y 2.

22. Polanyi, *Great Transformation*, pp. 132, 134, 135; véase también *ibid.*, capítulos 6, 7, 12.

23. Callinicos, *Equality*, pp. 64-79, y, por ejemplo, E. A. Hayek, *The Fatal Conceit*, Londres, 1988, pp. 117-119.
24. Véase también Bellamy Foster, *Vulnerable Planet*, capítulos 6 y 7, y *Contre Temps*, 4, 2002.
25. Por ejemplo, A. Nove, *The Economics of Feasible Socialism*, Londres, 1983 (*La economía del socialismo factible*, Siglo XXI, Madrid, 1987), y R. Blackburn, "After the Crash", *New Left Review*, (1) 185, 1991.
26. Por ejemplo, D. Miller, *Market, State and Community*, Oxford, 1989, y J. Roemer, *A Future for Socialism*, Londres, 1994 (*Un futuro para el socialismo*, Crítica, 1995).
27. Ésta es la razón que lleva a G. A. Cohen a considerar el socialismo de mercado como la segunda mejor solución después de una sociedad auténticamente socialista que ya no cree factible: véase, por ejemplo, *Self-Ownership, Freedom, and Equality*, Cambridge, 1995, capítulo 11.
28. Además, como Fikret Adaman y Pat Devine señalan en su valiosa revisión crítica de los debates sobre el socialismo y el mercado desde la década de 1920, los modelos socialistas de mercado tienden a aceptar la suposición neoclásica de que los actores económicos poseen información perfecta que tan eficazmente han criticado Hayek y la escuela "Austriaca": "On the Economic Theory of Socialism", *New Left Review*, (1) 221, 1997, pp. 64-73.
29. W. Hutton, *The State We're In*, Londres, 1995, y *The World We're In*, Londres, 2002.
30. Polanyi, *Great Transformations*, p. 251.
31. John Grahl ofrece una visión pesimista de la capacidad de Alemania y Japón para resistir estas presiones: véase "Globalized Finance", *New Left Review*, (II) 8, 2001, pp. 41-47.
32. P. Gowan, L. Panitch y M. Shaw, "The State, Globalization and the New Imperialism: A Roundtable Discussion", *Historical Materialism*, 9, 2001, p. 15.
33. Yu Yongding, "China: The Case for Capital Controls", en *Global Finance*, W. Bello et al., eds., Londres, 2000.
34. Sobre el papel desempeñado por la "economía de armamento permanente" en el capitalismo de posguerra, véase C. Harman, *Explaining the Crisis*, Londres, 1984, capítulo 3.
35. Luc Boltanski y Eve Chapiello presentan en *Le Nouvel esprit du capitalisme* (París, 1999) una interpretación cíclica de la historia del capitalismo en la que el "espíritu" capitalista dominante genera una crítica que conduce a su corrección y reforma en un nuevo "espíritu", hasta que también éste es debilitado por una nueva crítica, y así sucesivamente.

36. Digo “en general” porque las sociedades modernas normalmente requieren de sus individuos que trabajen para otros parte de su tiempo (por ejemplo, al requerir el pago de impuestos sobre la renta) –aunque los ricos usualmente pueden evadir una parte proporcional de esta carga. Además, las sociedades asumen el derecho a reclutar in extremis la fuerza laboral, como hizo, por ejemplo, el parlamento británico cuando, a las puertas de la caída de Francia en manos del ejército de Hitler aprobó en tan sólo un día (22 de mayo de 1940) una ley que confería poderes de emergencia (Emergency Powers Act) y “daba al gobierno una autoridad prácticamente ilimitada sobre todos los ciudadanos británicos y sus propiedades”, A. J. P. Taylor, *English History 1914-1945*, Harmondsworth, 1970, p. 583.

37. Bill Jordan me ha acusado de no haber tomado en cuenta, en un libro anterior (*Equality*), el hecho de que la globalización económica ha favorecido grandemente la “salida” –retirada ante una situación deteriorada– frente a la “voz” –la acción colectiva para mejorar la situación (sobre esta distinción, véase A. O. Hirschmann, *Exit, Voice, and Loyalty*, Cambridge MA, 1970). “Desde 1989 –escribe Jordan– “la movilidad es la clave para conseguir la ventaja”, *Liberal Egalitarianism and Marxist Critical Theory*, Imprints, 6:1, 2002, p. 74. Los privilegiados –no sólo los capitalistas, sino también las personas de escaso talento– pueden usar su derecho a salir mucho más eficazmente que los pobres, que quedan “atrapados en “comunidades de destino””. Yo defiendo “el retorno a un mundo en el que queden bloqueados los derechos de salida de los privilegiados y el derecho de voz popular sea más efectivo”, en el que una respuesta más apropiada sería dar “a los subordinados y a los vulnerables” un derecho de salida más fuerte en forma de una renta básica que “daría a los trabajadores una alternativa al trabajo asalariado” y, por tanto, “un importante contrapeso frente al poder del capital de mudarse a otra localidad”, *ibid.*, pp. 76, 77, 78. No obstante, como Jordan reconoce, para ser efectiva, la renta básica tendría que introducirse internacionalmente, puesto que si un país realizara esta reforma por su propia cuenta, quedaría en una posición vulnerable frente a la salida a gran escala en forma de fuga de divisas. A este respecto, la renta básica no difiere demasiado de una economía socialista planificada. No queda muy claro cómo Jordan puede caer en la consideración de que la salida privilegiada sólo puede contrarrestarse a escala internacional y al mismo tiempo, de forma implícita, negársela a la planificación socialista. Esta crítica (que desarrollo más extensamente en *Equality*, pp. 114-118) no significa que me oponga a la idea de una renta básica universal, como la sección siguiente deja bien claro.

38. F. A. von Hayek *Individualism and the Economic Order*, Londres, 1949, y “Competition as a Discovery Procedure”, en *idem*, *New Studies*

in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas, Londres, 1978.

39. Boltanski y Chapiello, *Le Nouvel esprit du capitalisme*, ofrecen el análisis más exhaustivo de las conceptualizaciones del capitalismo contemporáneo como una red.

40. Véase A. Callinicos, *The Revenge of History*, Cambridge, 1991, especialmente el capítulo 2.

41. E Devine, *Democracy and Economic Planning*, Cambridge, 1988, pp. 109-110.

42. *Ibid.*, p. 189.

43. Devine imagina que una sola comisión de planificación esboza las variantes del plan, pero no hay ninguna razón por la que no pueda haber varias comisiones de planificación, cada una de ellas con los recursos necesarios para elaborar y presentar planes alternativos.

44. *Ibid.*, pp. 191, 248; véase en general *ibid.*, Parte IV.

45. *Ibid.*, pp. 253, 265-266.

46. *Ibid.*, p. 120. Devine argumenta que la negociación coordinada “difiere fundamentalmente de la visión clásica del marxismo” de que el comunismo comporta el fin de la política. Para una interpretación diferente del marxismo clásico y del comunismo, véase Callinicos, *Revenge of History*, capítulo 4.

47. E Chesnais et al., “L’Avenir du “mouvement anti-mondialiste”: quelques premières réflexions en vue d’une consolidation théorique” (texto distribuido por correo electrónico), p. 6. Boris Kagarlitsky propone una interesante discusión de las formas de propiedad en *The Twilight of Globalization*, Londres, 2000, capítulo 2.

48. T. Cliff, “Marxism and the Collectivization of Agriculture”, *International Socialism*, (1) 19, 1964-1965. El movimiento rural contemporáneo más importante, el MST de Brasil, ilustra la complejidad de la cuestión agraria en la actualidad: véase S. Branford y J. Rocha, *Cutting the Wire*, Londres, 2002.

49. Chesnais et al., “L’Avenir du mouvement anti-mondialiste”, p. 7.

50. Daniel Bensaid recalca el carácter democrático de cualquier alternativa al capitalismo en *Le Sourire du spectre: nouvel esprit du communisme*, París, 2000.

51. N. Klein, *No Logo*, Londres, 2000, p. 428 (*No logo: el poder de las marcas*, Paidós, Barcelona, 2002).

52. C. Hines, *Localization: A Global Manifesto*, Londres, 2000.

53. M. Barratt Brown, fragmento en D. Ransom, *The No-Nonsense Guide to Fair Trade*, London, 2001, pp. 130-131.

54. B. Jetin y S. de Brunhoff, "The Tobin Tax and the Regulation of Capital Movements", en Global Finance, Bello et al., eds., p. 201.
55. Un análisis de casos concretos de Gran Bretaña que ilustran esta afirmación puede encontrarse en G. Monbiot, *Captive State*, Londres, 2000.
56. M. Husson, *Le Grand bluff capitaliste*, París, 2001, Parte II, capítulo 2.
57. N. Ferguson, *The Cash Nexus*, Londres, 2001, pp. 310-311.
58. Para una versión más cauta de la propuesta discutida aquí, véase M. Dummett, *On Immigration and Refugees*, Londres, 2001.
59. Disponible en [www.unep.org](http://www.unep.org).
60. Financial Times, 18 de febrero de 2002.
61. C. Serfati, *La Mondialisation armée*, París, 2001, p. 161.
62. Financial Times, 27 de febrero de 2002.
63. Para un ejemplo de un programa de este tipo, véase "A programme of Action for France", en L. D. Trotsky, *Writings 1934-35*, Nueva York, 1974, pp. 20-32.

## 5. EPÍLOGO

La globalización es un buen ejemplo de lo que W B. Gallie llamaba conceptos esencialmente discutidos.[1] Un concepto discutido en dos dimensiones, explicativa y normativa. Es decir, se está produciendo un debate sobre la naturaleza y el alcance de la globalización, y otro debate acerca de si es, como la historia satírica de Inglaterra *1066 and All That* lo expresaría, una Buena Cosa. No hay ninguna razón para que la posición que uno adopte en una de estas dimensiones se corresponda con la adoptada en la otra dimensión. Por ejemplo, son muchos los que en el movimiento anticapitalista aceptan algunas de las afirmaciones fácticas más extremas sobre la globalización, pero la condenan moral y políticamente.[2]

Si tomamos primero la dimensión explicativa del debate de la globalización, tenemos, de un lado, la aseveración de que se ha producido un cambio irreversible hacia la integración global económica, política y cultural que tiende a abolir las fronteras y a hacer irrelevantes las naciones-estado. Así lo afirman partidarios de la globalización como Ken Ohmae y críticos como Noreena Hertz. Particularmente entre sus incondicionales se da una fuerte tendencia a la teleología, es decir, a presentar la globalización como un estado final hacia el que tiende de forma ineludible el mundo. Los defensores de la

Tercera Vía son especialmente propensos a sugerir que oponerse a la globalización es tan necio como resistirse al clima (una analogía que quizá no sea tan acertada si se piensa en el efecto de las acciones humanas sobre el cambio climático). Incluso el análisis mucho más matizado y sofisticado de la globalización que nos ofrecen David Held, Anthony McGrew y sus colaboradores la presenta como un proceso transhistórico.[3]

Por otro lado, los escépticos ven la globalización como un proceso mucho más contingente y reversible. Analistas que escriben desde perspectivas políticas diversas –por ejemplo, la izquierda revolucionaria (Chris Harman), la socialdemocracia tradicional (Paul Hirst y Grahame Thompson), el internacionalismo liberal (Robert Gilpin) y la derecha conservadora (Niall Ferguson)– coinciden en señalar que las tendencias hacia la integración económica global durante la pasada generación parecen menos impresionantes cuando se comparan, no con la primera mitad del siglo XX, sino con el final del siglo XIX, cuando la inversión y el comercio internacionales lograron unos niveles con relación a los ingresos nacionales que no se volvieron a alcanzar hasta el último cuarto de siglo.[4] Lo que este argumento implica es que a la globalización económica contemporánea no le faltan precedentes y que, además, podría no mantenerse.

El distinguido historiador de la economía Harold James reaccionó al desafío lanzado contra la globalización capitalista por las protestas de Seattle examinando el precedente histórico que ofrece el “colapso del globalismo en la depresión de entreguerras”, y sostiene que la desintegración de la economía mundial a principios de la década de 1930 –precipitada por una inestabilidad financiera que guarda una notable semejanza con las situaciones de pánico de la década pasada– creó las condiciones para que los resentimientos causados por la primera oleada de globalización (1870-1914) hallaran expresión política en una reacción nacionalista: proteccionismo, restricciones sobre la inmigración, y, por supuesto, regímenes autárquicos como el nacionalsocialismo en Alemania y el estalinismo en la Unión Soviética. La “Edad del Nacionalismo” suplantó a la “Edad del Capital”, y condujo a una terrible guerra mundial. Al considerar la actual reacción violenta contra la globalización desde la perspectiva del internacionalismo liberal, James sostiene que ésta carece de coherencia intelectual y de algún tipo de modelo económico alternativo en apariencia prometedor como el que, en la década de 1930, proporcionaban los planes quinquenales de la Unión Soviética. Pero concluye: “La ausencia de estas dos características explica por qué el péndulo tarda tanto en volver del extremo de la globalidad. Sin embargo, no explica ni puede explicar por qué no oscila”.[5]

La comparación histórica de James nos lleva directamente a la dimensión normativa del debate sobre la globalización. James presenta



la oposición contemporánea a la globalización como si fuese necesariamente nacionalista: “En la actualidad existe una coalición antiglobalista que se basa en la hostilidad a la inmigración (por su preocupación por el mercado laboral), en la creencia en los controles sobre el capital (a fin de prevenir conmociones con origen en el sector financiero), y en el escepticismo hacia el comercio global”. [6] No cabe duda de que actualmente existe una oposición nacionalista a las formas contemporáneas de globalización. Líderes del Tercer Mundo como Mahatir Mohamed, de Malasia, y Robert Mugabe, de Zimbabwe, se han alzado como críticos nacionalistas del Consenso de Washington en años recientes. Mahatir reaccionó frente a la crisis asiática de 1997-1998 reintroduciendo controles del capital que permitieron a la economía malaya sortear la crisis con relativa facilidad. La oposición de Mugabe al neoliberalismo es mucho más oportunista: su vuelta a la retórica anticolonialista fue ante todo una respuesta a la rebelión social y política provocada por las políticas de ajuste estructural que su propio gobierno había impuesto a petición del FMI a principios de la década de 1990. También en el Norte hay una oposición nacionalista a la globalización: en el segundo capítulo he comentado el fenómeno del anticapitalismo reaccionario representado, por ejemplo, por el fascismo europeo y por la derecha populista en Estados Unidos.

Pese a ello, no tiene sentido proclamar que lo que confusamente se llama movimiento antiglobalización sea nacionalista. Dejando aparte su carácter internacional, en la cuestión del asilo y los refugiados el movimiento se sitúa bastante más a la izquierda que el consenso oficial. Son los gobiernos comprometidos con la globalización de las corporaciones los que frecuentemente han suspendido acuerdos internacionales y han cerrado sus fronteras a manifestantes de otros países. La Convocatoria de los Movimientos Sociales adoptada en Porto Alegre II en febrero de 2002 pide “el derecho al libre movimiento, el derecho a la integridad física y la situación legal para todos los inmigrantes”. Incluso los que se sitúan en el ala reformista del movimiento anticapitalista y persiguen la reafirmación de la soberanía nacional, tienden a verla como un paso hacia un sistema mundial menos jerarquizado y más pluralista. Daniel Bensaid tiene razón cuando describe el movimiento anticapitalista como una “renovación internacionalista”:

En comparación con la Segunda y la Tercera Internacional, el internacionalismo del siglo XXI revela de inmediato una dimensión realmente planetaria. En respuesta a la generalizada mercantilización y privatización del mundo, está más extendido y es geográficamente más diverso que sus predecesores, y también algo más complejo. Tiene que combinar culturas y reunir una variedad de actores irreducibles al movimiento obrero tradicional: movimientos feministas, ecologistas y culturales, activismo juvenil y sindicatos. Apenas recuperado de las

experiencias traumáticas del siglo XX, emerge con prudencia, pues la política de los oprimidos no se libra de las desilusiones y las derrotas de la “Edad de los Extremos”. [7]

La prudencia que Bensaid describe es muy real. Refleja el hecho de que el movimiento contra la globalización capitalista se desarrolló en lo que parecía ser un vacío ideológico, pero era en realidad el clima intelectual artificialmente homogéneo creado por las derrotas y las desilusiones a las que se refiere Bensaid, y por el triunfo del capitalismo liberal después de 1989. De ahí la confusión sobre qué nombre dar al movimiento. De ahí también las ambigüedades, de más calado, sobre las estrategias y alternativas que he puesto de manifiesto en este libro. Bensaid afirma que Porto Alegre II “marcó quizá el apogeo de la primera oleada de consenso de la antiglobalización. Los acontecimientos que se han producido desde los ataques a Nueva York en septiembre de 2001 ... ponen sobre el tapete cuestiones cuyas implicaciones políticas, sin llegar a romper la unidad, crean fuertes tensiones en el núcleo del movimiento de resistencia a la globalización liberal”. [8] He intentado encarar estas cuestiones de un modo que espero contribuya a desarrollar mejor un movimiento cuya lógica reside en desafiar la propia existencia del modo capitalista de producción. Mi conclusión es que este movimiento sólo puede alcanzar el éxito por medio de una transformación revolucionaria que establezca un nuevo sistema económico global, basado en la propiedad social de los principales recursos productivos y en la planificación democrática.

Para acabar deseo volver a la cuestión de los valores cuya realización debe perseguir una transformación de este tipo. Unos valores que el discurso dominante invoca de manera constante. En una celebración de lo que erróneamente interpretaba como el declive del movimiento anticapitalista tras el 11 de Septiembre, el *Financial Times* aseguraba percibir “desde el 11 de Septiembre una importante reducción del apetito por lanzar ataques fundamentales contra los valores que subyacen a Estados Unidos y a otros países occidentales industrializados”. [9] Unos valores que supuestamente definen el “mundo civilizado” que una y otra vez se ha presentado como protagonista de la “guerra contra el terrorismo”. Dirigiéndose al pueblo palestino en abril de 2002, George W. Bush dijo: “Todo el mundo tiene que elegir: o están con el mundo civilizado o están con los terroristas”. [10]

Al observar la muerte y destrucción que la Fuerza de Defensa israelí infligió en Cisjordania y Gaza en nombre de “la lucha contra el terrorismo”, mucha gente en todo el mundo debe haber recordado la célebre respuesta de Gandhi a la pregunta de qué pensaba de la civilización occidental: “Sería una buena idea”. Pero podemos interpretar con algo más de seriedad estos pronunciamientos del orden establecido y examinar cuáles son esos “valores civilizados”, los valores

de las sociedades occidentales del capitalismo liberal. Los candidatos más obvios son los lemas de la Revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad, o, como hoy preferimos llamarla, solidaridad. Pero todos ellos son en esencia conceptos discutidos.[11] En la filosofía política contemporánea, los teóricos de la Nueva Derecha, como el ya fallecido Robert Nozick, se oponen a la lectura que de los valores liberales fundamentales hacen igualitarios como John Rawls. El neoliberalismo – la ideología del Consenso de Washington que subyace al ardor guerrero de la administración Bush– ofrece una realización de estos valores altamente selectiva: reduce la libertad al derecho a comprar y vender, la igualdad a un formalismo legal; desintegra la solidaridad en individualismo privatizado, y amenaza al propio planeta del que dependemos todos los humanos para hacer realidad nuestros deseos y desarrollar nuestros proyectos. El movimiento anticapitalista ofrece una lectura radicalmente distinta de la libertad, la igualdad y la solidaridad, según la cual su realización sólo puede conseguirse por oposición al capitalismo global y, en mi opinión, reemplazándolo. Es éste el movimiento que ofrece la auténtica promesa de modernidad, al promover una emancipación verdaderamente universal que haría del destino de este planeta y de todos sus habitantes, un proyecto colectivo y democrático. Ahora más que nunca tenemos un mundo por ganar.

## **Notas**

1. W. B. Gallie, *Philosophy and the Historical Understanding*, Londres, 1964, capítulo 8.
2. Debo esta percepción a Sam Ashman.
3. D. Heid, A. McGrew et al., *Global Transformations*, Cambridge, 1999. Para una discusión más amplia del debate sobre la globalización, véase A. Callinicos, *Against the Third Way*, Cambridge, 2001, capítulo 1 (Contra la tercera vía, Crítica, Barcelona, 2002).
4. C. Harman, "Globalization: A Critique of the New Orthodoxy", *International Socialism*, (2) 73, 1996; P. Hirst y G. Thompson, *Globalization in Question*, Cambridge, 1996; R. Gilpin, *The Challenge of Global Capitalism*, Princeton, 2000 (El reto del capitalismo global, Turner, Madrid, 2003); y N. Ferguson, *The Cash Nexus*, Londres, 2001.
5. H. James, *The End of Globalization*, Cambridge MA, 2001, pp. 2, 224 (El fin de la globalización, Turner, Madrid, 2003). Meghnad Desai en *Marx's Revenge* (Londres, 2002) refiere de forma parecida la historia del capitalismo durante los últimos 150 años como la de dos grandes oleadas de globalización a finales del siglo XIX y del siglo XX interrumpidas por la desintegración del mercado mundial en capitalismo nacional en 1914 y en la década de 1970.
6. James, *End of Globalization*, p. 223.

7. D. Bensaid, "Le Nouvel Internationalism", Encyclopaedia Universalis, 2002. Para un visión sinóptica, véase P. Anderson, "Internationalism: A Breviary", New Left Review, (II) 14, 2002.
8. Bensaid, "Le Nouvel internationalisme".
9. Financial Times, 30 de noviembre de 2001.
10. "President to Send Secretary Powell to Middle East", 4 de abril de 2002, [www.whitehouse.gov](http://www.whitehouse.gov).
11. Las cuestiones históricas y filosóficas que implica este argumento se exploran detalladamente en A. Callinicos, *Equality*, Cambridge, 2000 (trad. cast.: *Igualdad*, Siglo XXI, Madrid, 2003). Jacques Derrida propone una crítica de la fraternidad que es a un tiempo estimulante y exasperante en *Politics of Friendship*, Londres, 1997 (*Políticas de la verdad*, Trotta, Madrid, 1998).

**Alex Callinicos** nació en Harare (Zimbabwe) el 24 de Julio de 1950. En 1973 se licenció en filosofía, política y economía en la Universidad de Oxford, y en 1979 obtuvo de la misma universidad un postgrado en literatura y humanidades. Entre sus libros más conocidos figuran *Marxism and Philosophy* (1983), *Las ideas revolucionarias de Karl Marx* (1983), *Making History* (1987), *The Revenge of History* (1991), *Contra el Postmodernismo. Una crítica marxista* (1991), *Social Theory. A historical introduction* (1999), *Igualdad* (2000), *Contra la tercera vía* (2001) y *Un Manifiesto Anticapitalista* (2003). Escribe regularmente en el semanario británico *Socialist Worker*, la revista mensual *Socialist Review* y la revista trimestral *International Socialism*, de cuyo consejo editorial forma parte. Es miembro de la dirección del Socialist Workers Party de Gran Bretaña y destacado activista de la coalición anticapitalista británica Globalise Resistance, en representación de la cual ha intervenido varias veces en el Foro Social Europeo y el Foro Social Mundial.